

LA ESPAÑA MODERNA





AÑO 20.

NUM. 235.

LA  
ESPAÑA MODERNA

Director: JOSÉ DE LÁZARO

JULIO 1908

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEO BARCELONÉS

MADRID

ESTABLECIMIENTO TIPOGRÁFICO DE IDAMOR MORENO

Calle del Tutor, 22.—Teléfono 2.042.

*Para la reproducción de los artículos comprendidos en el presente tomo es indispensable el permiso del Director de LA ESPAÑA MODERNA.*

# RECUERDOS

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
MUSEO DEL  
ATENEU BARCELONÉS

Cuando empiezo á dictar cada uno de estos artículos, casi siempre sucede que he olvidado el punto ó momento histórico (démosle este nombre) en que terminé el artículo anterior.

Y no es extraño que así suceda, porque entre artículo y artículo media un mes entero, y la memoria de los viejos suele ser débil para las cosas próximas, así como puede ser fiel y exacta para los sucesos lejanos.

Un hombre de setenta y seis años, pongo por caso, y por caso me pongo, recuerda con claridad perfecta, con viveza de imágenes, con seguridad de contornos, los sucesos de su niñez; en cambio, ó no recuerda, ó recuerda mal, lo que le sucedió la semana anterior ó el mes precedente.

Dijérase que las imágenes de sesenta años antes han quedado en las fotografías de sus celdillas cerebrales grabadas firmemente como en cartulina apergaminada, y allá están y en cada momento pueden consultarse.

En cambio, las placas sensibles del protoplasma cerebral han perdido con los años la fuerza de reproducción, y recogen difícilmente las impresiones: no pueden recordar porque no han podido recoger.

Podría decirseme, que no es tan grande el trabajo de echar una mirada al último artículo; pero es que aun este trabajo quiero yo evitarme, y además, esto indicaría ciertas pretensiones de orden, y en estos recuerdos lo encantador y lo atractivo para mí es el desorden.



Puedo en cualquier instante hablar de mis impresiones como jefe de la clase de latín á los doce años, examinando á los chicos de una quisicosa formidable, que llamábamos copia de verbos; ó puedo hablar en ese mismo instante de mis altas funciones como ministro de Fomento de la Regencia durante los dos años del período revolucionario.

Jefatura por jefatura, la primera era más efectiva, más tranquila, y casi pudiera decir, que halagaba más mis instintos vanidosos. El profesor era el regente de aquel pequeño reino; yo era su primer ministro. ¡Ay del chico que se equivocaba en aquella formidable copia de verbos!

Y creo que, sin esfuerzo alguno, he venido á enlazar este artículo con el artículo anterior.

En él quedamos, ahora creo recordarlo, en aquel momento histórico de mi pequeña historia en que llegué á ser dueño titular de la cartera de Fomento.

Lo primero que hice fué nombrar á Eduardo Saavedra, uno de los hombres más sabios que ha tenido España en el pasado siglo, y uno de los hombres más buenos que ha fabricado la humanidad en sus revueltos senos.

Ya estaba completa la máquina del ministerio de Fomento: director de Instrucción pública, Manuel Melero; director de Obras públicas, Agricultura, Industria y Comercio, Eduardo Saavedra; ministro del ramo, mi propia persona, el que seis meses antes era modesto profesor de Cálculo, Mecánica y no sé qué más de la Escuela de Caminos.

Había que trabajar; pero una gran parte de la obra posible en aquellos momentos estaba ya hecha: había bastado convertir en leyes nuestros decretos del período provisional.

Algo se hizo después, y aun yo creo que se hizo bastante: á su tiempo enumeraré algunas de las leyes que llevé al Parlamento.

\*  
\*  
\*

Pero en este período en que vamos á entrar, ó en que van á entrar mis dispersos recuerdos, la política lo dominaba



todo, y en la política un problema supremo: la elección de rey.

Ya teníamos Constitución, á la que no me cansaré en llamar la Gloriosa del 69; pero era necesario buscar un monarca, y la empresa no era tan hacedera. Los hechos, los conflictos, las luchas, demostraron que no es tan fácil encontrar un rey como parece, y para las huestes revolucionarias resultó inmensamente difícil; y así vivimos casi dos años en perpetua, agitada y peligrosísima *interinidad*.

La interinidad nos mata: esta era ya frase corriente.

Con la interinidad no hay orden, ni paz, ni hacienda, ni marcha regular y ordenada de las fuerzas del país en su progresivo desarrollo.

Esto se decía á diario: hay que salir de la interinidad; pero una cosa es decir, y otra cosa es hacer.

Decía D. Lucio del Valle, un eminente ingeniero, hombre de mucho talento y eminentemente práctico: «Lo que hay que hacer en este mundo es conjugar el verbo *hacer*. Para mí—continuaba diciendo—el que se haga una cosa, aunque sea mal, tiene gran mérito; y si se hace bien, se llega á lo supremo.»

Pues bien: el Gobierno, los hombres políticos y la prensa y las Cámaras, todos querían salir de la interinidad; sólo que no estaban conformes al escoger la puerta de salida.

Los republicanos querían salir por la República federal, y á los demás la federal nos horrorizaba; era la destrucción de la unidad de la patria, era un retroceso insensato. De la federación se pasa á la unidad; de la federación de las grandes unidades, á otra unidad más alta: ésta era, en nuestro concepto, la marcha de la civilización. Sin que estas grandes unidades destruyeran la variedad; que la variedad más rica y más espléndida está en dos cosas: primero, en una más amplia libertad para el individuo; segundo, en una amplísima asociación, pero asociación libre.

Lo contrario es retroceder estúpidamente á la Edad Media. Bien está haber salido de ella á costa de años, de luchas, de



sangre y de sacrificios, para dar ahora media vuelta, como bestia remolona; presentar al porvenir las ancas y volver á los siglos medio-evaes el frente, con querencias de animalidad, y perdóneseme la imagen, que me he esforzado en hacer todo lo modernista posible.

Salir de la interinidad, volvemos á repetir, por las puertas de la República, era ir á parar á la federación orgánica, contractual ó lo que fuere, para caer bien pronto en el cantonalismo, y al fin en el caos, en la disolución y en la muerte.

Los partidos que habían constituido la mayoría anhelaban coronar la Constitución eligiendo un monarca; pero esto, que fácilmente se dice, era un problema enorme.

La mayor parte de los unionistas tenían ya preparada una solución: el duque de Montpensier; pero ni los progresistas ni los demócratas, exceptuando contadísimas personalidades, aunque importantes, que al fin transigieron con ella, la aceptaban.

Hubo un momento, bien me acuerdo, en que el conflicto llegó á su período álgido.

Los republicanos, para ir inutilizando, como era natural en ellos, soluciones monárquicas, y algunos demócratas también, plantearon el problema en una forma cruda y descarnada, y violenta y humillante para los montpensieristas, que á poco más da al traste con la *conciliación interina* de los tres partidos, conciliación ya muy quebrantada desde que hubo una Constitución.

La forma en que se planteó el problema era ésta: el Gobierno ha de declarar ante la Asamblea que en ningún caso amparará ni aceptará la candidatura del duque de Montpensier.

El conflicto en el seno del Gabinete fué enorme, porque no era un misterio para nadie que Topete y el duque de la Torre y los ministros de procedencia unionista defendían la candidatura del duque de Montpensier.

Desde el momento que se planteó la cuestión, Topete anun-



ció que si el Gobierno, desde el banco azul, declaraba inaceptable la candidatura de Montpensier; si daba á entender siquiera que se inclinaba á considerarla imposible, él en el acto, y con él los ministros unionistas, en pleno Parlamento, abandonaban el banco azul, anunciando su dimisión; la conciliación quedaba rota.

En cambio, la mayor parte de los demócratas y gran número de progresistas, contando con los votos de la falange formidable de los federales, amenazaban con que si el Gobierno, sin inclinarse siquiera á la candidatura del Duque, daba á entender en la sesión en que se discutiese este asunto, que tal candidatura era posible, es decir, que Montpensier podía estar en la lista de candidatos al trono, en el acto presentarían un voto de censura al Gobierno, y la conciliación quedaba rota también.

Gabriel Rodríguez, que, por su talento, su palabra severa, su tremenda energía y su rectitud por todos reconocida, venía ejerciendo una gran influencia en el grupo democrático y en la Cámara, me anunció que si no declaráramos terminantemente la exclusión del duque de Montpensier, él y los suyos se declaraban incompatibles con el Gobierno.

El conflicto era tremendo; la solución parecía imposible; la contradicción evidente, y toda componenda, todo arreglo, imposible también.

¿Qué término medio hay entre estas dos proposiciones?

El duque queda excluido de la candidatura al trono.

El duque podrá no ser elegido, pero es un candidato.

El término medio no existe.

Hay que declarar lo uno ó lo otro.

Porque si no se declara lo primero, rompen la conciliación los demócratas y gran número de progresistas.

Si no se declara lo segundo, hacen una crisis Topete y sus compañeros.

En varios Consejos de ministros tratamos el problema, sin encontrar la solución y con verdadera angustia, y al Parla-



mento llegamos sin saber qué decir, sin ninguna idea, á la gracia de Dios, á lo que resultase.

Y en el Parlamento los ánimos se enconaron aún más, las exigencias fueron mayores; asaltaban al banco azul unos y otros, presentando el ultimatum; ya no se oían los discursos; se hablaba por hablar; no era un escándalo, porque en aquellas Cortes tan ardientes, escándalos hubo pocos, pero era un hervidero.

Cuando hablaba un ministro, le gritaba algún demócrata ó se lo venía á decir al mismo banco azul:—¡No basta, no basta! Es preciso una declaración terminante; si no el voto de censura.

Y le decía Topete por lo bajo:—Va bien, pero ni una palabra más, porque ya lo he dicho: ¡me levanto y hago la crisis!

En esta situación, tuvo al fin que levantarse y tomar la palabra el general Prim.

Expectación y silencio solemne.

La autoridad del general Prim en aquella época era inmensa; su poder, incontrastable.

No gritaba, no se imponía nunca. Su frase era siempre sencilla, clara y precisa; pero bajo aquella tranquilidad se sentía latir la fuerza. Era el más fuerte de todos; se le respetaba y se le tenía miedo. Eran á su lado perros de presa sus amigos íntimos, dispuestos á lanzarse sobre el enemigo á una señal del amo. Le admiraban, reconociendo en él un hombre de Estado, un verdadero hombre de Estado, aun los que no eran sus íntimos. Y sus adversarios le tenían miedo: bajo el guante veían la zarpa del león, y no se atrevían á hostigarle mucho, no rompiesen las uñas las puntas del guante, y la fina mano aristocrática se convirtiera en garra.

Y el general habló en términos sencillos, nobles y espontáneos.

¿Qué dijo? No lo sé, no lo recuerdo. Cómo salvó la dificultad, cómo desató el nudo, tampoco lo recuerdo. Fué ingenuidad suprema, fué habilidad italiana, fué acento de mando.

¿Convenció ó se impuso? Tampoco lo sé; pero todo el mundo



se dió por convencido, ó porque lo estuviera realmente, ó porque no se atreviera á no estarlo.

No fué un triunfo de la oratoria retórica; no hubo aplausos apenas; tan sólo alguna señal de asentimiento, y sin embargo, el triunfo fué inmenso, porque allí terminó la cuestión, y ni los mismos republicanos se atrevieron á extremar las cosas.

Topete le dió la enhorabuena:—Así habla un hombre de Estado y así habla un hombre leal—le dijo.

Y los antimontpensieristas quedaron satisfechos.—Esto es otra cosa—decían;—con las declaraciones del general, la candidatura del duque queda excluída.

—¿Está usted tranquilo?—le pregunté á Gabriel Rodríguez.

—Completamente—me contestó.—El general ha dicho lo que podía decir y todo lo que debía decir, dado el puesto que ocupa, y para mí, la candidatura de Montpensier ha muerto.

En suma: que todos quedaron satisfechos, que la nube tempestuosa se deshizo ó, por lo menos, rugió á la sordina, y no hubo crisis. La interinidad siguió tan peligrosa como antes, pero á modo de enfermedad crónica, sin la amenaza de una catástrofe inminente.

—De la interinidad ya nos sacará el general Prim—decíamos los que teníamos fe en su talento, confianza en su lealtad y tranquilidad en su fuerza.

\*  
\* \*

Y en efecto: el general Prim, á pesar de la suspicacia, de las dudas y de las murmuraciones de algunos, seguía trabajando con toda lealtad y con la tenacidad propia de su carácter, para salir de la interinidad y para dar solución al problema magno, y cada vez más difícil, de la candidatura real.

La de D. Fernando de Portugal había fracasado por completo; y el general, sin perder nunca de vista el problema ibérico, que era, me atreveré á decirlo, su mayor ambición, buscaba el otro problema, el de un candidato para el trono, solución pronta y que, á ser posible, armonizase todas las tenden-



cias y todos los compromisos de los diferentes caudillos de la Revolución.

Y aquí viene la solución número dos, la llamaré de este modo, que fué la del duque de Génova.

Esta solución, en rigor, fué doble; quiero decir que, con la candidatura del duque de Génova como factor constante, había dos soluciones: de la solución sencilla, valga la palabra, todo el mundo está enterado, ó estaba enterado por aquella época; que hoy todo esto pertenece á la Historia, ó mejor dicho, á aquellos rincones de la Historia en que el olvido impera.

Pero de la segunda solución, entonces se supo muy poco, y en ella voy á ocuparme.

Respecto á los preliminares, nada diré, porque casi los ignoro por completo, y en estos recuerdos sólo he de consignar los hechos en que yo he intervenido directamente, y en que lo que afirme, lo afirme resueltamente, bajo la salvaguardia de mi veracidad.

\* \* \*

La candidatura del duque de Génova estaba ya planteada; pero el general Prim y algunos otros, como el mismo Zorrilla, intentaron un esfuerzo para ganar el asentimiento y el apoyo de los hombres más importantes de la unión liberal, satisfaciendo, en cierto modo, los compromisos de Topete, del duque de la Torre y otros prohombres del partido unionista.

Mas quisieron proceder con cautela, sin lanzar la solución al público, porque solución que al público se lanzaba, era solución muerta.

Por este afán de guardar el mayor secreto, y por circunstancias especiales que explicaré en seguida, el general Prim, y luego Zorrilla, hablaron conmigo reservadamente.

¿Cuáles eran estas circunstancias y por qué había de ser yo preferido á los demás ministros, más antiguos que yo y de mucha más importancia política?

¡Son combinaciones caprichosas de la vida!

Yo no conocía personalmente al duque de Montpensier.



Una vez le había visto de paso, durante veinte minutos, en el desierto de Las Palmas, cuando el eclipse solar de 1860; pero ni me presentaron á él, ni crucé con él la palabra, ni él sabía por entonces que yo existiese en el mundo.

Cuando pronuncié el discurso del quemadero y de la trenza, vino á felicitar-me, en su nombre, su secretario particular, que había llegado á ser casi su amigo, D. Bruno Moreno.

Este, en nombre del duque, me manifestó su entusiasmo, su simpatía y su adhesión á las ideas democráticas que el discurso reflejaba.

Y no más.

Ya nunca vi al duque, ni tuve con él más relaciones que las relaciones indirectas y rápidas que voy á explicar.

Es el caso, que Bruno Moreno había sido discípulo mío en la Escuela de Caminos; era un joven de muchísimo talento, de gran cultura, no sólo científica, sino literaria.

Era poeta; hacía versos muy hermosos, y hasta en años posteriores escribió un drama caballeresco, que probablemente se hubiera aplaudido si hubiera llegado á representarse; pero no se representó.

Bruno Moreno era de los íntimos de D. Pedro Alarcón, y para Alarcón la opinión literaria de Bruno Moreno yo sé que era de mucho peso.

Agregaré á lo dicho, que Bruno Moreno hablaba admirablemente el francés; que, sin refinamientos cortesanos, era hombre de sociedad, y con ser modestos sus gustos, eran aristocráticos.

Bruno Moreno, algún tiempo después de salir de la Escuela, con notas brillantes y reputación de talento, entró en casa del duque de Montpensier como profesor del hijo mayor.

Aun recuerdo que Bruno Moreno me contaba las instrucciones que le había dado el duque: «Quiero, vino á decirle, que mi hijo sea un buen católico, un buen español, un caballero, y después, si es posible, un hombre de ciencia; por lo menos que adquiriera la cultura propia del siglo en que vivimos.



Pasando algunos años, el duque de Montpensier demostró gran afecto y gran confianza á mi discípulo Bruno Moreno.

Cuando murió el hijo del duque, Bruno Moreno quedó de secretario de Montpensier, y era uno de los agentes más activos para de la candidatura de su protector y amigo.

Mis relaciones con Bruno Moreno eran conocidas de Zorrilla y de Prim, porque yo les había referido la visita que mi discípulo me había hecho, en nombre del duque, para felicitar-me por el chamuscón de la trenza.

Y ya ven mis lectores por qué razón Prim y Zorrilla se dirigieron á mí á fin de que sirviese de intermediario, por medio de Bruno Moreno, en aquellos preliminares de una negociación á que daban la importancia, para salir de una vez de la interinidad.

En términos claros y concretos: el duque de Génova sería elegido rey de España, y era compromiso previo y solemne que había de casarse con la hija mayor de Montpensier.

De este modo, Montpensier no sería rey, pero sería padre de la reina, y serían reyes los hijos del duque.

No era una ambición satisfecha por completo; pero no era una solución despreciable para la familia de Orleans.

A esta solución no podían oponerse los unionistas, ni era de creer que se opusieran los demócratas, porque al fin el rey sería el duque de Génova.

Yo admití el encargo, con una sola condición: que había de dar noticia del nuevo proyecto á Martos, á quien yo consideraba en el grupo democrático como mi jefe natural.

En ello convinieron, y aquí empezaron mis negociaciones.

Pero vamos despacio, y dejemos lo que sigue para otro artículo; porque aunque todo esto de nada sirvió, á título de curiosidad, y á manera de recuerdo, no está de más que se conozcan estas interioridades de uno de los períodos más interesantes de nuestra Historia.

Hasta el artículo próximo.

JOSÉ ECHEGARAY



# EL LIRISMO Y LA EMIGRACIÓN

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEO BARCELONES

Para el sociólogo español que aspire á buscar en la propia nativa fuente la explicación, el sentido y el alcance de los problemas nacionales, y que quiera sustraerse á la moda ridícula de estudiar esos problemas con métodos extranjeros ó con deducciones de los mismos, inadecuadas y baldías, el *folklore* patrio tiene máximo interés.

Nuestro pueblo hállase por siglos abandonado á sí mismo, ajeno á hacer ciencia, tanto como á ser objeto de la misma. Se nos muestra solo, en toda la claridad de lo espontáneo (que es al cabo la ciencia mejor por más sincera), en sus usos, en sus supersticiones, en sus amores, en sus cantos, en su arte libre, natural, rico en expresiones por donde llegar á conocerlo. Aplicadle el rigor del método, el encasillado de una estadística, la indiscreta filosofía de un profesor alemán, y no os dirá nada ni lograremos conocer sus necesidades y su vida. Dejadle que cante, sorprended sus sentimientos; explicáos con cerebro español sus ideas y su idiosincrasia, y será libro abierto de inapreciable valor.

No me refiero sólo al pueblo pobre, humilde, bajo, sino al pueblo completo, formado de capas sociales más ó menos pudientes, ilustradas ó felices, pero con caracteres nacionales comunes. Entre las autoridades que luego citaré y las ignoradas, pero sabias, de nuestro refranero, los vates del romance y los lamentos del pueblo inferior (si cabe la expresión), no hay diferencia sensible; y cuenta que entre los poetas que citaré



los hay que fueron matemáticos, militares, políticos, sacerdotes, críticos, etc.

Precisamente, esa complejidad de opiniones abona la idea de investigar las relaciones que el problema emigratorio guarda con la lírica española. Ocurrióseme tal estudio al observar cómo la Prensa y la mentalidad general de nuestro país trata el asunto hace tiempo, cual recarga las tintas, de suyo tristes y negruzcas del éxodo, haciendo poesía del más material de los conflictos patrios, del que más se refiere á la *despensa*, según la frase radical, ó al *pan y las hojas de catecismo*, según la conservadora.

Todos, en efecto, han tratado la emigración en poetas, en románticos, en líricos; desde los *reporters*, que á plazo fijo (allá en las épocas otoñales, predilectas de la expatriación) describen la huída del ciudadano triste y famélico en las tardes lluviosas de los puertos del Norte, entre lloros de sus deudos y lamentos simbólicos de las sirenas de los buques (1), hasta los hombres de mayor ciencia ó gobierno, publicistas, profesores, exgobernadores, que han elegido para sus trabajos títulos como los siguientes que llevo registrados: *La zafra de carne*, *Ébano blanco*, *Adiós á la patria*, *Hijos que se ausentan*, *La peregrinación de los vencidos*, y otros no menos significativos.

Que la crónica aproveche en sus divagaciones sentimentales tema tan adecuado, nada tiene de extraño. Más extraño es que la poesía acompañe á la protesta de los funcionarios que,

---

(1) El mar—dice un cronista—parece muerto de tan inmóvil; los montes cercanos se nos muestran indecisos, como entre nieblas; los de más lejos ni siquiera se ven... veo siempre unos grupos de gentes tristísimas, con ropas pobres, con la faz tostada, con el hato al hombro, son muchas, y otras gentes, de la misma manera ataviadas, pasan después, calle adelante, como llenas de pena... Sin conocer los versos del poeta, es posible que se hayan dicho á menudo:

Ay quién touvera áas  
moitas áas pra voar.



á despecho de las suposiciones maliciosas de la opinión, se nos muestran impresionables y sentimentales, vates del parnaso oficial, cuyas musas les inspiran frases rimbombantes con que apoyar su petición de trabas legales para evitar el éxodo. Desde sus despachos se aprecia tan poco cuál en la sala de redacción de la hoja volandera la motivación del mal en la necesidad de vivir libre de miserias y desdichas.

Un poeta regional, recientemente fallecido, puede dar en sus versos más luz sobre el asunto que muchos de esos virreyes de provincias. Recuerdo de Curros Enríquez su *A Emigración*; amargas verdades bellamente engarzadas, donde, refiriéndose al gallego que se aleja de la aldea, exclama:

Preguntáylle, e diravos que sin rego  
o milleiral, o lume sin cardos,  
sin herba o gando é sin traballo o home  
non se poden manter.

Diravos, sí, que e pouco canto gana  
pr'as arcas d'o señor e pr'as d'o Rey.  
Hay un mes que non comen cousa quente  
¡os fillos y-a muller!

E diravos que porque d'us destrales  
mercóu n'unha ocasión us poucos bés,  
xuróull'o crego non lle dar sagrado  
si chegar á morrer!

.....

¿Quén sódes vós, chorosos niquitates,  
Ruis louvadores d'un Poder cruel  
que as alas d'ouro d'un espírito libre  
agrilloar querés?

¿Por virtú de cál próvida promesa,  
en nome de qué Dios, nin de que ley  
Querés que aquél que a morte condenastes  
non fuxa si puder?

E. M.—*Julio 1908.*

2



¿Qué lle ofrecedes n'a nativa terra  
ese que á cruzar vay mares de fel?  
¿Resinación?—Con éla non se come...  
¿Fe?—¡Non lle basta á fe!...

¡Correde o velo que á Xusticia encubre!  
Dáile traballo, libertad, saber...  
¡Non é dina d'os osos de seus fillos  
patria que os non mantén!

.....

¡Deixáino qu'o diquirá donde poida  
Deixad'ó gafo Xob c'o fol á res  
buscar o muladar onde s'espíolle,  
¿Sanará?... Pode ser.

A civilización y-as anduriñas  
d'unhas terras pr'as outras ván é vén;  
querer que non emigren e matálas  
o mesmo ven á ter.

«El barco para América—dice en cambio el cultísimo y erudito Baldomero Argente (1)—es el ala de cuervo que bate trágica sobre los despojos del hogar campesino», y el propio gran Castelar, tan internacionalista, tan liberal, habla en uno de sus admirables párrafos del que abandona para siempre «la sombra de sus árboles, el dejo de su agua natal, los menbrugos de su pan de maíz y centeno, las maderas de sus establos, el olor de sus vacas, el espacio de su municipio, el tañido de la campana que toca la oración, la melodía de su zampoña, el cantar de su alborada».

¿Será nuestra poesía esencialmente burguesa? He llegado á sospecharlo oyendo, allá en la costa gallega, lamentaciones y lirismos sobre los emigrantes á las mismas personas adineradas que, momentos antes, me pintaban la supremacía de la vida

(1) Artículo publicado en el *Diario Universal*.



campestre, entre otros por su aspecto económico: «Ustedes en Madrid no saben lo que gastan. Aquí, en cambio, tenemos un criado por 18 pesos al año, un jornalero por una peseta diaria»... y seguía dándome notas del reducido precio á que pagaba los productos del trabajo de los hombres y mujeres que se alejaban del terruño.

Recordaba yo entonces el cantar popular:

«Venderonll'os bois,  
venderonll'as vacas,  
o pote d'o caldo  
y a manta d'a cama;  
venderonll'o carro  
y as leiras que tiña  
deixaron soyo  
coa roupa vestida,  
María en son mozo  
pedir non m'e dado  
eu vou po-lo mundo  
pra ver de ganalo.  
Galicia está *probe*  
y á Habana me vou.  
Adiós, adiós, prendas  
d'o meu corazón.»

Y recordaba también dos textos clásicos, de bien diferente carácter, pero siempre de actualidad, pues dan la nota exacta de la austeridad y pobreza del campesino gallego. Es uno del Padre Feijóo (Discurso X.—*Honra y provecho de la Agricultura.—¿Pero hay gente más infeliz que los labradores?*), tan sincero y realista como todo lo suyo. «Yo, á la verdad, sólo puedo hablar con perfecto conocimiento de lo que pasa en Galicia, Asturias y montañas de León. En estas tierras no hay gente más hambrienta ni más desabrigada que los labradores. Cuatro trapos cubren sus carnes, ó mejor diré, que por las muchas roturas que tienen las descubren. La habitación está



igualmente rota que el vestido, de modo que el viento y la lluvia se entran por ella como por su casa. Su alimento es un poco de pan negro (1), acompañado de algún lacticinio ó alguna legumbre vil; pero todo en tan escasa cantidad, que hay quienes apenas una vez en la vida se levantan saciados de la mesa. Agregado á estas miserias un continuo rudísimo trabajo corporal, desde que raya el alba hasta que viene la noche. Contemple cualquiera si no es vida más penosa la de los míseros labradores que la de los delincuentes que la justicia pone en las galeras.»

El otro texto es de un poeta, Francisco Gregorio de Salas (2):

No se les puede negar  
á los gallegos más legos  
que vale por mil gallegos  
el que llega á despuntar;  
*no prueba su paladar,*  
*mas que coles y pan seco,*  
y hasta el anciano más clueco  
baja el verano á segar  
con gusto á todo lugar  
menos al lugar de Meco.

Es indudable que, en verso y en prosa, abundan las lamentaciones por la despoblación de las regiones del Noroeste; pero en verso y en prosa consta que cuando el ciudadano no se va, sus hermanos le abandonan á la mísera condición de español hambriento.

La imaginación meridional exagera, como es bien explicable, el sentimentalismo de la ausencia. El fenómeno afectivo no necesita un análisis para ser convincente.

---

(1) Prueba de que el pan es artículo de lujo como en tiempos de Feijóo, es que en las ferias de Galicia lo que más abunda son los puestos de ese alimento, que, de trigo, apenas se come en épocas ordinarias.

(2) «Juicio imparcial ó definición crítica del carácter de los naturales de los reinos y provincias de España.»



El ausente no gusta de razonamientos para lamentarse, y el que intrepeta sus angustias las exagera por instinto ó por exigencias de la lírica.

Alberto Lista (*La ausencia*) da la medida exacta de lo que afirmamos:

Nace la aurora, y el hermoso día  
brilla de rojas nubes coronado;  
en mi pecho, de penas abrumado,  
la sonrosada luz es noche umbría.

De las aves la plácida armonía  
es para mí graznido malhadado,  
y estruendo ronco y son desconcertado  
el blando ruido de la fuente fría.

Brotan rosas el soto y la ribera;  
para mí, solo, triste y dolorido  
espinas guarde el Mayo floreciente.

Que esta es, oh niño Dios, tu ley primera;  
no hay mal para el amor correspondido,  
no hay bien que no sea mal para el ausente.

A veces es la ausencia purgatorio, tránsito doloroso, pero esperanzado en el triunfo amoroso, como en *La ausencia*, de Juan Pablo Forner:

¡Conque es preciso morir,  
contra lo que amor ordena!  
Vivir con llanto y con pena  
es un amargo vivir.  
Yo para tanto sufrir  
en más estimo la muerte...  
Calla, imprudente, y advierte  
que aun cuando tu bien apoque,  
la ausencia es piedra de toque  
en que amor prueba su suerte.

Y en la poesía del mismo título de José Iglesias de la Casa, confidencia de un amante á la luna, que termina:



.....

Cuéntale con dolor mi amarga nueva,  
y por corona de mi triste suerte,  
dirás ¡ay Dios! que en este paso fuerte  
muy más su ausencia el ánimo me lleva,  
que el brazo de la muerte.

Pero cuando el amor no acompaña en su soledad al ausente, como se presume que sucede en general al emigrado por trances de mala fortuna, no es la ausencia por sí sola explicación bastante de los sentimentalismos de la opinión.

Mucho más influye, á mi entender, el horror á lo desconocido, forma quizá del misonéismo español, que tanto puede ser vicio como virtud de austeridad bien aprovechable para atarnos al solar nativo y cooperar á su engrandecimiento.

Cercados por el mar, hijos de aventureros y colonizadores ultramarinos, las furias del Océano nos asustan, sin embargo, y el viajar no es plato de nuestro gusto. ¿No es algo casi exclusivo de España el lloriqueo de las despedidas en las estaciones? ¿Quién se explica que gentes maduras se aflijan al abrazar á sus deudos cuando se van de veraneo?

Ni la codicia, que tanto alabamos como virtud de nuestros antepasados, justificó en sus tiempos el afrontar los riesgos de la navegación, y no es extraño que en los presentes, menos brillantes, tampoco lo justifique.

Seguimos pensando en general, los que tenemos la vida asegurada en España, como Juan de Jáuregui (*A un navío destrozado en la ribera del mar*):

Este bajel inútil, seco y roto,  
tan despreciado ya del agua y viento,  
vió con desprecio el vasto movimiento  
del proceloso mar, del Euro y Noto.

Soberbio al golfo, humilde á su piloto  
y del rico metal siempre sediento,  
trajo sus minas al ibero asiento,  
habidas en el indico remoto.



Ausente yace de la selva cara,  
do el verde ornato conservar pudiera,  
mejor que pudo cargas de tesoro.

Así, quien sigue la codicia avara,  
tal vez mezquino muera en extranjera  
provincia, falta de consuelo y oro.

El conde de Noroña es más de su época y menos de la presente (á pesar de su lirismo rival del de los más notables cronistas contemporáneos), cuando en *Sobre el viajar* dice:

Mira la tierra, mira el firmamento;  
en la primera su quietud advierte,  
en este su continuo movimiento.

El viajar anima al varón fuerte,  
le adquiere honor, su dignidad mejora  
y es un tesoro en la contraria suerte.

Si al árbol fuese dado á cualquier hora  
cambiar de asiento, remudar de tierra,  
ni sentiría la aguzada sierra  
ni los golpes de la hacha cortadora.

Pero el miedo á mudar de postura, vase apoderando de nosotros claramente desde el siglo XIX. Escarmientos y desdichas patrias minan poco á poco nuestro espíritu expansivo en forma tal, que la musa popular, como la de los ingenios, no quiere admitir disculpa.

Fué el Dr. D. Gaspar González de Candamo, catedrático de hebreo en la Universidad Salmantina, gran amigo de Melendez Valdés, y cuando aquél (destinado como canónigo á la catedral de Guadalajara, de Méjico) abandonó la patria, el poeta le advierte, entre apenado y vidente, en esta forma:

¡Huyes, ¡ay! huyes mis amantes brazos,  
Dulce Candamo, y entre el indio rudo,  
en sus inmensos solitarios bosques,  
corres á hallar la dicha que en el seno,



en el fiel seno de tu tierno amigo  
 el cielo y la amistad te guardan solo?

.....

¡Oh! tente, tente, navecilla frágil,  
 ¿Dó te abandonas?... despeñado noto,  
 mira cual corre la llanura inmensa  
 del antiguo Océano, infausto padre  
 de borrascas y miseros naufragios.

Los ciegos vados, los escollos tristes,  
 las negras nubes sobre ti apiñadas,  
 y tanto monstruo que las aguas cria,  
 miedo y horror al ánimo y los ojos,  
 mira desventurada; canta el puerto  
 torna á ganar y deja de mi amigo  
 la venturosa carga. Amigo, vuelve,  
 vuelve á mis brazos, y con blanda mano  
 mis dolorosas lágrimas enjuga.

Tu ciego arrojó á mi sensible pecho  
 se las hace verter... ¿y más contigo  
 podrán las leyes de un respeto injusto  
 la opinión ciega, el pundonor vidrioso,  
 que la ley santa de amistad? ¿No tienes  
 aquí cuanto te debe hacer felice?  
 tus hermanas, tu amigo... ¿y de ellos huyes  
 y entre bárbaros dicha hallar esperas?

Y si la poesía califica de ciego arrojó el ir á tomar posesión de una canongía, ¿qué extraña puede parecer la advertencia del riesgo, fantásticamente presumido para los infelices que no son *Candamos* ni mucho menos? Así se comprende que al frente de una Memoria oficial sobre la emigración española (1) figure la conocida opinión de Ginard de la Rosa (*La vuelta á la Patria*):

---

(1) Una de las redactadas en 1883 por la Comisión nombrada para estudiar los medios de contener la emigración por el desarrollo del trabajo.



No dejéis á la Patria aunque un palacio  
os brinde soñadora la fortuna;  
á vuestro afán le faltaría espacio  
lejos del sitio en que os meció la cuna.

Y que en *El Cantábrico*, de Santander, diario que se ocupa constantemente del mismo problema nacional, hayan visto la luz las dos siguientes poesías, que copio á la letra como expresión de un sentir general, digno de tenerse en cuenta.

### EL EMIGRANTE

La aciaga vibración de los gemidos  
despide al emigrante en su partida,  
que va á entablar la lucha por la vida  
á sitios que le son desconocidos.

De la tierra, los nervios adormidos  
despierta con fecunda sacudida,  
y la ley del Progreso, enriquecida,  
le rinde los tributos merecidos.

Deja con pena sus nativos lares,  
llenando de nostalgia á los hogares  
do brillara en un tiempo la bonanza.

Pero lleva mezclada al sentimiento  
la sensación extraña del contento  
que en las almas engendra la esperanza!

HÉCTOR F. VARELA

### ¡ADÓNDE VAN!

Miradles en silencio; ¿dó caminan?  
¿Por qué ese adiós tan lastimero dan?  
¿por qué esa pena tan profunda muestran?  
¡adónde van!

Las lágrimas sentidas de sus ojos  
ardientes brotan en su triste afán,  
cual suspiros del alma que pregunta:  
¡adónde van!

¡Hijos, atrás que en la misma quedan!  
¡mujeres que esperando siempre están!  
¡una esperanza allá que nunca tocan!  
¡adónde van!

De un buque americano en la cubierta,  
entre miseria envueltos, caerán,  
esclavos infelices de un tirano;  
¡adónde van!

Del sol abrasador sobre sus frentes  
muy pronto la influencia sentirán,  
apenas toquen la buscada tierra;  
¡adónde van!

Después, al ver perdida la esperanza,  
en su patria tan sólo pensarán;  
pero de esos que el barco ahora lleva,  
¡qué pocos volverán!

CAMILO C. CALDERÓN

Más sincera, como nacida del pueblo, es la musa gallega,  
que por lo menos pone frente á frente dos miserias, la que su-  
fren y la que les espera.

«Cando ningun os mira  
véñse rostros nubrados é sombrisos,  
homes qu'erran cal sombras voltaxantes  
por veigas é campíos.

.....  
¡Van á deixá-l-a patria!  
Forzoso mais supremo sacrificio.  
A miseria está negra en torno d'eles.  
¡Ay y adiant'está ó abismo!...»



¡Y aún se habla, en los propios documentos oficiales, de nuestro instinto aventurero! Perdura el recuerdo de las épocas pasadas, tiempos del hampa guerrera, del hidalgo de gotera, de la sed del oro de América... (pero todo ello con las espaldas guardadas; que al fin España bastaba á la vida de sus hijos). Y ante una situación harto distinta, palpando la rémora del apocamiento y la pasividad nacional; como si Alemania, engendrando pueblos, transfundiendo su sangre por las cinco partes del mundo, no fuera un ejemplo digno de tenerse en cuenta, é Italia, irradiando su población por el globo para permitirle que coma, no nos hablara claro, se piden medidas que destierren nuestro supuesto instinto aventurero.

Contra todo lirismo creo necesario desterrar, no ese supuesto instinto, sino el que se opone al de conservación.

Para ello preciso se hace poner al descubierto los errores del sentimiento, que no por ser sinceros, influyen menos en dificultar la apreciación verdadera, realista del problema.

Contiéndose uno de ellos, ya apuntado antes, en reducir á la plasticidad del cuadro del buque que parte, la tristeza del mal, creyendo que todos los emigrantes van desesperanzados en el porvenir y pesarosísimos de dejar el suelo natal.

Para los cantores de tales escenas, vates que forman opinión, no existe el flujo y reflujo de nuestras corrientes emigratorias, su forma temporal, el decidido propósito de retornar con *pesos* á la tierra, tan notorio sobre todo en el Noroeste. Como si la poesía fuera incapaz de razonar, fruto indudable de una cultura mediocre, lo desgarrador de la sangría la ciega, y en vez de notas de esperanza se pierde en cantos funerarios.

¡Qué triste la partida  
del que volver no espera,  
y con húmedos ojos  
mira por vez postrera  
su madre, sus amores,  
su terruño, su hogar!



Del que por siempre marcha  
¡qué mísera la suerte!  
Cuando su paz le otorgue  
piadosa al fin la muerte,  
en la tierra que adora  
no podrá reposar.

.....

En la borda apoyados  
miran ansiosamente,  
como en visión dantesca,  
el desfilir silente  
de todo lo que un día  
su pecho hizo latir;  
y en confusión contemplan  
las tierras que labraron,  
la casa en que nacieron,  
la iglesia en que rezaron,  
cual fantasmas de un sueño,  
entre nieblas huir...

Ya en la lejana orilla  
sólo se ve á los cielos  
alzarse el silencioso  
adiós de los pañuelos.  
Ya tan sólo una línea  
sin forma ni color...  
En un azul sin límites  
se borra ya el pasado,  
y tras las lejanías  
del mar alborotado,  
un porvenir se anuncia  
de misterio y dolor

Como en tiempos pasados,  
zarpan las carabelas;  
mas con su voz los vientos,  
al empujar las velas,  
no glosan como entonces  
una marcha triunfal.

Los que parten no cantan  
alegres. Sollozantes  
como hojas arrastradas  
por los vientos errantes,  
van con el alma presa  
de una angustia mortal. (1)

¡Ay, si los poetas y los cultivadores de la crónica vivieran como viven la mayoría de los que llenan esas carabelas! ¡Ay, si fueran ellos y su público tan numeroso lo que dice el mismo vate en otra estrofa de la misma composición!

Son míseros vencidos,  
despojos de la vida  
que, muerta la esperanza  
y la fe destruída,  
abandonan su suelo  
y emigran en tropel  
como rebaño que huye  
de tierras esquilmadas,  
como aves errabundas,  
como hojas arrastradas  
en el doliente otoño  
por el cierzo cruel.

No tanto en esta muestra, como en otras nacidas al calor de la actual situación de nuestro espíritu, se advierte el surco doloroso que la guerra colonial trazó en el ánimo con sus desfiles uniformados á través del Océano, y su devolución de despojos humanos, difícil de borrar de la memoria.

La ida y la vuelta de nuestras tropas era de tal modo impresionante, que desde entonces algo nos separa de las tierras americanas, como si perdurara un peligro para los hispanos lejos de nuestras costas; como si el repatriado tuviera por siempre encarnación en un tipo doloroso de evocar.

---

(1) Del libro *Baladas*, por Luis de Oteyza.



Desde entonces nos hemos divorciado de lo bélico: Con acierto traduce el citado Oteyza el sentir general:

Como en tiempos pasados,  
zarpan las carabelas;  
mas con su voz los vientos,  
al empujar las velas,  
no glosan como entonces  
una marcha triunfal.  
Los que parten no entonan  
alegres y arrogantes  
de los himnos guerreros  
las estrofas vibrantes...  
Van con el alma presa  
de una angustia mortal.

Ya no son los que llenos  
de bizarros ardores,  
por su fe y por su patria  
tremendos luchadores,  
con la cruz y la espada  
de su bandera en pos,  
en la jornada triste  
y en el combate rudo,  
á conquistar marchaban  
timbres para su escudo,  
siervos para sus reyes,  
almas para su Dios.

.....  
De aquella noble raza,  
cuyo acero potente  
obscureció del Inca  
el sol resplandeciente  
y logró con su empuje  
un mundo conquistar,  
los hijos atraviesan  
de nuevo por los mares,

mas llenos de amarguras,  
 miserias y pesares:  
 ¡donde reinaron antes,  
 hoy van á mendigar!

Pero en cambio sigue vibrando en nosotros la fibra patrió-  
 tica, tan herida en lances con la ausencia relacionados.

No hay tierra como la nuestra, sigue pensándose.

«Dilles que pro seus lares  
 tornen axiña,  
 que sin eles non queren  
 pintar as viñas,  
 regar os regos,  
 mardurar as castañas  
 nos castiñeiros.

Dilles que non ha terra  
 millor que á nosa,  
 mais ridentes paisages,  
 mais frescas sombras,  
 mais puros ceos  
 nin luna mais lucente  
 n'ó firmamento.»

Tal dice el cantar gallego, en un arranque patriótico digno  
 de Ovidio (1):

No sé con qué dulce anhelo  
 ó atractiva elevación  
 puede más que la razón  
 el amor del patrio suelo.

.....

Y es que en el alma del pueblo la idea de Patria no es la  
 abstracción política ni de pensamiento, sino algo que, por lo  
 limitado, aún excluye, por grande, el concepto en moda de la

---

(1) *Expresión del amor á la patria*, de Ovidio, por Antonio de Solís y Rivadeneira.



*patria chica*. La patria que siente el vulgo y sus traductores no es tampoco la racional, compuesta de caridad piadosa que, según Amicis, desea la prosperidad antes que el fausto, la moralidad antes que la gloria, la luz y el calor de la civilización, limpia de la marca afrentosa de la ignorancia y el hambre; sino el concepto entre poético y materialista, que uno de nuestros primeros líricos expresó admirablemente en su composición *La Cabaña* (1):

Feliz el que nunca ha visto  
 más río que el de su patria  
 y duerme anciano á la sombra  
 do pequeñuelo jugaba.

.....

Mas ¡ay! para mí no hay dicha  
 lejos de aquella cabaña,  
 aquel valle, aquella fuente  
 que impresas llevo en el alma.

.....

Más quiero el tranquilo ambiente  
 que en mi niñez respiraba,  
 que los ámbares del Ganges  
 ni los perfumes de Arabia.  
 Más quiero el grato silencio  
 de la repuesta enramada,  
 solamente interrumpido  
 por las fuentes ó las auras,  
 que de las soberbias cortes  
 las bulliciosas estancias,  
 donde todo es impostura,  
 todo, hasta el placer, engaña.  
 Más quiero el humilde lecho,  
 do fácil el sueño halaga,  
 que velar medroso y triste  
 entre ropas de oro y grana.

---

(1) Alberto Lista.

En la dulce medianía  
 mi edad dichosa gozara  
 de envilecida miseria  
 libre y de opulencia vana.  
 Bajo la paterna choza  
 alegres me despertaran,  
 cuando despunta la aurora,  
 los trinos de la alborada.

.....

Este influjo mental patriótico es uno de los elementos que aporta el lirismo á la emigración, porque si no hay patria como la cabaña natal, el río aldeano y la sonora fuente, al que hable mal de ella se impone castigarle en la forma que indica el cantar aragonés:

Aquel que hable mal de España  
 un castigo ha de tener:  
 llevarle á una tierra extraña  
 y no dejarle volver.

La expatriación, la idea de que pueda ser constante, es tenida como pena; el español no necesita alejarse de su cabaña ni es bien visto que proteste si por las tejas rotas se le entra el agua. Para eso,

El español es honrado,  
 es esforzado y valiente,  
 es moderado y prudente,  
 buen marino y buen soldado:  
 es obediente y callado,  
 es generoso y sufrido,  
 ingenioso y advertido (1).

.....

Y debe pensar como Rioja:

Un ángulo me basta entre mis lares;  
 un libro y un amigo.

(1) F. G. de Salas, obra citada.

E. M.—*Julio 1908.*



¿Es amor filial llevado al límite? ¿Es *jingoísmo*? Basta con que sea un modo de pensar y de ser castizamente español, para que nos importe consignarlo en nuestro trabajo.

También el elemento pasional, el amor; *las faldas*, han aportado sus sentires para deplorar la expatriación. Buena prueba de ello son las *Ausencias*, de Cristóbal de Castillejo; *Un ausente navegando*, de Juan de Jáuregui, y tantas otras expresiones sentimentales de la poesía y del *folklore* español.

Y del mismo modo, dando rienda suelta á la lira, se ha desbordado en himnos románticos, á la vida de la aldea á que parece locura ó insensatez renunciar:

Fabricio, si la vida  
en la santa quietud está cifrada,  
al pie de esta lucida  
montaña de altos cedros coronada,  
la gozo más seguro  
que el Babel de ese confuso muro.

.....  
.....

En estas soledades  
vivo contenta, alegre y descansada,  
no, como en las ciudades  
al bullicio sujeto del estado,  
pues no hay mayor desdicha  
que á costa de la vida amar la dicha.

.....  
.....

Esta quietud adoro,  
esta vida pacífica poseo,  
no la riqueza lloro;  
la ambición, ni la quiero ni deseo;  
que en mí las soledades  
son las siempre dichosas majestades (1).

---

(1) *A la quietud y vida de la aldea*, de Antonio Enríquez Gómez.



Amor de la vida sencilla, que explica quizá nuestra alabada austeridad de raza, y que aparece en otros muchos autores con la misma ó parecida forma:

Ya vuelvo á ti, pacífico retiro;  
altas colinas, valle silencioso,  
término á mis deseos;  
faustos me recibid; dadme el reposo  
porque en vano suspiro  
entre el tumulto y tristes devaneos  
de la corte engañosa (1).

La sola excepción en el concierto de alabanzas á la patria, hondamente querida por la lírica en todas sus formas, se encuentra en una modalidad de la emigración que ha caído en desuso; en la emigración forzada por causas políticas. Aun en ésta, fácil es vislumbrar cuánto el despecho influye para dar por buena la expatriación, y cómo se muestra claramente en todas nuestras épocas históricas ese nefasto criticismo español que convierte siempre la cosa pública en material apto á la política de campanario estéril y contraproducente.

¿Destiértrate de tu hermosa  
patria alguna vil cautela?  
Porque la virtud desvela  
á la envidia perezosa.

No llores ni se te acuerde  
de estimarla, que en perdella  
nada pierdes; antes ella  
te llore, pues que te pierde. (2)

Más palpable es el ánimo despechado de Moratín en sus celebrados versos *La Despedida*:

Nací de honesta madre: dióme el cielo  
facil ingenio en gracias afluyente,  
dirigir supo el ánimo inocente  
á la virtud el paternal desvelo.

(1) *Mi vuelta al campo*, de Juan Meléndez Valdés.

(2) *A un amigo desterrado*, de Gabriel del Corral.



Con sabio estudio, infatigable anhelo,  
 pude adquirir coronas á mi frente:  
 la corva escena resonó en frecuente  
 aplauso, alzando de mi nombre el vuelo.  
 Dócil, veraz, de muchos ofendido,  
 de ninguno ofensor; las musas bellas  
 mi pasión fueron, el honor mi guía.  
 Pero si así las leyes atropellas,  
 si para ti los méritos han sido  
 culpas, adiós, ingrata patria mía.

El mismo Alberto Lista, tan amorosamente sencillo y plácido en *La Cabaña*, desborda de ira y condenaciones contra su patria en *El Emigrado de 1828*, pintando la situación de España en aquella época, en términos que justifican la huída de sus hijos ó una cruenta revolución:

Huye, Ernesto infeliz, huye este suelo  
 que devora sus raros habitantes  
 y no conoce la virtud; do cubre  
 alma de tigre máscara alevosa  
 de religión mentida; do el perverso  
 en el nombre de Dios mata y sonrío  
 y á su víctima insulta; do envenena  
 el vil error de la moral la fuente.  
 Ni el trono está seguro ni la choza  
 de su furia infernal... ¡Ay del monarca  
 que en reprimirla piense! Mil legiones,  
 agavilladas de furiosa plebe,  
 bajo la enseña de la paz, los hurtos  
 defienden, que á la estúpida ignorancia  
 un tiempo hicieran la ambición y el dolo;  
 y el yugo asolador que los oprime,  
 la noble inteligencia embruteciendo,  
 proclaman ley del cielo sacrosanta (1).

.....

(1) En el mismo tono de dureza continúa la composición, bien conocida para que necesitemos insertarla íntegra.



Salvo los políticos, el emigrado recuerda con afecto sus lares, por miserias y amarguras que en ellos haya sufrido. Está ese cariño tan en nuestra idiosincrasia, que el temor á las añoranzas nos inmoviliza y lo esgrimimos como arma poderosa para advertir al que pretende abandonarnos.

Nunca refrán alguno se acomodó menos á nuestro modo de ser, como el que asegura «ojos que no ven, corazón que no siente». Muy al contrario somos. En nuestra poesía clásica hasta del pobre Manzanares se añora:

Ausente en tierra extranjera  
un español desgraciado,  
la faz vuelta al suelo amado,  
se queja de esta manera:  
«Del paterno Manzanares  
dulces vegas, dulces prados,  
¿cuándo me darán los hados  
que consoléis mis pesares?»

Dejando vuestra alegría,  
dejé padres, dejé amores,  
y aquí tan sólo dolores  
circundan el alma mía.  
Del paterno Manzanares, etc.

Volvedme el suelo querido  
que la crueldad me cierra;  
vea yo la santa tierra,  
do mi niñez ha crecido.  
Del paterno Manzanares, etc.

Vea yo el nativo techo,  
vea el bien por quien respiro,  
y en sus labios el suspiro  
pueda exhalar de mi pecho.  
Del paterno Manzanares, etc. (1).»

---

(1) *El Proscrito*, canción, de Manuel Noberto Pérez del Camino.



Y abundan los idilios á la ausencia, como el tan sentido de Moratín, que empieza:

Prófugo, triste, en mi destino incierto,  
dejé mi choza y mis alegres campos  
y los muros de Mantua generosa...

.....

Los hijos de esta musa triste, que engendró pálida y llorosa la *morriña* gallega (he ahí un sentimiento puramente regional, digno de un estudio particular), siguen multiplicándose en nuestros días. Entre las varias poesías de actualidad que tengo registradas, muestras en su mayoría de ingenios provincianos, hay una titulada *Los sueños de un emigrante*, que termina con la fórmula usual y sencilla de la *morriña* vulgar:

¡Patria querida, te amé  
allende las lejanías,  
y por las noches y días  
mucho contigo soñé!

El vate, sin brillantez ni preceptiva, lo dice claramente: la *morriña* es un sueño constante, que oprime el corazón y ata al emigrante con cadenas nostálgicas á la tierra querida, por lejana que esté.

¿Que al emigrante, pese á *morriñas* ó añoranzas, le va bien por allá? ¿Qué le importa á la poesía! Si los no poetas, prensa, opinión, políticos, hombres de estudio, creen cumplido su deber, lamentando la partida é increpando al Gobierno en candelero por consentirla, ¿por qué la lira ha de ser más serena é imparcial? Ni la situación del emigrante, luchando por la vida; triunfando, tantas veces, en la pelea; ni el gozo de verlo retornar en los mismos buques, tan condenados cuando con él partían, interesan á nadie, por lo menos públicamente. Es preciso ver las cosas tristemente, sin descomponer el cuadro melancólico, trazado para en épocas fijas hablar de emigra-



ción. Hasta hay quien supone que los pobres emigrantes no deben volver.

.....  
 Y al recordar de aquellos  
 bravos conquistadores  
 las hazañas, se aumentan  
 sus amargos dolores;  
 pensando lo que fueron,  
 lo que son sienten ser.  
 La vergüenza acibara  
 de su pesar las hieles:  
 ¡no volverán, como ellos,  
 cubiertos de laureles,  
 y marchan comprendiendo  
 que no deben volver!...

He llegado á dudar de cronistas y poetas, tanto como de los políticos, porque en unos y otros (que en junto son toda España, mezcla de imaginación y prosaísmo) veo claramente que lloriquean por los emigrantes, llevados de sentimientos egoístas.

«Este vaise y aquel vaise  
 e todos, todos se van:  
 Galicia, sin homes quedas  
 que te poidan traballar.  
 Tes en cambio orfos y orfas  
 e campos de soledad  
 e nais que no teñen fillos  
 e fillos que no teñen pan.  
 E tes corazons que sufren  
 longas ausencias mortás,  
 viudas de vivos é mortos  
 que ninguén consolará.»

Dice Rosalía de Castro, con amargura, pero lamentando el éxodo, porque los no emigrantes se quedan sin pan, y los



campos sin trabajar. Lo mismo alega la burguesía gobernante contra los que se van. Y cabe preguntar: ¿qué hacéis todos para que se queden?

La respuesta envuelve todo un programa de regeneración nacional.

PEDRO SANGRO Y ROS DE OLANO



# ESPÍRITU GENERAL DE DUALIDAD

---

PERTENECI A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Nada hay en el mundo que sea simple, sino que todo cuanto en él existe resulta más ó menos complicado. Si así no lo fuera por su naturaleza, bastaba con que la malicia humana no hubiera tardado en establecer semejante *dualidad*, cuando no multiplicidad, hasta el punto de haber inducido á alguien á sostener que el lenguaje fué inventado para engañarse los hombres mutuamente. Y en verdad, si se tiende una mirada escrutadora por todas las situaciones de la vida, no se tardará en echar de ver como no existe cosa que, á semejanza de las medallas, no ofrezca á la contemplación del espectador su anverso y su reverso, si no ya las varias facetas de un prisma pentagonal; por algo dijo el prisionero de Santa Elena, que «á todo aquello que no esté fundado sobre bases física y matemáticamente exactas, siempre podrá hacérsele alguna objeción». Pues bien, á demostrar semejante aserto tiende el contenido del presente borrón.

En cierta ocasión dijo el Dr. Tamponnet á varios compañeros suyos, que se comprometía á probar la existencia de multitud de herejías que contenía el *Padrenuestro*, si no se supiera de qué boca divina había salido tan sublime oración; y como le instaran los oyentes á que hiciese buena su proposición, he aquí los subterfugios á que apeló para salir airoso de su compromiso.

«*Padre nuestro que estás en los cielos.*

»Proposición que trasciende á herejía, por cuanto Dios se



»halla en todo lugar. Hasta puede existir en este enunciado  
 »cierto sabor á socinianismo, dado que nada se dice en él refe-  
 »rente á la beatísima Trinidad.

» *Venga á nós el tu reino, y hágase tu voluntad, así en la tie-  
 »rra como en el cielo.*

»Proposición que tiene igualmente sus deijos de herética,  
 »puesto que se dice infinidad de veces en la Sagrada Escritu-  
 »ra que Dios reina eternamente. Además, resulta temerario  
 »eso de pedir que se cumpla su voluntad, dado que nada se  
 »hace ni puede hacerse sin intervenir la voluntad del Señor.

» *El pan nuestro de cada día dánosle hoy.*

»Proposición directamente contraria á lo que ha emanado  
 »en otra ocasión de los divinos labios del Salvador del mundo,  
 »al decir: «No preguntéis qué es lo que habéis de comer ó be-  
 »ber, como hacen los gentiles... Pedid tan sólo el reino de los  
 »cielos, y todo lo demás os será dado de añadidura.»

» *Perdónanos nuestras deudas, así como nosotros perdonamos  
 »á nuestros deudores.*

»Proposición temeraria que compara el hombre á Dios,  
 »que destruye la predestinación gratuita y enseña que Dios  
 »está obligado á comportarse con nosotros en los mismos tér-  
 »minos que nosotros usamos con nuestros semejantes. Además,  
 »¿quién le ha dicho al autor que nosotros nos mostramos in-  
 »dulgentes con nuestros deudores? ¡¡¡Perdonar!!! Ni un cénti-  
 »mo. El que deba, que pague hasta el último cuadrante, aun-  
 »que se quede más seco que un bacalao.

» *Y no nos dejes caer en la tentación.*

»Proposición escandalosa y manifiestamente herética, aten-  
 »to á que no hay más espíritu tentador que el diablo, puesto  
 »que, como se dice expresamente en la epístola de Santiago,  
 »«Dios es intentador de los malvados, y á nadie tienta.»

«Ya veis—concluye el Dr. Tamponnet—como no hay nada,  
 »por respetable que sea, á que no se pueda dar un sentido  
 »avieso ó una interpretación maligna. Siendo esto así, como  
 »en efecto lo es, ¿qué libro habrá en el mundo que se crea exen-



»to de la censura humana, si se puede atacar hasta la *oración dominical*, interpretando sofística y diabólicamente todas las palabras divinas de que se compone?... Así se explica el que si entregáis un libro á las prensas, tal feligrés os acuse de herejía; este pinche de seminario os delate á la Inquisición; aquel individuo que no sabe leer os condene; el público se mofe de vosotros; el librero os abandone, y el vinatero se niegue á seguir fiándoos. Por eso, cuando rezo el *Paternoster*, añadido siempre á esta oración la siguiente coletilla: *Y librame, Dios mío, del furor de componer libros.*»

Ahora bien: siguiendo ese procedimiento de argumentaciones artificiosas y sofísticas, no hay teoría en que, el que se proponga, no descubra falsedades religiosas, filosóficas, científicas, históricas, literarias, artísticas, en fin, de toda clase, sin excepción. Y con el objeto de no extendernos más en la contemplación de esta fase de la *dualidad*, recuérdese que al omitirse en el *Credo* las palabras *Jesucristo padeció bajo el poder de...*, lo que resulta de lo que sigue es que *Poncio Pilato fué crucificado, muerto y sepultado*; procedimiento falso cuanto ridículo, pero procedimiento muy seguido por muchos individuos pertenecientes á la familia curialesca, así como por no pocos partidarios de ciertas escuelas dogmatizadoras en que el elemento de tergiversación y sofisticación de todo género constituye la base fundamental de la charlatanería, en que estriba su método de argüir.

\*  
\* \*

Fijemos ahora la vista en el terreno político, donde tantos y tan variados paisajes se ostentan á la contemplación del espectador, por lo que contentarnos hemos con exponer uno tan sólo, pero que vale por mil, así por su argumento como por lo bien trazado de la pluma que lo delineó (1). Dice así:

---

(1) D. Narciso Campillo, esclarecido ingenio sevillano, fallecido pocos años há. Publicóse en *El Porvenir*, diario de Sevilla, 24 de Octubre de 1864.



## ESCENAS ENTRE DOS MAJOS DE FRAC

(La acción pasa en la China.)

DON PEDRO.—DON CIRILO.

—Al pretender ese cargo,  
no lo pensó usted, don Pedro:  
es destino trabajoso,  
comprometido, y sin sueldo.  
¿Juzga usted que es cosa fácil  
desempeñar ese puesto?  
¿Que no va á pisar usted  
resbaladizo terreno?  
=Lo sé; mas me sacrifico  
por el bienestar del pueblo.  
—Usted es hombre ocupado;  
y aunque bullidor, travieso;  
para sus mismos negocios,  
¡es claro! le falta tiempo.  
¿Y no considera usted  
que es acción de majadero,  
el abandonar lo propio  
para gobernar lo ajeno?  
=Lo sé; mas me sacrifico  
por el bienestar del pueblo.  
—Mire que son necesarios  
probidad, saber, talento,  
actividad incansable,  
rectitud y dón de acierto.  
Si una sola de estas cosas  
llegase á faltar, Don Pedro...  
vamos, piénselo despacio;  
soy su amigo, y se lo ruego.  
=Lo tengo pensado todo,  
y...al decirlo me enternezco:



yo me ofrezco humilde víctima  
por el bienestar del pueblo.

—Se necesitan estudios,  
y usted me parece lego.

=Es verdad, mas si los libros  
jamás mis amigos fueron,  
en la ciencia de Mercurio  
me ejercité años enteros;  
y, sobre todo, me inspira  
la felicidad del pueblo.

—Pero, señor, ¿cómo ó dónde  
se ha inflamado en ese zelo?

Ayer pancista, hoy patriota...  
¡si lo miro, y no lo creo!

¿Le gustan los besamanos  
y los regios bailoteos?

¿Busca usted alguna cruz?

¿Es afecto al mangoneo?

=¡Cállese usted, Don Cirilo!

¡Hasta encarnado me he puesto!

Si soy yo tan ruboroso...

¿Yo cruces, yo bailes regios?

¡Lejos de mí tales cosas;

soy casado, y callos tengo:

lo único que me entusiasma,

es el bienestar del pueblo! (Vase.)

DON CIRILO (solo).

(Mientras habla, suena música de violón.)

Quizá estaré equivocado:  
ese entusiasmo... ese fuego...  
Obra Dios milagros tales,  
que no hay más sino creerlos.  
Se ha transformado; es un Bruto;  
su fervor lo tiene ciego;  
es mucha su abnegación  
por servir al triste pueblo:



¡ir á abandonar lo propio,  
para cuidar de lo ajeno!  
¡Vamos!... Don Pedro es un tonto;  
es un santo este don Pedro.  
Dios, que tan alto le inspira,  
lo lleve á seguro puerto.

DON CIRILO. — DON PEDRO.

*(Han pasado algunos meses.)*

--Felices, don Pedro amigo.

=Don Pedro dijo; ¡oh vergüenza! *(ap.)*

Don Cirilo, ¿usted ignora  
tal vez que tengo Excelencia?

Esta placa, mi alto puesto,  
bien claro lo manifiestan.

—¡Me engañé! mas le suplico  
que me perdone Vucencia.

Vengo á hablarle de ese pueblo  
por quien tanto se interesa.

=Déjeme de populacho,  
que ya me carga y me apesta.

¿Quién piensa en esos partidos  
cuando tanto afán le cerca?

No puedo; me falta tiempo:  
el baile de la marquesa...

besamanos en Palacio...

el banquete de... ¡friolera!

y luego, si llega tarde  
esa carretela nueva...

¡Ah! y ahora estoy labrando  
unas casas, que me cuestan...

¡oh pueblo! ¡mira tu víctima,  
que sólo tu bien desea!

—Pues populacho, hace poco  
que le llamaba Vucencia.

=Perdona, Cirilo amigo:



con las públicas tareas,  
ni sé lo que estoy diciendo;  
se me aturde la cabeza:  
conque, Cirilillo, adiós.  
—Vaya con Dios Su Grandeza,  
Usía, Su Santidad,  
Su Majestad, Su Eminencia...

DON CIRILO (*solo*).

Aprended, flores, de mí  
las mutaciones del tiempo;  
y yo, necio, le decía:  
«Cuidado con el empleo;  
mire usted que se arruina;  
piénselo usted bien, don Pedro.»  
Y contestaba el tunante  
con los ojos en el suelo:  
«Lo sé; mas me sacrifico  
por el bienestar del pueblo.»  
Con tantas cintas y cruces,  
es un retablo su pecho:  
va á los bailes... labra fincas...  
banquetes... coches... jaleos...  
y lo hace todo, no hay duda,  
sólo por servir al pueblo.  
¡Qué bien cuadran á este pillo,  
del gran Calderón los versos!  
*Yo conocí á un tal por cual,  
que á cierto conde servía,  
y Sotillo se decía;  
creció un poco su caudal;  
salió de mísero y roto;  
hizo una ausencia de un mes;  
volví á encontrarle después,  
y ya se llamaba Soto.  
Vino á fortuna mejor  
(era su nombre de gonces);*



*hízose rico, y entonces  
se llamó Sotomayor (1).  
¡Qué lástima de garrote  
arrinconado por grueso!  
¿De qué sirven los presidios  
si esos nenes andan sueltos?  
Semejantes servidores  
son los amos verdaderos;  
¡quítate las telarañas  
de los ojos, pobre pueblo!*

\*  
\* \*

Si en esferas de tamaña importancia y trascendencia, relativamente consideradas, como las que acabamos de transcribir, se dan antítesis tantas y tan diversas, ¿qué no ocurrirá en el terreno cuya jurisdicción pertenece al dios Momo?... Sí, no hay dudar: bajo la máscara de la ficción, ya sea en forma de apólogo, parodia, sátira ó de cualquiera otra especie, desde los tiempos más remotos hasta la fecha, se han venido declarando las verdades más trascendentales é inconcusas de un modo parecido al que emplea el farmacéutico con la píldora para hacerla pasar más fácilmente por el garguero del paciente, que es, dorarla á la vista y darle un baño de azúcar en obsequio al paladar. Sentados estos precedentes, procedamos á penetrar ahora en este vasto cinematógrafo, limitándonos á recorrer tan sólo unas cuantas vistas, pues, de no hacerlo así, nos faltaría tiempo y espacio para contemplar tantos y tan varios aparatos ópticos como de este linaje nos ofrece la sociedad; y comience funcionando D. Tomás de Iriarte, mediante su fábula dedicada á

#### LA MONA

*Aunque se vista de seda  
la Mona, Mona se queda.  
El refrán lo dice así;  
yo también lo diré aquí,*

(1) De *El Ingrato*, comedia famosa de Calderón de la Barca.



y con eso lo verán  
en fábula y en refrán.

Un traje de colorines  
como el de los matachines,  
cierta Mona se vistió;  
aunque más bien creo yo  
que su amo la vestiría,  
porque difícil sería  
que tela y sastre encontrase.  
El refrán lo dice; pase.

Viéndose ya tan galana,  
saltó por una ventana  
al tejado de un vecino,  
y de allí tomó el camino  
para volverse á Tetuán.  
Esto no dice el refrán;  
pero lo dice una historia,  
de que apenas hay memoria  
por ser el autor muy raro;  
(y poner el hecho en claro  
no le habrá costado poco).

Él no supo, ni tampoco  
he podido saber yo,  
si la Mona se embarcó,  
ó si rodeó tal vez  
por el istmo de Suez:  
lo que averiguado está  
es que por fin llegó allá.  
Vióse la señora mía  
en la amable compañía  
de tanta Mona desnuda;  
y cada cual la saluda  
como á un alto personaje,  
admirándose del traje  
y suponiendo sería  
mucho la sabiduría,  
ingenio y tino mental  
del petimetre animal.



Opinan luego al instante  
y *némine discrepante*,  
que á la nueva compañera  
la dirección se confiera  
de cierta gran correría  
con que buscar se debía  
en aquel país tan vasto  
la provisión para el gasto  
de toda la mona tropa.  
(¡Lo que es tener buena ropa!)

La directora, marchando  
con las huestes de su mando,  
perdió, no sólo el camino,  
sino, lo que es más, el tino;  
y sus necias compañeras  
atravesaron laderas,  
bosques, valles, cerros, llanos,  
desiertos, ríos, pantanos,  
y al cabo de la jornada  
ninguna dió palotada;  
y eso, que en toda su vida  
hicieron otra salida  
en que fuese el capitán  
más tieso ni más galán.  
Por poco no queda Mona  
á vida con la intentona;  
y vieron por experiencia  
que la ropa no da ciencia.  
Pero, sin ir á Tetuán,  
también acá se hallarán  
monos que, aunque se vistan de estudiantes,  
se han de quedar lo mismo que eran antes.

Creo que no se puede expresar de mejor modo como hay  
trajes propios de algunas profesiones de todas clases, con los  
cuales aparentan muchos individuos un talento que no tienen,  
pues no es nuevo eso de que *el hábito no hace al monje*; así es



que, una vez presentada la ocasión de tener que poner manos á la obra, *tira el diablo de la manta, y se descubre el pastel*. ¡Cuántos de estos lances no se repiten á cada paso en el gran teatro de la vida humana, tratándose de oposiciones, desempeño de cargos graves, dictamen sobre consultas, resolución de problemas espinosos, etc., en que la injusticia pone de manifiesto la ignorancia ó la malicia por parte de quien la cometiera!

\* \* \*

D. Rafael José Crespo, más conocido en la república de las letras por su novela contra la incredulidad, intitulada *Don Papis de Bobadilla*, que por su colección de *Fábulas morales y literarias*, publicó éstas el año de 1820 en Zaragoza, de cuya Universidad era catedrático de Leyes.

En sentir de D. Miguel Agustín Príncipe, «tiene Crespo entre sus *Apólogos* algunos que, aunque no sin trabajo, podrían muy bien refundirse, y que, corregidos convenientemente por un hombre de talento y de gusto, resultarían buenos y aun excelentes; pero tales como su autor los dió á luz, es imposible que satisfagan aun al menos descontentadizo».

Sea de ello lo que quiera, y sin dejar de convenir en que alguna parte de razón, no toda, asiste al crítico fabulista cuyas palabras acabamos de transcribir puntualmente, pasemos á presentar una nueva prueba de *dualidad*, realizada en ciertos casos en que, so capa de prestar un servicio al prójimo, se le irrogan verdaderos perjuicios de mayor ó menor consideración.

### EL CONDE Y EL JARDINERO

Fué á pasar unos días  
entre zambras, bullicio y cacerías  
á sus tierras un conde.  
Yendo yo no sé dónde,  
ve á un rústico bajar de una colina.  
—Paisano, venga acá: ¿dónde camina?



—En busca de un amigo  
que me ayude á pillar á mi enemigo:  
entienda su merced que es un conejo  
gordo, que apenas cabe en el pellejo.  
Este animal malvado  
en mi jardín está domiciliado;  
á media noche sale callandico;  
su ¡Dios me guarde! hocico  
los árboles desflora,  
las graciosas anémonas devora.  
Diréis: «Ponle artimaña...» ¡Oh! no vale;  
es un bicho, señor, que dellas sale.  
—¿Bicho?—el conde soltó.—¿Conque eso pasa?  
Pues contadme mañana en vuestra casa:  
las habrá con mi perro, que es un gato  
en eso de uña corva y buen olfato;  
aunque sea el mismísimo berzoque,  
no le valdrá, en verdad, ni rey ni roque.—

Puntual al otro día,  
va al jardín entre alegre compañía.  
El ¡ah de casa! fué sin cumplimiento;  
entran, toman asiento;  
y el conde dice:—Amigo, estoy cansado,  
y á fin de no tardar, no he almorzado.  
¡Hola! ¡mi cocinero, á la oficina!—  
En esto una mozuela se avecina:  
—¡Oh ninfa, á par de flor graciosa y bella!  
Bien merece ser reina esta doncella:  
ese yo no sé qué de cara y lomo  
mil galanes tendrá yo no sé cómo.—

Diciendo el conde así, toma su mano,  
á su lado la asienta, y muy urbano  
la dice ciertas cosas á la oreja;  
ya la ase la otra mano, ya la deja;  
el padre observa que ella se sonroja,  
y de cascos adentro algo se enoja.

Mientras esto pasaba,  
el cocinero arremangado andaba



con el cuchillo en mano  
no dejando, á mi ver, títere sano.  
Por fin salen humeando los platillos;  
mascan á dos carrillos  
el conde y sus adjuntos,  
sin hacer oración por los difuntos,  
diciendo:—Es menester hacer justicia:  
este jamón parece de Galicia.  
¡Alto! á beber. ¡Oh! ¡Pese al rey Don Sancho!  
Llenadme el vaso bien, que no es muy ancho.  
A fe que el moscatel es peregrino:  
¡Tres higas al doctor con este vino!

Así el conde decía,  
y entre pecho y espalda introducía  
jamón, gallina y vino lindamente.  
Su comitiva, que era de buen diente,  
al él mascar, mascaba,  
y al él sorbos echar, sorbos echaba.  
Luego, el buen caballero  
manda bajar cebada del granero,  
porque están los caballos uno á uno  
aguardando también su desayuno.  
En fin, manda en la casa, come, bebe,  
y á la muchacha á cortejar se atreve.

Concluído el negocio de la mesa,  
los caballos ensillan á gran priesa;  
suena la trompa, al perro se desata,  
entran en el jardín: éste maltrata  
el tablero de olivos y granados;  
aquél destroza flores y emparrados;  
uno corre á galope entre sandías;  
otro del pepinar aja las guías.  
Al fin sale el conejo  
del hueco de un albérchigo ya viejo;  
corre, síguenle, aguija,  
y huye por una hendrija  
que halla por accidente en el cercado.

Presto, de orden del conde, hace un criado



un portillo espacioso, lo bastante para salir detrás de Juan Liante conde, pajes, caballos, perdiguero, ítem más, su merced del cocinero.

Cuando ya los vió fuera

el rústico, exclamó de esta manera:

—Pardiez que estos señores,

en legumbres, en árboles y en flores

han hecho en diez minutos mayor daño que harían mil conejos en un año.

¿Mil? Y eso aunque hembras fuesen, y conejos sin fin aquí pariesen.

¡Ojalá que escarmiente en mí el Estado que, por leves injurias irritado, se decide á la guerra,

y ejército auxiliar trae á su tierra!

¡Mayor mal que le haría el enemigo

le harán tal vez las tropas de su amigo!

Por los antecedentes últimamente expuestos se echará de ver como, digan lo que quieran los sinonimistas, no siempre resultan idénticos en su valor ó significación los vocablos *ayuda* y *jeringa*.

\*  
\* \*

En el terreno paremiológico ó proverbial abunda el espíritu de *dualidad*, que es un prodigio. Unos cuantos ejemplos de esta fase, y nada más, porque la cosecha abunda, harán buena nuestra aseveración.

*Cuanto chupa la abeja, miel torna; y cuanto la araña, ponzoña.*—La acertada ó la torcida aplicación que de unos mismos principios sanos de suyo se hace, es causa de que los resultados lleguen á ser buenos, ó al contrario.

*Detrás de la cruz está el diablo.*—En no pocas ocasiones, tras de una apariencia virtuosa, reside cierto espíritu de perversidad.

Lo contrario sucede á veces en otro terreno con aquellos



sujetos cuyo exterior poco ó nada los recomienda, pues se suele decir de ellos que

*Debajo de una mala capa se encuentra un buen bebedor;* con lo cual se prueba que no se debe juzgar por las apariencias.

*Mudanza de tiempos, bordón de necios.*—Entraña un doble significado, á saber: Da pruebas de necedad el que no se mueve con el intento de mejorar de fortuna, diciendo constantemente que espera su bienestar futuro del cambio de los sucesos que acarreará el tiempo; y también, que: Las personas cortas de genio ó que carecen de conversación no saben hablar de otra cosa en visita sino de que si hace buen tiempo, si malo, si va á llover... y otras sandeces ó vulgaridades por el estilo.

*Quien calla, otorga.*—No siempre; porque, en ocasiones, el que calla no dice ni *sí* ni *no*.

*A tí te lo digo, hijuela; entiéndelo tú, mi nuera.*—Hay lances en la vida en que se da el golpe, no por él, sino por lograr el rebote que del mismo pueda resultar.

*Por atún, y ver al Duque.*—Muchas diligencias se practican con un doble fin, aparente el uno y oculto el otro, á la manera que en lo antiguo iban no pocas personas á las almadrabas, más que en busca de la pesca de los atunes, á pedir mercedes al Duque de Medina Sidonia, que es el personaje á que alude el refrán. Análogo á éste es aquél que dice: *De una pedrada matar dos pájaros.*

*Pidió el goloso para el deseoso.*—Muchas veces pide uno indirectamente en cabeza ajena lo que directamente desea alcanzar en provecho propio.

¿Y qué decir ahora del murciélago, mitad cuadrúpedo y mitad ave?

¿Y qué del soplo del aire, que enfría el manjar caliente, y aviva el fuego tardo en aumentarse?

¿Y qué de quien ostenta aspecto de bienaventurado, al par que posee uñas de gavilán?

. . . . .  
 . . . . .



Que todos esos procedimientos y varios otros análogos, son harto á propósito en quien los emplea, para poder comer á dos carrillos, dado que, de tejas abajo, la vergüenza y la conciencia son hembras que de nada sirven y para todo estorban.

Al tratarse del particular que traemos ahora entre manos, no es tampoco para olvidada la circunstancia que entraña la mayoría de los vocablos de todas las lenguas, respecto á asumir muchos y muy diversos sentidos ó significados; circunstancia que, dicho sea de paso, contribuye á engendrar el *equivoco*, una de las fases más galanas que ostentan las lenguas en general. Seré también parco en la totalidad de las pruebas que procedo á aducir, por cuanto nadie ignora que el campo no puede ser más dilatado de lo que en realidad es.

Aunque pobre y en pelota,  
mal de ricos me importuna,  
por que al mar de mi fortuna  
no le faltase una *gota*.

*Gota*, mínima porción de líquido; *gota*, enfermedad.

En un cartelón lei  
que tu obra baladí  
la *vende* Navamorcuende:  
no has de decir que la *vende*,  
sino que la tiene allí.

*Vender*, enajenar un objeto por medio de cierto precio convenido; *vender*, tener ese objeto con destino á la venta, aun cuando no llegue ésta á realizarse.

Traje de moda muy fino  
gasta Juana la elegante,  
pero nada es semejante  
al pañolón de *merino*.

Gil, que celebrarlo oyó,  
dijo con tono sincero:  
«Pues señores, el *carnero*  
que da la *lana*, soy yo.»



*Carnero*, el macho de la oveja, de cuya raza merina se obtiene la mejor lana; *carnero*, el marido consentido.

A un Juan Bragas, jugador,  
le reñía su mujer,  
y él solía responder  
en tono amenazador:  
«Mira, mujer, ya están hartos  
mis oídos de sandeces;  
si la paciencia me cueces  
y voy allá, te *hago cuartos*.»  
Y á su vez, á éstos reproches  
ella decía: «Juan Bragas,  
más vale que me *los hagas*,  
que no que me *los derroches*.»

*Hacer cuartos*, destrozar, ó hacer pedazos; y también, juntar dineros.

El Marqués y su mujer  
contentos quedan los dos;  
ella *se fué á ver á Dios*,  
y á él le *vino Dios á ver*.

*Irse (uno) á ver á Dios*, morirse; *venir Dios á ver (á uno)*, recibir éste alguna satisfacción, ó en sentido irónico, experimentar algún contratiempo.

Tenía un caballero encerrados en su despensa dos jamones y unos lomos, á los cuales puso la puntería un criado suyo, descerrajando al efecto la puerta que los guardaba y con los cuales cargó, pero sin hacer caso de unas *lenguas* que también allí había, por empezar éstas á *malearse*. Sorprendido *in fraganti* el ladrón, díjole su amo:

—Bribón, ya que te llevabas eso, ¿por qué no cogiste también las *lenguas*, á fin de no dejar carne alguna en la casa?

—Señor, por quitarme de *malas lenguas*.



*Lenguas malas*, dañadas ó putrefactas; *malas lenguas*, personas murmuradoras.

Pisando el umbral de una finca de buen aspecto un caballero que deseaba averiguar las señas de cierta persona, como quiera que salía al mismo tiempo á la calle un sujeto, cuyo porte trascendía más al papel de dependiente que no al de amo, se encaró con él preguntándole sin ceremonias de ningún género:

—¿Es usted de la casa?

—No, señor—se apresuró á contestarle el interrogado:—antes al contrario, la casa es mía.

*Ser* (uno) *de la casa*, habitarla, ó desempeñar algún cargo en ella; *ser la casa de* (uno), pertenecerle en propiedad.

\*  
\* \*

La composicioncita siguiente, que (dicho sea entre paréntesis) tiene tres pares de bemoles, envuelve un doble sentido completamente antitético, y el cual no sería fácil de ser desentrañado por la mayor parte de los lectores si á su texto no se acompañara la clave del enigma. Trátase, pues, de una hembra que, contrariada en sus amoríos, está resuelta á huir de su familia para unirse al hombre que tiene cautivado su corazón, y con el objeto de hacerle creer todo lo contrario, le dirige la siguiente embozada carta:

«Mamá: abrasada en el amor del Señor  
he decidido tomar el velo de religiosa en San  
Francisco, estoy resuelta á abandonar para siempre  
este engañoso mundo, entrando hoy en  
el convento sin que para tal resolución me arredre  
la desaprobación de parientes y amigos ni  
lo que diga de mí la sociedad. Llega un momento  
santificado por la inspiración divina  
en que la mujer que sabe sentir desprecia  
cuantos halagos y adulaciones se la prodigan, y



hasta los respetos humanos, prefiriendo gozar en el misterioso silencio de la vida monástica de aquellos amorosos deliquios en que el alma puesta en comunicación con Jesucristo se sublima á las dichas inefables del que ha sabido resistir las seducciones del profano amor. En esta embelesante fruición concentrada el alma en las delicias de la religión todo lo olvida y lo desprecia todo.

¡Gracias, Dios mío, que pude librarme del peligro!

¡Qué felicidad puede compararse con ésta!

Yo exclamaré con la Esposa de los Cantares:

«Toda soy para mi amado, y mi amado para mí

Ven del Líbano, ven, he aquí tu sierva».

»Separada del mundanal ruido  
al lado de las vírgenes de Sión  
podré en la soledad consagrarme  
á la contemplación del Paráclito y  
á los éxtasis embriagadores del amor  
divino. ¡Oh dulcísimo retiro del claustro!  
Mamá mía, no por eso olvides á tu hija  
en tus oraciones, porque es indudable que  
las tentaciones malas se conjuran  
con plegarias fervorosas, y Belcebú nada puede  
contra aquellas almas que son sencillas á la voz  
de El que murió en una cruz por la salvación  
del hombre. ¡Cuán admirable es el misterio de la  
Redención! ¿Y quién es capaz de resistir la  
atracción que ejerce sobre nuestra alma el  
encanto de la mujer fuerte que parece ser de  
otro sexo más privilegiado que el nuestro  
al vencer animosa los malos instintos?  
¿Quién tan poderoso que me separe de mi Pa-  
dre y Señor? Ni Satanás con todo su sé-  
quito. Perdona el disgusto que te causa  
mi separación; y aquí espera tu bendición  
tu amante hija

MARÍA.»



Buen punto debía de ser la autora de la tal carta acabada de transcribir, cuya intencionada redacción estriba en leerse un renglón sí y otro no; esto es, hacer caso omiso de los renglones pares en la lectura para la inteligencia de su verdadero sentido, con cuyo procedimiento se obtiene la verdad del caso, el cual resulta diametralmente opuesto á lo que pinta la letra, y es como sigue:

«Mamá: abrasada en el amor del Señor

Francisco, estoy resuelta á abandonar para siempre el convento, sin que para tal resolución me arredre lo que diga de mí la sociedad.» Etcétera.

\*  
\* \*

Tampoco deja de tener miga el caso siguiente, si bien no se trate ya de una cuestión de carácter doble, sino, lo que más es, cuádruple. Pero antes necesitamos descender á entrar en ciertas consideraciones enderezadas á la mejor inteligencia del particular.

En el lenguaje hablado, todo concurre á dar á entender con más ó menos claridad las ideas que se propone transmitir aquél que habla, pues el tono, las pausas, y hasta la acción vienen á ser auxiliares los más poderosos de aquello que intenta manifestar; pero, en el lenguaje escrito, no sucede lo mismo, dado que el papel viene á ser como un cuerpo inanimado, y por lo tanto, sin voz y sin movimiento: de aquí el que no baste escribir bien las palabras, esto es, con las debidas letras, sino que se necesita además hacer un uso adecuado de los signos de puntuación, signos auxiliares de la escritura, que en cierto modo vienen á dar vida, expresión y colorido al lenguaje escrito. Esta necesidad imperiosa de escribir bien para darse á entender con toda claridad, me precisa á tocar ahora un punto tan esencial, cuanto generalmente descuidado, en la primera enseñanza, y es: *los graves inconvenientes que pueden resultar, y que de hecho resultan, de la omisión, ó del uso des-acertado, de los signos ortográficos.* Para ello no me valdré de



teorías áridas, ni emplearé el tono y estilo pedagógico; nada de eso: tratando de unir lo útil con lo agradable, voy á presentar dos acertijos á la consideración de mis lectores.

Cuéntase que un sujeto soltero, persona festiva y de buen humor, frecuentaba una casa en la que existían tres hermanas jóvenes, sin haber dejado entrever nunca cuál era la preferida en su corazón. Así las hijas como la madre, deseaban salir cuanto antes de la incertidumbre en que las tenía el caballero, mediante las vagas atenciones y deferencias con que á aquéllas trataba; y, por lo tanto, se atrevieron á exigir de él, poniendo por medianero á un amigo de la casa, que manifestase cuál de las tres doncellas era la predilecta. A tan rotunda cuanto inesperada exigencia, contestó el caballero con la siguiente

#### DÉCIMA

Teresa Juana y Leonor  
 en competencia las tres  
 exigen diga cuál es  
 la que prefiere mi amor  
 y aunque parezca rigor  
 digo pues que amo á Teresa  
 no á Leonor cuya agudeza  
 compite consigo ufana  
 no aspira mi amor á Juana  
 que no es poca su belleza.

Careciendo de puntuación este escrito, no pudo venir la madre en conocimiento de cuál de las tres era la preferida. Todo se le volvía leer, y más leer, y vuelta á leer; y cuanto más leía, menos entendía en qué sentido estaba concebida la contestación. Aburrída al ver que nada sacaba en claro, llamó una tras otra á sus hijas, y vió con indecible sorpresa que cada cual de ellas la interpretó perfecta y satisfactoriamente á su favor respectivo, ó como si dijéramos, arrimando cada una el ascua á su sardina, con sólo colocar en la lectura los signos



ortográficos allí donde hacían al caso para su provecho particular. En su consecuencia, Teresa leyó de esta manera:

Teresa, Juana y Leonor,  
 en competencia las tres,  
 exigen diga cuál es  
 la que prefiere mi amor;  
 y aunque parezca rigor,  
 digo, pues, que amo á Teresa;  
 no á Leonor cuya agudeza  
 compite consigo ufana;  
 no aspira mi amor á Juana,  
 que no es poca su belleza.

Leonor leyó después en los términos que siguen:

Teresa, Juana y Leonor,  
 en competencia las tres,  
 exigen diga cuál es  
 la que prefiere mi amor;  
 y aunque parezca rigor,  
 digo, pues, ¿que amo á Teresa?  
 No. A Leonor, cuya agudeza  
 compite consigo ufana;  
 no aspira mi amor á Juana,  
 que no es poca su belleza.

Por último, llegó su vez á Juana, la cual leyó así:

Teresa, Juana y Leonor,  
 en competencia las tres,  
 exigen diga cuál es  
 la que prefiere mi amor;  
 y aunque parezca rigor,  
 digo, pues, ¿que amo á Teresa?  
 No. ¿A Leonor cuya agudeza  
 compite consigo ufana?  
 No. Aspira mi amor á Juana,  
 que no es poca su belleza.



Era para volver loco al más pintado eso de ver que todas pretendían tener razón, llamándose cada cual á sí misma la preferida. En medio de tal confusión é incertidumbre, no quedaba sino un recurso á que poder apelar; y éste era, que el caballero, autor de aquella décima, diese á ella la única y verdadera solución. Obligado á hacerlo así, se expresó en los términos siguientes:

Teresa, Juana y Leonor,  
en competencia las tres,  
exigen diga cuál es  
la que prefiere mi amor;  
y aunque parezca rigor,  
digo, pues: ¿que amo á Teresa?  
No. ¿A Leonor cuya agudeza  
compite consigo ufana?  
No. ¿Aspira mi amor á Juana?  
¡Qué! No. ¡Es poca su belleza!

Con cuya puntuación, distinta á las anteriormente empleadas por cada una de aquellas tres jóvenes, dió á entender de un modo claro y terminante el autor, que no aspiraba á la mano de ninguna de ellas.

Pero el suceso, que (según frase vulgar cuanto expresiva) les *echa la pata* á todos los hasta aquí narrados, por lo chistoso, es el que vamos á referir ahora, pues viene á poner en evidencia como hasta el lenguaje de acción, que se reputa en lo general por eminentemente expresivo é infalible, puede llegar también á ser tal vez motivo de varia interpretación. Dispóngase, pues, el más ceñudo lector á desfruncir por un rato sus más arqueadas cejas.

Cuenta la tradición, de cuya veracidad no salgo garante, que á principios del siglo XIX vivía en España, y en un convento de Castilla, cierto reverendo capuchino, acreditado de teólogo profundo, y célebre, más que todo, por su inaudita habilidad en explicar, por medio de gestos y acciones, disputar y sostener las cuestiones más intrincadas de la Metafisi-



ca y la Teología. Podía asegurarse de él que era un segundo Roscio, que en treinta años que contaba de ejercer semejante difícil oficio, no había topado á la sazón con ningún filósofo ni moralista que *le pusiera la saliva en la oreja*, entre tantos varones graves que con él entraron en liza, así naturales como extranjeros. Sucedió, pues, que hallándose colocado en este apogeo envidiable de su celebridad, fué á predicar la Cuaresma á cierto pueblo de escasa importancia; y comoquiera que en la tertulia del cura se tocara una noche la cuestión de semejante rara habilidad, un labrador rico, pero que no sabía leer ni escribir, dijo al reverendo:

—Si de lo que se trata, padre, es de disputar, sin hablar y sin escribir, yo apuesto lo que se quiera á que venzo á su reverencia.

—Repáre, señor Eustaquio—dijo el fraile con profunda modestia,—que la cuestión ha de versar sobre algún punto teológico.

—Como sea sin hablar ni escribir, que de esas cosas no entiendo, ya puede su paternidad disputar cuanto guste.

—Sea—dijo el reverendo;—y el que pierda, pagará una función á la Virgen del Rosario, que será usted.

—Eso ya lo veremos—replicó el contrincante;—y á la mano de Dios.

Convenidos en ello, se invitó á presenciar la disputa á las personas más notables del pueblo, y, colocados cada uno de los contendientes frente á frente á lo largo de una mesa, mirándose de hito en hito, en medio del más profundo silencio, principió el capuchino por los términos siguientes:

Levantó el brazo derecho, cerrando la mano y alargando sólo el dedo índice en toda su extensión.

El labrador levantó igualmente el brazo y alargó dos dedos. El capuchino enseñó tres dedos, sonriéndose.

Entonces el labriego alzó el brazo, mostrando la mano totalmente cerrada.

En esto dejó entrever el capuchino cierto asomo de triste-



za; pero repuesto inmediatamente del influjo de aquella nube pasajera, metió la mano en su manga, sacó una manzana y la enseñó con aire triunfante.

El labriego sacó entonces de su chaquetón media hogaza, mostrándola con satisfacción.

El reverendo pasó una y otra vez el pañuelo por la frente para enjugarse el sudor, diciendo cabizbajo:

«Señores, me declaro vencido.»

«¡Viva el tío Ustaquio!», gritaron á una, entusiasmados, los vecinos del pueblo, sin entender una jota del asunto que se ventilaba.

Cuando la tertulia se dió por concluída, pidió el cura al capuchino y los lugareños al labrador que les explicasen el misterio de aquella cuestión, porque no lo habían penetrado. He aquí, pues, las dos interpretaciones respectivas, las cuales, para el mayor efecto, habrán de ser leídas alternativamente en cada una de sus proposiciones.

EL CAPUCHINO

Levantando un dedo he dicho que había un solo Dios.

Él, con los dos dedos, me dijo que Dios tenía dos naturalezas.

Yo, con los tres dedos, le dije que en Dios había tres personas distintas.

Él, con el puño cerrado, me significó que las tres personas eran un solo Dios.

Viéndome vencido, saqué una manzana, con intención de manifestar que aquel objeto era el causante del pecado original.

Al ver la manzana, símbolo del pecado, sacó el pan, símbolo de la redención; con lo cual se proponía darme á entender que, si por la manzana había caído el hombre de la gracia de Dios, por el pan eucarístico había sido levantado y redimido.

E. M.—*Julio 1908.*

EL LABRADOR

Levantando un dedo quiso decir que me pegaría un trancazo.

Yo, con los dos, le dije que le arriaría dos trancazos.

Él, con los tres dedos, me dijo que me pegaría tres trancazos.

Yo, con el puño cerrado, le di á entender que lo derribaría á puñetazos.

Viéndose vencido, sacó una manzana para ver de amansarme con ella, creyendo que yo tenía hambre.

Al ver que me quería seducir y engolosinar con la manzana, tiré de mi media hogaza para que viera que yo no tenía hambre, y que Ustaquio Centeno no es hombre que se deja amansar con golosinas.



Con el suceso anterior se evidencia una vez más que *las cifras y...* (ciertos objetos que nacen en el testuz de algunos seres) son elementos que *sólo los conoce quien los pone*. Así como así, no es raro eso de que no se entiendan los hombres por medio de gestos y ademanes, cuando hace tantos siglos que sabios é ignorantes están hablando y altercando constantemente de palabra y por escrito, y no acaban de ponerse de acuerdo. Por algo se dice en el Eclesiastés (cap. 3.º, ver. 11) que «Dios entregó el mundo á la disputa de los hombres».

Por último, conste que, así como «nada hay que sea poco ni mucho, *per se*, sino relativamente» (que dijo allá D. Hermógenes), de igual manera «nada hay en el mundo que sea simple, sino que todo cuanto en él existe resulta más ó menos complicado» (que digo yo aquí ahora).

Esto es lo que me propuse demostrar; creo haberlo conseguido suficientemente.

JOSÉ MARÍA SBARBI



# DIEGO VELÁZQUEZ Y SU SIGLO

(CONTINUACIÓN)

---

## MARÍA TERESA

Muerto el príncipe Baltasar (1646), sólo le quedaba á Felipe IV una hija, María Teresa, nacida el 20 de Setiembre de 1638. Era la heredera del trono español, y ya se iniciaban los preparativos para la jura. Cuando se casó su padre en segundas nupcias con Mariana, sólo tres años mayor que ella, contaba once años. Doce años largos vivieron juntas las dos damas, nietas de Fernando II y Enrique IV, en la misma corte; se las veía á menudo juntas en las fiestas y audiencias; la infanta eclipsaba á su madrastra en gracia é inteligencia. En un aniversario del nacimiento de la futura reina (Diciembre 1647) dirigió la danza de las damas «con tanta gracia y animación», que se conquistó todos los corazones.

«El rey contemplaba con tierna atención las fiestas que le proporcionaba su única hija» (1). Acostumbrada á desempeñar el primer papel, temía el nacimiento de un varón. Fué la madrina de la pequeña Margarita; el embajador de Módena la vió en el bautizo; era aún muy pequeña, pero bien formada y de nobles líneas (2). «Creo, dice, que la cristiandad no posee

---

(1) La signora infanta... guidó la danza, con leggiadrissimo brio, e vivacita. Des. GIUST. 28 Dic. 1647.

(2) E da tanta grazia, e da proportione di membri, e de lineamenti a nobili accompagnala, che comparisce e meraviglia bene. Desp. 27 Julio 1651.



otra princesa tan bella y graciosa.» Al entrar en la capilla dejó caer, al quitarse el guante, un riquísimo anillo; y como se lo devolviese una pobre mujer, la dijo: «Conservadlo, Dios os lo regala.»

Su matrimonio con el joven Luis XIV fué idea de Mazarino, que quería dar el trono de España á los Borbones. Ya á la muerte del príncipe comunicó esta idea al embajador en Münster. Pero los políticos lo tenían por una maniobra para entorpecer los proyectos de Viena. Ningún consejero español podía tomar en consideración tal matrimonio mientras faltase heredero varón.

Pero mucho antes de que se estudiase este proyecto, la infanta había decidido en París casarse con su primo. Hablaba en esto su sangre francesa. Luis había nacido el mismo año que ella, quince días antes. Cuando en 1653 el embajador imperial la pidió para el rey de Roma, Fernando († 1654), y sus retratos fueron enviados á Flandes y Alemania, el embajador veneciano en Madrid, Giacomo Quirini, recibió un parecido encargo de su colega Sagredo en París. Brienne había pedido el retrato para su tía, la reina Ana. «He suplicado, escribe Quirini á D. Luis (Haro), que me lo mande; después de muchas reiteradas discusiones no puede negar este favor á un enviado de la República; no quería saber quién me lo había pedido. El cuadro fué pintado por Velasco, el pintor del rey, y enviado á París con el usual pago de cincuenta reales. El correo lo llevó á Flandes. Quirini está persuadido que el cuadro estaba destinado á una galería ó una habitación. Fuera mengua pensar que la heredera de la Monarquía se pudiese casar en otro país que España. Pero añade después «que el original viajaría á gusto en vez del cuadro á Francia». El original buscaba pretextos para pasear por el palacio, buscando un retrato del joven Luis, «el cual, con su aire caballeresco y su uniforme, vencía sin lucha; y yo supongo que ya había triunfado en el corazón de la bellísima princesa» (16 Octubre 1655). Después de los esponsales hicieronse públicas estas



visitas, é inclinándose ante el retrato, decía á sus damas: «Este es un saludo para mi novio.»

En Marzo de 1654 llegó un nuevo mensaje de Sagredo. Quirini debía suplicar al rey en audiencia especial quince retratos de la casa de Austria; se enviarían los tamaños; en Octubre se pidieron cuatro más en una nota. El rey lo tomó como signo de que aún existía vivo el sentimiento de familia. La reina Ana se había hecho completamente extraña á la familia. A la muerte del príncipe Baltasar no pudo ocultar su gozo, porque sólo veía ahora entre ella y el trono de España á su sobrina. A la muerte de la emperatriz María, exclamó Felipe: «Era mi única hermana.» Ahora decía: «Mucho me regocija lo que me decís de mi hermana; me llena de contento saber que piensa aún en nosotros; con lo que podéis escribir á Francia que al punto he dado las órdenes para que estén pronto los retratos.»

Todo esto sucedía aún durante la guerra. En Setiembre rogó al rey un regalo á cambio. «Creo, dijo en una audiencia después de los funerales del rey de Roma en la capilla de palacio, que mi hermana no responderá al presente de los retratos que por vuestra mano han sido enviados á París, y á este fin voy á daros las medidas para que me envíe el suyo.» En Octubre de 1655 entregaba el embajador los diez retratos al regocijado monarca. Le fué de gran consuelo ver á su hermana y sobrinos, pues aun entre las complicaciones y amarguras de la guerra hemos de acordarnos que somos hermanos.

¿Qué ha sido de estos cuadros? Retratos de María Teresa aparecen con mucha frecuencia, pero son casi todos de su tiempo de francesa; tampoco quedan en Madrid de sus tiempos juveniles de España, si bien el inventario del siglo anterior menciona varios; por ejemplo, un «original de Velázquez» en el Buen Retiro (1). Parece haber salido al extranjero, quizá

---

(1) Inv. *Buen Retiro*, 1700. «Original de Velázquez» 2  $\frac{1}{4}$  v.  $\times$  1  $\frac{1}{3}$  v. En Pal. Borbón, 1772, como infant. 2  $\frac{1}{2}$  v.  $\times$   $\frac{7}{4}$  v.



á Parma (1). El retrato, que era una infanta de unos doce años, fué tomado equivocadamente en el Museo del Prado por María Teresa (Nr. 1084).

En cambio, había un retrato de joven, auténtico, en poder de Mr. Lyne Stephens; se vió en 1874 en la Exposición del Palais Bourbon (1,49  $\times$  1,02). Estaba pintado en el estilo del año cuarenta. Sobre una superficie vacía y gris clara, sin indicación del límite entre la pared y el suelo, hay una cortina rojo-oscura corrida, la cual da el fondo para la figura de la infanta, vestida de seda negra. Está al lado de un alto sillón con almohadón con franjas de oro; sobre él un muy fino boloñés con las impertinencias propias de su raza, se ha echado cómodamente, y permite á su amiga que juegue con sus largas y pobladas orejas. Su vestido está bordado de plata en el jubón y en la falda; ancho cuello de encaje; lazos cruzados, con perlas. Por las facciones pronunciadas parece de más edad de la que se puede colegir de su estatura.

Es innegable su parecido con su madre Isabel de Borbón, hasta en las mejillas algo infladas. Lleva también su peinado. La fuerte barbilla redonda; la boca pequeña, pero enérgica, y la mirada, indican carácter. Si bien María Teresa después parece otra, merced al traje y peinado franceses, se puede reconocer aún su rostro infantil en el cuadro de Mignard.

El retrato corresponde también con la descripción que madame de Moteville y su hermano trazaron en su encuentro en Madrid (1659) y al pie de los Pirineos (1660). «Su frente era grande, y el cabello, rubio plata, estaba suelto; los ojos, azules y no muy grandes, hechizaban por su brillo y dulzura; las mejillas eran algo gruesas por abajo; la tez, de blancura brillante; la boca, bella y roja.» Apenas se la podía llamar

---

(1) El marqués Scotti de Piacenza, que acompañó á España á Isabel de Farnesio, y murió allí en 1752, poseía su retrato de cinco palmos de altura de Diego Velázquez. CAMPOZI: Rac. di Catalog. Módena, 1870, página 519.



bella por el retrato de Morny; pero la francesa creía que era mucho más hermosa que todos los retratos enviados á Francia.

Hasta el año 1659, en que ya Mariana de Austria había dado dos príncipes á España, no pudo realizar Mazarino su proyecto, largo tiempo perseguido, gracias á la habilidad del embajador español Antonio de Pimentel. La solemne petición de matrimonio fué encomendada al mariscal de Grammont. Su caballescaca y brillante entrada en Madrid el 16 de Octubre, en que en calidad de «correo de un joven galante y enamorado rey» recorrió el trozo desde la Puerta de Alcalá hasta el Alcázar, con su gran séquito á galope, conquistándose la simpatía de los españoles. Felipe IV le recibió en la sala de los Espejos, de pie, ante un trono «de inestimable valor». La sala había sido dispuesta por Velázquez para la ceremonia. Al francés gustóle el gran retrato ecuestre de Carlos V, de Tiziano, que estaba sobre el trono, «tan natural, escribe el hijo del mariscal, que se cree que el hombre y el perro respiran». La ratificación de las capitulaciones matrimoniales se efectuó el 10 de Diciembre. Calderón escribió, para solemnizar el acontecimiento, *La púrpura y la rosa*, primera comedia cantada en español; la novia pudo oirla todavía.

Felipe ordenó á Velázquez que enseñase el palacio al embajador y á su hijo, lo que así se hizo el 20 de Octubre (Palomino, III, 348); también fueron visitados los del almirante de Castilla, el ministro Haro, Medina de las Torres, Oñate y todos los cuadros dignos de verse. Al partir el duque, regaló al pintor, por intermedio de D. Cristóbal de Gaviria, un rico reloj de oro. El mariscal debió de pensar en el pasado, á la vista del retrato del emperador, que tuvo prisionero á su rey en la torre del Norte del Alcázar; pero también en el porvenir, á la vista de los dos vástagos marchitos de aquella casa, sobre cuya herencia ponía su mano por este matrimonio.

Nuestra infanta hizo también favorable impresión á las francesas; sólo sorprendió al embajador que su elocuencia no pudiese otra cosa de ella que una fórmula cortesana estereoti-



pada y «sacramental» (1). En la reunión en la isla de los Faisanes del Bidasoa, se vió aparecer por primera vez al joven rey de incógnito. No le gustó el vestido de la infanta; pero observó que «poseía gran belleza y que le iba á ser grato enamorarla». Felipe estaba encantado de su *lindo yerno*.

María Teresa guardó siempre á su esposo su entera y perpetua abnegación; no tenía «más voluntad que la suya ni más gusto que lo que á él le agradara». Pero la española no logró conservar á Luis contra las más ingeniosas y vivas damas de aquella corte (¿la sobrina del cardenal?). Su espíritu era limitado; menos animado; la imaginación no se elevaba sobre el nivel de las vulgares españolas. Su devoción conventual, su sentimentalidad infantil y sencilla excitaba risas, y su vida, tan dulce y pura, compasión. Al principio se aburría con Luis XIV, si bien á su muerte dijo que era el primer dolor que le había proporcionado.

### LA INFANTA MARGARITA

El matrimonio de Felipe IV con su sobrina le proporcionó una querida hija, MARGARITA TERESA (12 Julio 1651). En aquellos años de irresistible decadencia y vergonzosas catástrofes, fué para el rey, que expiaba los pecados de su juventud, el último rayo de sol de un oscuro crepúsculo. La niña era de raro encanto; el mismo burlón y orgulloso Grammont, que trazó un cuadro burlesco de la corte de España de entonces (1659), la llama en su carta á la reina Ana «angelito», y á Luis XIV «que no es posible concebirla más bonita y vivarachita». Aun hoy, siéntese ante su retrato la victoriosa fuerza de la vida, que se renueva constantemente y que empieza tan fresca y rica de esperanzas como la mañana. Mientras llega la

(1) ¿Cómo está la reina, mi tía?—Decid á la reina, mi tía, que yo estaré siempre muy rendida á su voluntad.



savia á la última rama, puede ostentar el árbol podrido una flor que iguale á la más pura de la primavera.

Y la magia del arte la pone ante nuestros ojos fresca y viva como hace doscientos cuarenta años. El pincel siguió su crecimiento por espacio de seis años. Por lo menos, tenemos siete retratos originales. ¿Cómo pudo encontrar el padre, de cincuenta años, por cierto sólo admirador de las bellezas de negros ojos del Sur, la mezcla de esta niña de colores exóticos y sangre septentrional, mezcla que nadie ha podido imitar? Triunfó hasta de la grotesca moda; la trataba como una mascarada; la pequeña revolotea y se agita alrededor del carro de la aurora.

De todos los retratos de la niña, sólo dos quedaron en la morada paterna: el uno en el centro del cuadro de familia. Como quiera que desde la cuna estaba destinada á un primo austriaco, de cuando en cuando se mandaban retratos suyos á Viena. La Galería imperial conserva tres ó cuatro, entre ellos el primero y el último.

El más antiguo (Nr. 615) nos la presenta de edad de tres ó cuatro años (1). Es una niña delicada, de colores tiernos y pálidos, de ojos un tanto lánguidos y sin expresión aún, el tono frío y argentino. De todos es el retrato más alegre, brillante y coloreado. El escaso negro de los encajes y de las joyas parece sólo puesto para hacer más deslumbrante la figura, que ya resalta sobre los paños brillantes y llenos de luz. La piel es blanca y sedosa, como los cabellos rubios, que parecen plateados; lleva refulgentes joyas, y la pupila es azul y brillante. Todo esto produce el efecto del natural. La figura, en traje rosa bordado de plata, de forma de campana, se destaca sobre un fondo de colores calientes y saturados: cortinón rojo; el paño de la mesa, azul verdoso; alfombra granate de Esmirna, flo-

---

(1) Se titula allí María Teresa; pero las facciones son tan ajenas á ésta como parecidas á las de Margarita; además, el estilo es el del año 50, más bien que el del 1641.



reada de negro. Está pintado con pincel suelto. En las manecitas se ha añadido blanco y en la cabeza rojo-oscuro. ¿Cómo describir este retrato? El ramo que está sobre la mesa con rosas pálidas, crisantemos y lilas, sería la mejor definición. Es un ramillete impregnado del rocío matinal é iluminado por el sol naciente. ¿Por qué produce este ramo, bosquejado como la palabra rosa en las poesías de Saadi, el encanto de flores vivas, más que algunas obras admirables de Heem y de Huysum?

La niña misma se parece mucho á una flor; su único fin psíquico es durar un momento, abanicarse y poner la mano en el borde de la mesa. Pero hay algo de resuelto y de correcto en esta actitud: es la dama imperial que brota (1).

Viene después el retrato del Louvre (2), probablemente regalo á la reina viuda Ana, LINFANTE MARGVERITE se lee en oro abajo; estaba ya en la antigua galería francesa. La carita es más delicada, pero los ojos, con sus grandes círculos azules, miran aún fijos y sin pensamiento. Esta imagen, de un tono más transparente que de ordinario, está puesta en la gruesa tela, con un color tan delgado y un pincel tan ligero y flotante, que es la desesperación, no sólo de los *dillettanti* (como Próspero Merimée decía de sí mismo), sino *a bone of contention to the copists* (Stirling). Es chocante el tono amarillo verdoso, que difiere del tono plateado de otras veces. Es el propio de Mazo que debió colorear en él.

Siguen después varias figuras de la princesita á los seis años, en que estaba más bella, pues sólo le fué deparada una

---

(1) En C. V. LÜTZOWS, galería Belvedere, descrip. y grab. de W. UNGER. Una copia de un discípulo en la Pinac. de Munich (1294) con el falso nombre de María Teresa.—Una buena reprod. en PALACIO DE ALBA en la subasta de París, 1877, en 48.000 franc. El pelo suelto sobre la espalda; los dedos están más acabados; falta el ramo. Grabado para el Catálogo.

(2) Nada de copia del anterior, como reza el catálogo americano, y que con el otro descrito por Palomino (620) tiene por idéntico. Grab. de HAUS MEYER, dib. de Knaus, aguafuerte de Wattner.



pasajera belleza. En el retrato recientemente llevado á Viena del palacio de Praga (619), en el cual viste el mismo traje que en las Meninas, el rostro es más fino. Su ángel tutelar ha dado en este intermedio gracia á su figurita, é inteligencia á sus ojos infantiles. Esta obra lleva sin duda la estampilla del maestro. Se diferencia de los antiguos colores por la sencillez de las tintas sobre el fondo oscuro. Con muy pocas y amplias pinceladas está realzada la forma y la vida. Las cintas, la cortina (que sigue el contorno de la figura) tienen sólo una matiz de rosa. Los cabellos, suaves, sedosos y brillantes; los bucles, de un rubio de cerveza, son tan finos y movibles como si un hálito debiera dispersarlos. La boquita hinchada, la nariz algo remangada, revelan la acelerada respiración y pulso de la tierna criatura.

Muy parecido es el ejemplar de Hartford House, de la colección Higginson, modelado con más vigor, aun de menos segura autenticidad. Se nota la fina oposición del tono dorado del rostro y plateado de la figura, las poco pronunciadas sombras grises y el brillo de la carnación.

El retrato de Frankfort (de la colección Urquáiz, en Sevilla, y Peréire, adquirido por 10.700 francos), con pelo en bucles, es una fugaz, pero auténtica variante; la cabecita como empolvada de un polvillo de oro y plata.

Más notable es el tercer retrato de Viena (620), en el cual se ha hallado recientemente el largo tiempo perdido, descrito por Palomino (Museo III, 349), y regalado al emperador en 1659. Según esto, fué pintado un año antes de la muerte del maestro, y representa á Margarita de ocho años. La rubia cabecita está sobre una pared roja como fondo. Parecen reconocerse huellas de un afeamiento de las facciones. A la izquierda hay un *bufetillo* con un tapete que llega hasta el suelo; encima, un reloj de ébano descansando en leones de bronce dorado y con baranda negra y roja. En el centro, un cuadro redondo, representando el carro del sol, sobre fondo azul con una hoja cifrada. Sus manos descansan en el guarda-infante; la



izquierda tiene un gigantesco manguito. El color del traje, de las cintas del pelo y de los lazos es un oscuro verde oliva.

Si bien este retrato está bien autenticado, se le pudiera tener desde muchos puntos de vista por una obra del Mazo, bajo la dirección de Velázquez. Una comparación con el anterior (619) apenas deja duda. Los oscuros y apagados colores, la negligencia del dibujo, la mala correspondencia de las facciones (los ojos no están en línea recta), la mirada sin vida, lo borroso de las formas características de la boca y de la nariz, el blanco yesoso de la cara, el imperfecto modelado, los cabellos sin brillo, el poco verosímil escorzo del brazo izquierdo, revelan la mano de este discípulo.

En la sala de Isabel II, del Museo del Prado (núm. 1.084), suele, una enigmática figura de rodillas, atraer las miradas de los visitantes, pasmados y á la vez divertidos, ante el monstruoso atavío que pudo ganar la palma del mal gusto aun entre las damas de aquel tiempo. Sin embargo, quien tenga ojos para el color, no dejará de gozar de la pasmosa verdad del vestido de seda blanco y bordado de plata, pintado á toda luz con refulgentes joyas de oro y brillantes, y el rojo tostado de arriba, el delicado rosa de los lazos y cintas sobre el fondo de una cortina de brocado rojo carmesí como una masa de roca que pendiese amenazadora.

La figura se llama en Madrid María Teresa. Pero esta denominación es insostenible. En el Inventario de palacio de 1772 había, es cierto, un cuadro titulado así, y de la misma medida; pero ya en tiempo de Felipe V se llamaba también á la infanta de las Meninas, María Teresa. Quien haya visto el incontrovertible retrato de Mignard (hay varios de él en el Prado), tendrá por imposible tal variación en las facciones. También falta toda semejanza con su madre Isabel. Es una cara austriaca. Su cabeza llama la atención asimismo por los grandes ojos abiertos y redondos; los de María Teresa eran más bien velados, en forma de almendra; aquélla miraba con viveza; ésta, dulce y flemáticamente; aquélla heredó la horrible



boca de su padre; ésta tenía pequeños y bien formados labios.

El vestido pertenece á la moda del tiempo; la manera es del año cincuenta; el rostro es, según el catálogo de Madrid, el de una niña de diez años (?); y entonces debió de haber sido pintada antes del viaje á Italia. Por esto se conceptúa la cabeza como el resto de un retrato anterior, sobre el cual se repintó, poco antes de las negociaciones del matrimonio, el cuerpo, el traje, el peinado y las manos. ¡Qué desatino! En un tiempo en que ella estaba en el dintel de la hermosura juvenil, é iba á ser prometida del rey de Francia, adaptar á una antigua cabeza de niña un pomposo vestido. Es decir, que se tuvo tiempo suficiente para pintar del natural un vestido nuevo de moda, ricamente adornado, un peinado y todos los demás accesorios; ¡pero no hubo tiempo para pintar el rostro! ¡Una cabeza de una niña de diez años en la figura de una dama de veinte!

Se ha dicho que el rostro era un rostro antiguo, pintado en un estilo notablemente distinto de los demás. En otro estilo, sí, pero no más antiguo, á lo menos de Velázquez. El rostro es de un tono gris, tieso y suave, sin reflejos; en vano se buscará una cabeza parecida del año cuarenta. Además, tampoco se descubre huella alguna de pintura anterior bajo la actual. Por último, recientemente ha aparecido un cuadro, que corresponde exactamente con éste hasta en las reducciones de arriba y de los lados, en Viena (núm. 621), y en que la proporción de la cara con la figura es exacta. También aquí llamó la atención de E. V. Eugerth el diferente tratamiento de la cabeza, la cual, más minuciosa, pero más pesada, está pintada en un tono gris pétreo. ¿Habría habido, pues, en Madrid dos lienzos con sólo una cabeza en el centro, y se habría pintado en ellos los demás diez años después?

Ahora bien: la cara corresponde exactamente con el retrato de la infanta Margarita. Las facciones han cambiado algo; las formas de su madre se han acentuado; está á punto de perder su adorable belleza de niña. Este proceso de prematuro des-



embellecimiento se ve completamente consumado en su retrato de Madrazo (Prado, 790). El bandó lateral, con el bucle cayendo en línea recta sobre la frente, bajo la peluca, le encontramos también en la emperatriz. En el duplicado de Viena, como adorno del pecho, la doble águila austriaca sobre cinta rojo-oscura. En caso de que se hubiera pintado mucho antes para el matrimonio de María Teresa, no se le hubiera puesto antes de los formales desposorios las armas imperiales como principal adorno. Además, desde hacía mucho tiempo estaban en marcha las negociaciones con la corte de los Borbones, y la infanta tenía una decidida inclinación por las flores de lis.

Los esponsales de Margarita con el emperador, tuvieron lugar en 1664, de edad de trece años; el catálogo de Viena calcula la edad de nuestro retrato en unos doce años. Pero como en el año 1664 ya no vivía Velázquez, hay que concluir que el cuadro fué pintado por uno de sus discípulos, según el modelo de otros semejantes de la infanta. Pero es muy probable que el rostro haya sido retocado, en vista de alguno de su mano, para reproducir las variaciones sufridas en tres ó cuatro años. El placentero rostro de la dama y el bonito ramo cuadran muy bien á la feliz novia.

## EL PRÍNCIPE FELIPE PRÓSPERO

El ya mencionado retrato de la pequeña Margarita, pintado para el emperador, fué acompañado del de su hermanito Felipe Próspero, de dos años. Este es aquel en cuyo natalicio (28 Diciembre 1657) Calderón escribió *El Laurel de Apolo*, donde fué cantado el estribillo:

Hoy con próspero arrebol  
para todos nace el sol.

Se puede conjeturar que este regalo de los dos retratos de niños, pintados con especial amor en Madrid, no carecía de objeto. Eran quizá un parche puesto en la herida susceptibilidad



de Viena por el proyecto de matrimonio desbaratado por don Luis de Haro. El uno hacía palpable la garantía contra toda sucesión extranjera. El otro daba una nueva esperanza á la corte austriaca en la figura de aquella niña que pronto se hallaría en estado de contraer matrimonio.

En este Próspero, deseado y pedido á todos los santos de España desde hacía once años, por sus padres y por la nación, veíase otra vez el heredero del trono. Grammont lo vió en Octubre de 1660, y lo encontró hermoso; á su lado había aún un hermanito de diez meses, Fernando Tomás (nacido el 21 de Diciembre de 1659); pero era tan endeble, «que no parecía había de tardar mucho en subir al cielo». En efecto, murió pocos días después (el 23 de Octubre). También Próspero era un niño raquítico, epiléptico, según Quirini, «de complexión delicada, perezoso en los movimientos, pálido á la manera austriaca, con la boca abierta, ojos azules y cabeza grande, con poca fuerza en las rodillas, por no decir un enfermo». Sólo quería que le cogiera el franciscano Antonio de Castilla, de setenta y cuatro años, lo que no estaba exento de peligro; «pero Sus Majestades, que veneraban el santo hábito con incomparable celo y reverencia, toleraban este exceso con la mayor indulgencia» (1).

El retrato estuvo durante más de un siglo en el castillo imperial de Gratz, en la sala del Tesoro y Arte, de donde fué llevado en 1765 á Viena (2); en Belvedere llamábase primeramente María Teresa. Stirling reconoció en él las particularidades de la descripción de Palomino (Museo III, 349); el sombrero con la pluma blanca sobre el almohadón del taburete; el silloncito rojo con el perrillo (3); la pared abierta por puerta y ventana.

(1) Relazioni degli Ambusc. Veulti; Spagna. QUIRINI, 1661.

(2) C. V. Lützow: Galer. Belved. Grab. de W. UNGER.

(3) Los perritos debían ser animales favoritos del pintor (Palomino, 349), que tuvo con ellos en los retratos de señoras tanta fortuna como con los héroes de la caza. Cean Bermúdez vió en el Buen Retiro «un perro sobre



Sobre el pálido rostro, con la boca y los ojos muy azulados, no resplandece viveza alguna como signo de viabilidad. ¿Por qué ha cubierto el vestido rosa largo hasta el suelo, ribeteado de plata (á más de las mangas acuchilladas), con el blanco delantal y el babero? Del cinturón penden varios juguetes: un bibelot, un chupador, una campanilla y un sonajero. En la cadena oblicua, sobre el pecho, hay dos alfileres con perlas negras y brillantes. Las manos parecen lilas marchitas. Y esta blanca figurilla nada en una oleada de rojos profundamente suturados, de distintos tonos, el de la gran cortina, el de la alfombra, etc., como si la fuerza y el fuego pudiese entrar por medio del color en los estrechos canales de aquella pálida y endeble criatura. Esta débil lucecilla se apagó el 1.º de Noviembre de 1661 (1).

### EL NIÑO EN TRAJE ECLESIAÍSTICO

Más feliz que este reyezuelo, muerto prematuramente, en raro contraste con su tierna carilla anémica, presentábase el magnífico retrato de un muchacho, vestido con hábitos eclesiásticos, en la galería del conde de Harrach, en Viena, titulado «Un infante español vestido de cardenal». Fué tenido mucho tiempo por un Velázquez, y es un interesante documento de con cuánta fortuna podía apropiarse su estilo un discípulo de talento.

un cojín», el cual se puede reconocer en el Boloñés burlesco de la galería RACZYNSKI (núm. 16). Este fué regalado por D. Francisco de Asís al conde, que quería tener algo de Velázquez para su galería, juntamente con una cabeza de ciego. Detrás del perrillo fulguran en la oscuridad los verdes ojos de una gata. El cuadrito, pintado magistralmente con colores de relieve, difiere del procedimiento de aquellos bichos puestos sobre sillones reales. El perro con el hueso de lord Elgi en Broomhall, y los perros regañando de Castle Howard, han sido atribuídos al maestro, sin fundamento. Ponz vió en el palacio de Villaviciosa, en Chinchón, el retrato de un gran duque.

(1) Hay un grabado del príncipe Próspero, donde se nota más la hidrocefalia.



Este hombrecillo, apenas de ocho años, preséntase en la pomposa vestidura de canónigo: la púrpura, la muceta roja sobre la blanca sobrepelliz; el bracito derecho descansa sobre la mesa con el dedo en un breviario; la mano izquierda pende sosteniendo el bonete rojo; esta actitud es perfectamente imitada de los chantres. Lo cómico de la figura, en forma de tonel, está acrecentado por el extraño peinado; y los largos cabellos castaños, echados á la izquierda, están cogidos en una trenzita con un lazo blanco. Esto y las facciones hacen pensar si será una niña. Pero también el niño del cuadro de familia de Viena lleva una trenza. Es exquisito el rostro, rebosante de salud de este hombrecillo, que mira petulantemente con sus redondos y grandes ojos pardos, enorgullecido con su magnífico traje y del efecto que produce.

Delante de él, en el suelo, á la derecha, está sentado un obeso faldero, que mira con impertinente y atrevida expresión de lacayo.

La postura es la de los niños reales: mucho espacio y mucho lujo de color. Es una habitación oficial; como único mueble asoma una mesa con tapete púrpura que arrastra por el suelo; detrás, el indispensable cortinón rojo. La ancha ventana, que descubre una amplia vista, denota que estamos en el Alcázar de Madrid. Tal vez, en el piso bajo, al lado del Norte, sobre la pendiente del cerro. La vista, por la posición de la situación de la figura en el segundo término del cuarto y la pendiente del terreno, está cortada. Pero el país puede aún hoy reconocerse. En primer término, una zona del antiguo *jardín* del Moro, que muere en el Manzanares. En la orilla pasean varias personas principales, damas y caballeros; dos damas están sentadas en la yerba sobre un pañuelo extendido; tal vez *almuerzan*. De este jardín proviene el hermoso ramo de la mesa, cogido para solemnizar el día, y compuesto de espuelas de caballero, crisantemos y una rosa. Después, el río verde oscuro; al otro lado, la pradera con ropa puesta á secar y la carretera con caballerías. Detrás blanquea la tapia de la



*Casa de Campo*, con un edificio pintado de rojo claro. En el fondo se escalona el azulado perfil del Guadarrama.

¿Qué quiere representar este cuadro? ¿Es que hubo entonces un cardenal niño? El infante Fernando (nac. 1609) recibió á los once años la púrpura (1620); pero el nuestro es más joven. En 1620 no estaba Velázquez aún en la corte, y la manera corresponde á una época posterior. Y Fernando fué el último infante de esta dinastía. Se lee que los niños reales eran cubiertos á veces con hábitos de alguna orden. Pero este muchacho no tiene parecido con ninguno de los hijos de Felipe IV.

Debía ser, sin duda, el hijo de algún magnate, destinado á la Iglesia, pues una broma carnavalesca no hubiese sido perpetuada en un cuadro oficial. Pertenece á la colección española del conde Harrach, cuyo diario, en el cual tanto se habla de cuadros y de compras, y se guarda silencio sobre éste. ¿Había de haber regalado un grande español el caro retrato de su hijo á un embajador extranjero? Quizá fuera su propio hijo.

Fernando Bonaventura, conde de Harrach (1687-1706), el fundador de la línea menor de la estirpe, desempeñó desde 1668 cargos diplomáticos; en 1672 fué por primera vez á España (hasta 1677). En este viaje (en que permaneció en Madrid hasta 1675), le acompañaba su esposa Juana Teresa, condesa de Lamberg, con sus niños. Leemos en su diario con el rey Carlos II y su madre (la reina viuda Mariana). Se hicieron presentar estos niños tudescos, dos hijos y dos hijas, que los llamó *meninos* y *meninas*, y los cubrió de preciosos regalos (Nov. 1672). El mayor, Carlos (nac. 1662), obtuvo una espada con puño guarnecido de diamantes (éste murió en 1686 en el sitio de Ofen); el segundo, fray Antón (nac. 4 Octubre 1665), una sortija de diamantes. Este estaba destinado á la Iglesia, y en el año 1673 tuvo lugar la elección del niño de ocho años para la canongía de Passau y Salzburgo. Así se nombraba á los niños nobles, como jóvenes canónigos sin voz ni voto—*canonici in herbis*,—y obtenían la esperanza de altos cargos ecle-



siásticos. Fué treinta años después obispo de Viena, y en 1707 arzobispo de Salzburgo. Para solemnizar, pues, su ingreso en la carrera eclesiástica, se le haría este extraño hábito, con el cual edificaba á todos los que le veían, por lo que se resolvió que le retratase el pintor de la corte.

El conde, su padre, ardiente é ilustrado aficionado y coleccionista, en este primer viaje á la corte (cuyo motivo fué el matrimonio del rey, como el del segundo la sucesión), visitaba las entonces numerosas galerías de cuadros y almonedas, y tuvo trato con los pintores. Carreño era su guía, que pintó también los retratos del rey y de la reina, viuda para él. Pero no puede ser él el autor de nuestro cuadro. De esto es fácil persuadirse en la Galería.

Sólo puede proceder este retrato de un pintor que se apropió el tono y toque de Velázquez hasta la confusión: JUAN B. DEL MAZO. Es lo mejor que poseemos de él, y recuerda varios retratos de la Galería imperial. En el paisaje y accesorios se reconoce la mano del autor de la Fuente de los Tritones. Propio de Mazo es también el medio tono amarillo verdoso que empleaba para las luces de la púrpura y carnación. No le hubiera ocurrido á Velázquez el diseño del pulgar de la mano derecha y del labio inferior. Además, hacía ya trece años que había muerto.

## PERSONAJES ALEGRES

---

### BUFONES ESPAÑOLES

Ya los italianos del siglo xvi notaron la afición de los españoles por los bufones (1). Un coleccionador de la historia de lo cómico tenía la impresión de «que los españoles, á causa

---

(1) Relat. Badoer, 1557, pág. 237. Sono molto inclinati a sentir buffoni.



de su acalorada y desordenada fantasía, sobrepujaban á todos los pueblos de Europa en lo cómico grotesco» (1), quizá precisamente por su misma seriedad. «Como el estado serio eclesiástico—dice Juan Pablo—tiene la mayor cantidad de cómico, así los graves y ceremoniosos españoles tienen más sainetes que ningún otro pueblo, y á menudo en sus obras dos graciosos.» Los lazos que aprisionan el espíritu español, el gusto por lo trivial, los residuos que más que ningún otro pueblo conserva, mezclados con los elementos de la cultura moderna, ocasionan contrastes de los cuales brota la chispa de lo cómico. Esta inclinación nunca ha aparecido más marcada que en este siglo, en cuyo dintel aparece el libro de aquel hidalgo, que era «un entreverado loco lleno de lúcidos intervalos (*Don Quijote*, II, 18). «Su estrella gemela de la locura se alza sobre todo el género humano.» Las antiguas formas, cuyo gusto ya se había perdido, resucitaron de nuevo. La voz, ya de lo serio con lo burlesco, de lo noble con lo vulgar, del ensueño y la blasfemia, nunca se ha cultivado en otra parte con más desenfado en la poesía, en el arte y en el culto. Pablo Tiepolo (en la relación de 1563) halla aquí con asombro los usos carnalescos de Italia formando parte de las grandes fiestas religiosas: máscaras, danzas moriscas, comedias, hacen amores y bufonadas. «Los *Autos* de Calderón—dice Flögel—exceden en contrastes monstruosos de lo santo y profano á todo lo más desatinado que en la comedia se ha escrito.»

Pues así como las bufonadas de los *graciosos* en el drama trágico y las monstruosas chocarrerías de las procesiones del Corpus, así se reúnen ahora bajo el pincel del pintor de Su Majestad los retratos de bufones y los *fenómenos* ó burlas de la Naturaleza. Formaban parte del decorado tradicional de ciertas habitaciones de palacio. Ahora han avanzado desde los muros de las escaleras y desde los palacios de placer, hasta ser puestos al lado de las figuras de sus antiguos señores, de

---

(1) FLÖGEL: Hist. de lo grotesco. Leipzig, 1788, pág. 73.



los cuales fueron inseparables en vida. Cuéntense los *hombres de placer*, los enanos, idiotas, locos de su señor y los otros retratos de figuras accesorias (sólo faltarán los enanos), y se tendrá más de una docena (varios se han perdido) de retratos originales de Velázquez en su propia manera, el último escalón de la antigua sociedad española.

En tiempo de León X, la edad de oro de los bufones, se exigía de ellos, como en la Edad Media, aptitudes poéticas. Por ellas se recomendaba á aquel archipoeta Camillo Querino, el cual en la coronación de los poetas en el Capitolio cabalgaba en un elefante; con él solía cambiar Su Santidad improvisaciones. En nuestra época aparece la separación del trabajo. Pero en las vivas improvisaciones, según indicaciones de lo alto, recuerdan los poetas de corte á los *Jongleurs*. Sabemos de un Cristóforo Ciego, el cual tenía el rey á sueldo; el embajador toscano creyó que valía la pena de describir el fin de éste, «el más grande improvisador español», que pereció ahogado en Junio de 1640. Puesto que los poetas eran citados en estas ocasiones, es de lamentar que no se les haya consagrado algún sitio en el alcázar, siquiera una escalera ó bóveda como rincón de poetas. Pedro Aretino aventuró la pregunta de si León X prefería las *virtù de' dotti* ó las *ciancie de' buffonix*; y Boileau lamentaba que en la corte

Et l'esprit le plus beau, l'auteur le plus poli  
N'y parviendra jamais au sort de l'Angely.

(Des Bouffonen Luis XIII y XIV.)

Pero esta época dió poca importancia á la inventiva, á pesar de su vivacidad, porque no se apoyaba en el prestigio del pasado.

Carlos V hubo de decir en cierta ocasión: los españoles parecen sabios y son locos; los italianos parecen y son sabios; los franceses parecen locos y son sabios; los alemanes parecen y son locos. Estaba en el espíritu del tiempo apreciar las cosas humanas bajo este aspecto de oposición. Cómo apreciaba el



emperador á los bufones, dígalo el nombre del pintor que le retrataba. El enano que Segismundo de Poleu regaló, descrito como listo, ilustrado y discreto, es quizá el *truhancillo* Estanislao que pintó Tiziano. En la figura del gran retrato del Prado (aun en 1614 mencionado) (1) lleva un vestido de damasco colorado, y tiene una lanza en la mano derecha, y en la izquierda un bonete colorado forrado de armiño (¿polaco?). El retrato estuvo después en el año treinta en el palacio de Madrid (2). Se han conservado dos retratos de esta clase de Antonio Moro. El uno, Pejeron, bufón del conde de Benavente; se encuentra ya en el inventario de Felipe II en la Casa del Tesoro, y fué tasado en doce ducados (Prado, núm. 1483). Un hombre viejo, de cuerpo deforme y piernas torcidas, en traje de corte blanco, y en la mano cartas de baraja; las facciones rústicas, groseras y malhumoradas; la mirada irritada; la frente llena de arrugas que se entrecruzan. El otro lienzo es un hermoso retrato del Louvre: el enano con un gran sombrero, que lleva las armas imperiales en el collar; el hombrecillo tiene las malévolas facciones de un jorobado. Viste un jubón verde oscuro bordado de oro y capa muy larga, bonete puntiagudo, cadena de oro, espada y porra. Una figura parecida hay en el palacio de Madrid (3) al lado del retrato del emperador.

(1) Véase por baxo destes retratos dos de Stanislao, enano de S. M. ARGOTE DE MOLINA. Libro de la Montería. Sevilla, 1552. Sobrevivieron al incendio. Invent. V, 1614. Retrete del rey: Enano Estanislao, pequeño, hecho por Tiziano; tiene una lanza en la mano; vestido de damasco colorado.

(2) Tiziano: Truhancillo en pie, vestido de damasco carmesí, y en las costuras armiños; en la mano derecha una asta, y en la izquierda un bonete colorado, aforrado en martas. Inv. 1636. Pieza en que S. M. negocia. Un retrato en tabla de pincel al ollio de *Estebanillo* tudesco, con un bonetillo forrado en marta. Inv. PHILIP II. Guardajoyas, 2.<sup>a</sup> pieza. Es el mismo.

(3) Truhán del dicho emperador, sin pelo de barba y con bozo; al cuello dos vueltas de cadena de oro; quitándose la gorra, y con palillo con cabecillo de plata; media vara de alto. Invent. de 1636. Pieza nueve del cuarto bajo, delante del dormitorio de S. M.



Quien quiera formarse una idea del ingenio de este maestro de la sátira, encontrará reunidas sus sentencias en la *Floresta*, de Melchor de la Cruz (1).

Felipe II, que coleccionó las fantasías de Jerónimo Van Acken de Herzogenbusch, celosamente no era tan seco como le pintan. Oía con gusto las bromas, y en la mesa (¿para facilitar la digestión?) debían sentarse sus bufones; llevó consigo gran número de ellos en su viaje á Inglaterra; en lo demás, los pagaba mezquinamente. Los bufones de ambos sexos que pintó su pintor de cámara, Alonso Sánchez Coello, estaban colgados al fin del siglo xvii en la escalera de la galería del Norte del alcázar. Entonces rodeaba á la locura una atmósfera de misticismo, en el sentir de los antiguos; se les tenía en ocasiones por inspirados. Cuando el cardenal Hugo Buoncompagni fué á la corte para asuntos del prisionero arzobispo Carranza, en compañía de los prelados Félix Peretti y Nor. Sfrondrati, y estaban los tres en la mesa del rey, parece que dijo un truhán á Felipe: «¿Sabes que comen contigo tres papas?», y en esto dió á los tres en la espalda. Fueron Gregorio XIII, Sixto V y Gregorio XIV.

Cervantes cuenta en el prólogo de sus obras dramáticas que Lope de Rueda, el poeta comediante, fué enterrado en Córdoba entre los coros, al lado del bufón Luis López. De éste hubo un retratito al óleo en el guardajoyas de Felipe II.

El viejo señor gustaba, aun durante sus graves dolencias, de los *chistes* discretos, tanto que los príncipes en los asuntos delicados podían prometérselas más felices de sus agentes disfrazados de bufones, que de sus mismos diplomáticos. Así cuenta el veneciano agustino Nani que en el año 1598, con ocasión de los regalos enviados para la boda de Alberto é Isabel, llegó á la corte un supuesto bufón del archiduque Fernando I,

(1) FLORESTA ESPAÑOLA de apotegmas. Cassel, 1607, pág. 56. Cuando D. Francés estaba moribundo, le rogó á su colega Perico de Ayala que rezase por él en el cielo: «Átame un hilo en este dedo meñique, murmuró, para que no se me olvide.» Y con esto murió.



cuyo ingenio florentino le abrió las puertas del cuarto de Su Majestad, y fué recompensado con cadenas de oro, coches y caballos al visitar el palacio, y fué considerado como un hábil, (*accortissimo*) negociador y explorador en el asunto del matrimonio de la sobrina de su alteza (1).

En aquella galería de bufones estaba el viejo Morata de Sánchez Coello, sentado al aire libre, con las gafas en la nariz, y sumido en la lectura de un libro, con otros varios esparcidos por el suelo; quizá el modelo del Primo. Más allá, Martín de Aguas, en capa parda de labrador (gabán), con listas blancas, rojas y verdes, medias amarillas y el bonetillo en la mano; puesta la mano sobre un niño y seguido de algunos, entre ellos un negro. Un pequeño y basto truhán rollizo, con túnica acuchillada en anaranjado, está al lado del arquitecto catalán Juan Biladon (?) cogido de su cinturón; éste tiene en su mano izquierda una reja de arados. También se ve allí un enano de D. Carlos, Cristóbal Cornelio, en traje granate.

Varias veces se encuentra Magdalena Ruiz, primero (Prado, Nr. 770) en traje negro, con matilla de encaje, collar de perlas, mangas blancas, abanico y guantes. Pertenece á la princesa Juana de Portugal, y parece que pasó de ésta á la infanta Isabel. En un cuadro está al lado de la hija de Felipe II (Nr. 769), que apoya su mano sobre la deforme y grosera cabeza de la vieja loca (2). Pero ¿quién es la insignificante persona del retrato, atribuido á Pourbus, de la hija (de más edad) de Felipe II en Hamptoucourt? (343). Probablemente de Bartolomé González. También Nápoles pagó su tributo: hay una media figura «del Calabrés», en negro, con cadena de oro, la mano en la cintura. Finalmente, Catalina la portuguesa, media figura en manto de viuda, blanco, tocando un pandero, estaba en el guardajoyas, entre Felipe II y Don Juan de

(1) Con la sua avveduta maniera nelle facette, et piacevolezze s'ha aperto facile ingresso nelle stanze di S. M. Desp. 19 Mayo 1598.

(2) En el catálogo del Prado, atribuido á Felipe de Liaño, pintor aún no demostrado en ningún cuadro seguro.



Austria. A los bufones uníanse los *fenómenos*: Brígida del Río, llamada «la mujer barbuda de Peñaranda», que se mostraba en Madrid el año 1590, y *la niña encrespada*, ambas en el Prado.

La cabeza que bajo *Don Felipe el Prudente* ocupaba el primer puesto, era en tiempo de Felipe III la parte más débil, puesto que subía el prestigio de la locura. En la solemnidad de sus bodas, en el año 1559, apareció Lope de Vega haciendo el papel de un bufón. En una relación del año 1611 (de la Biblioteca Real de Berlín) se dice que los grandes no casados, especialmente los de las provincias, invitaban á su mesa, siempre puesta, á los cortesanos influyentes. Era prudente, pues, distinguir á los bufones del rey, «porque eran trompeteros de todo lo que veían y oían». En el Prado estaba el retrato de Bonamico y D. Antonio con el perro Baylan (Vaillant), de Pantoja de la Cruz.

Son notables por su estilo las cartas de un polichinela italiano, un *unicum* que se conserva en el Archivo de Mantua. En 1604 fué de allí D. Jerónimo Fonati á Valladolid, en donde fué bien recibido de los grandes de la corte, el duque de Miranda y los de Cea y Sessa, y presentado al rey, que le regaló un traje tasado en 500 escudos. Era un comediante, por lo que se comprende su éxito. Este noble escribía á su duque Vincenzo Gonzaga, firmándose de *Vostre affizionato como padre*: «Me he medido con caballeros de mi oficio y les he ganado la palma de la *infamia*. Pero con los caballeros temo que me sea imposible la victoria, pues en vez de darme dinero me pagaban con asperezas.» El compadre pudo estar seguro de su fe y vuelta, pues el rey de España daba todo lo que tenía. El embajador recomendóle á la partida de su Duque. «Podía darle toda clase de detalles de la corte española, pues en corto tiempo había experimentado todo lo bueno y lo malo.»

Pero nunca alcanzaron tanta importancia los bufones como bajo Felipe IV, que era á la vez melancólico y frívolo. Se contaban las veces que había reído en su vida. El aburrimiento



de los reyes es más grande y peligroso que el de los demás mortales para los ministros, lacayos y súbditos, y á veces para la paz del mundo. En *El médico de su honra*, de Calderón, el rey ofrece á su bufón cien escudos por cada carcajada, y si pasa un mes sin reir le arrancará un diente. Felipe IV pertenecía á los grandes señores, que, según Erasmo en el *Elogio de la locura*, sin sus bufones ni beben ni comen, y, en general, no pueden pasar sin ellos una hora. Aparecían en los teatros, en las fiestas y audiencias, á su lado; tenían entrada libre en todas partes.

Que, en fe de hombre de placer,  
debe de haberse tomado  
licencia de entrar aquí.

(*Afectos de odio y de amor.*)

En la corrida de toros en honor del Duque de Módena (1638) sentáronse al lado de los reyes, al pie del trono, en traje de reyes castellanos. No es desatinada la conjetura de Beruete, de que los tres barrocos reyes godos que Alonso Cano pintó para la antigua sala de comedias del alcázar (Prado, 673) sean contrafiguras de estos polichinelas.

No debe, pues, extrañar que un hombre como Velázquez fuese colocado ocasionalmente en la misma categoría que éstos, como cuanto su traje fué reducido con los de los barberos á 80 ducados (los barberos y bufones formaban una misma clase con los enanos); y como cuando en ocasión de una fiesta en la *Plaza Mayor*, se sentó en la cuarta fila con dichos barberos y los lacayos de la nobleza.

Parece ser también que algunas gentes ladinas se cubrían con la máscara de la travesura para procurarse más influjo y libertad. En los últimos tiempos de Felipe IV llegó á ser, por esta clase de talento, un ayuda de cámara, una de las personas más influyentes. Llamábase Manuel Gómez. Había estado en Italia y Florencia, y era tenido entre los diplomáticos por un profundo político y conocedor de los hombres. Se le inició en



un alto proyecto de matrimonio para utilizarle como explorador: el Duque de Módena pretendía á la hija de D. Luis de Haro. Su dón especial era la imitación, á veces atrevida, de la voz y los gestos (*remedar*); así entretenía á la melancólica Majestad, en ocasiones á su propia costa; hasta copiaba al Nuncio cuando oficiaba en la capilla de Palacio, en su propia presencia. Contaba al rey lo que pasaba en la ciudad y lo que se decía en la corte; los grandes, los pretendientes y los embajadores se disputaban el favor de verle sentado á su mesa, por que dejase caer alguna palabrita en tiempo oportuno, de lo cual le compensaban no sólo con banquetes (1). El embajador toscano, Vieri Castiglioni, le pagó en el año 1661 en una audiencia seis *pezzi da otto*.

Como nunca había habido tanta razón para la maledicencia general y personal, no faltaría tela para la sátira. Tirso cree oportuno un nuevo empleo borgoñón en la corte para vituperar los abusos; le titularía *Murmuratiel*. Lope describe, en el *Peregrino en su patria*, cómo el filosófico observador de estas cosas de España confunde sucesivamente los límites de ambos reinos. Lleva á sus enamorados á un manicomio de Valencia, y tiene allí ocasión de coleccionar en un poema las locuras que nosotros, los que andamos sueltos, cometemos. Pronto enseña, por boca de los pacientes, las profundidades del empíreo, de la caza y de la música, de tal modo, que un señor cree que si todos los locos en España saben tanto, prefiere que sus hijos queden en la ignorancia.

Pero no faltaban ya entonces los que anticipaban el juicio de la posteridad, la cual comprende aún difícilmente esta costumbre del pasado. En parte alguna se sintió tan vivamente la reacción del gusto. Calderón (en *La cisma de Inglaterra*) exclama:

¡Que un rey, que es tan singular,  
se deje lisonjear  
de locos y de truhanes!

(1) Conte Franc. OTTONELLI al Duque de Módena, 23 Abril 1652.



Y Quevedo, en *Los sueños*, al llegar «á unas bóvedas donde comenzó á tiritar de frío y dar diente con diente...», preguntó, «movido de la novedad de ver frío en el infierno», qué era aquello; y salió á responder un diablo zambo, con espolones y grietas, lleno de sabañones, y dijo: «Señor: este frío es de que en esta parte están recogidos los bufones, truhanes y juglares chocarreros, hombres por demás y que sobran en el mundo, y que están aquí retirados, porque si anduvieran por el infierno sueltos, su frialdad es tanta, que templarían el dolor del fuego (1). De hecho, cuando se lee la *Floresta*, de Melchor de la Cruz, puede juzgarse que en otros estados, por ejemplo, entre los monjes, hay más chiste.

La época de Luis XIV quebrantó esta mala costumbre, á que el siglo XVIII puso fin. Anteriormente servían de válvula; en medio de la corte llegaba con sus conversaciones un aliento de callejuela: la jerga de la taberna y del lupanar; las maledicencias del *Mentidero* (así llama Calderón á una encrucijada de Madrid (2)). Desde que en Roma se introdujo la libertad de la prensa, entra en juego el ingenio de un Marforio y un Pasquin. La libertad de los bufones fué trasladada á otras industrias y corporaciones. Los locos de la corte eran la libertad de lenguaje en toda su bajeza.

## TRUHANES

Los locos de Velázquez están entre sí muy distantes; datan todo lo más desde mediados del año 30 hasta fines del 50. Pero como una biografía no es un índice cronológico, y el mayor

(1) Zahurdas de Plutón.

(2) Pasé adelante aquellas cuatro esquinas de la calle del Lobo, y la del Prado, á quien por nombre ha dado una discreta dama: mentidero de varones ilustres.

(*El astrólogo fingido.*)



número pertenece á los últimos tiempos, se pueden presentar aquí como colegas: hay en esto más orden del que parece. ¿No tenemos delante á los secos, melancólicos y coléricos bufones, el humor siniestro y el alegre, el cerebro de blandura infantil y el marasmo del extravagante, los delirios misantrópicos, el orgullo pendenciero, la siniestra malicia, por último, los filósofos risueños ó llorones?

Formaban tres grupos, conforme á los cuales fueron pintados. Los *truhanes*, *hombres de placer*, hombres normales y hasta ilustrados, destinados al Buen Retiro; los enanos, idiotas y monstruos, que fueron colocados con sus antecesores en la escalera de la galería del Norte de Palacio; á éstos unieronse dos nombres de la bohemia clásica en la Torre de la Parada, cuyo decorado se componía casi en su totalidad de asuntos antiguos.

Entonces eran admitidos los enanos en los retratos de sus señores como los perros. Van Dyck pintó á la reina Enriqueta Margarita con el enano Jeffrey Hudson; así se ve en la Northbrook Galleri y en Petworth. En el hermoso retrato de Rubens de la marquesa María Grimaldi, en Kingston Lacy, se ve al lado de una fina genovesa un enano con gran cabeza de viejo y facciones de maldad brutal. El pintor la utilizó al mismo tiempo para una repugnante figura de sacerdote en la «Adúltera ante Cristo». Aun hoy se muestran las mismas beldades con gusto al lado de amigas insignificantes. Velázquez dió estos horribles monstruos por compañeros á los reales niños.

Palomino (p. 335) vió en el Buen Retiro, en la escalera del «Jardín de los Reinos», los retratos de los truhanes de Felipe IV (llamados también *sabandijas palaciegas*). El inventario del último Austria contiene también sus nombres con breves referencias. Eran los tres más grandes ( $2\frac{1}{2} \times 2\frac{1}{2}$  varas): «Pablillos, el de Valladolid, con la golilla»; Pernia ó Barbarroja en traje turco; Don Juan de Austria, cuyo verdadero nombre es desconocido, con piezas de armadura en el suelo. Estas



dos son parejas. Después vienen los tres más pequeños (1 1/2 varas cuadr.): Juan Cárdenas, el domador, con el sombrero en la mano; en la primera manera; Ochoa y Calabaças ó Calabacillas, con un retrato en una mano y una carta en la otra. Cada uno de ellos tasado en 25 doblones. El conocimiento personal de estos gnomos, en otro tiempo populares y adulados en Madrid (como hoy los espadas), más que los capitanes y poetas, se perdió pronto. En los inventarios de la casa de Borbón se llama á Don Juan, el *Artillero*; á Barbarroja, un moro; Pablillos, en cambio (aun en el catálogo de 1845), es un célebre cómico. El efecto cómico de estas figuras, que en parte estribaba en el contraste de su aspecto con su oficio, se ha perdido. Todos tres son puro tipos de raza.

Pertenecían á la baja servidumbre de Palacio, y recibían, por ejemplo, en las representaciones, propinas; un personal siempre á mano para entretenimiento de la más baja especie. En el Carnaval de 1636 se les invitó á que ejercitaran su talento (1). Si bien estaban oficialmente empleados y á sueldo, no se les conocía siempre por su traje ó gesto, por lo cual se pudieron tomar después en serio nombres como Barbarroja. Tan extendida estaba la dignidad y grave continencia aun entre los más innobles. Un español á quien castigaban en una calle, contestó á quien le aconsejaba ir de prisa y volver más: cien golpes más ó menos no afectan á mi honra.

Quizá el primero de estos cofrades á quien se concedió la honra de ser retratado, fué PABLILLOS DE VALLADOLID (Prado, 1902). La figura está de pie sobre un fondo vacío gris claro (con excepción de las sombras de las piernas), en traje negro de gala, pintado sólo con negro, blanco y pardo. Por el

---

(1) En el Buen Retiro entrenían de diferentes maneras: «Han fatto correr tori privatamente, caccie di altri animali nel serraglio, qualche commedia di notte, e *pratiche di buffoni*, che col farli bere più dell'ordinario, si rendevano maggiormente atti a burlare et essere burlati»; finalmente, música vocal é instrumental, para la cual el mismo rey compuso un aria. Florent. Desp. 9 Febrero 1636.



gesto se le tomaría por un Mimo. Parece haber actuado en los principales teatros. En el cuadro aparece con las piernas separadas, la *capa terciada* y echada sobre el hombro izquierdo. Extiende la mano derecha medio abierta, como si hiciera disimuladamente un signo al público, quizá á costa de alguna persona respetable que estuviera en aquella dirección. Postura, gesto, semblante, convienen con el éxito que sin duda han tenido las grotescas palabras que salen de aquel rostro adusto y simple (1). Una cabeza que excita la carcajada, con frente estrecha y proclive, fuertes pómulos, labios gruesos y barba que retrocede; las espesas cejas y pestañas, la barba de chivo, como comida de la tiña. Las manos, con las cuales hace señas, están extraordinariamente cuidadas y bien modeladas. En la galería de Leganés había aún en el año 1665 más retratos de Pablillos y de Pernia.

Recientemente se ha querido ver en este Pablillos la misma persona que aparece como geógrafo humorístico en un lienzo de la galería de Rouen, lo que no convence. Este es un descarnado español, que parece decir un chiste ante el globo terráqueo. La crítica, en otras ocasiones liberal, con talentos dudosos, se ha manifestado aquí escéptica, algo inoportunamente (2).

De pie, vuelto hacia la derecha, pero con el rostro que ríe cínicamente vuelto hacia el espectador, muestra indolentemente, con el índice en posición vertical, la esfera del mundo; es un gesto asqueroso, gesto de desprecio. Es, pues, un cínico, cuyas teorías son desmentidas por su escogido traje y su peinado. Si se acepta qué quiere expresar la nacional ignorancia de

---

(1) Quizá se ríe de los sabios que le han colocado en todos los períodos de Velázquez: Armstrong le coloca en el primero, Beruete en el segundo, Stevenson en el tercero.

(2) El conde CL. DE RIS creyó, después de un «examen más detenido», que no era auténtico. «Les musées de Province, 1852, 1,124.» También lo cree así Curtis. A la aparición de este libro subieron sus acciones; se descubrió repentinamente, y se anunció con trompetería.



la geografía, se le debería calificar hasta de ingrato, pues el oro de sus protectores, con el cual se procuraba sus mezquinas galas, había tenido que atravesar el Océano.

La cabeza es apropiada al tipo. La cara ha sido retocada posteriormente, por el maestro mismo quizá, para corregir algún arañazo con toques precipitados (*colpi*). Pequeños ojos tiernos, gruesa nariz romana, boca saliente, en la cual relucen dos filas de dientes; pelo cortado afectadamente, según la moda de entonces, en bucles, y bigote caído; la cabeza de un Münchhausen. Lleva cuello de encaje; sobre el brazo derecho descansa la capa amarilla, modelada minuciosamente. Esta, así como el suave empastado y las sombras oscurecidas y el mismo aplomo, recuerdan mucho al aguador de Sevilla.

De su tiempo es el prestigioso, el primero de su clase, según el embajador de Toscana, *Cristóbal de Pernia* (Prado, 1053). Gozaba de doble paga, y obtenía de los cortesanos lo que quería. Pero era pródigo y tramposo, y fué desterrado á Sevilla en cierta ocasión (1634), según se supo después, por haber excitado la cólera del ministro. Como, en efecto, en una ocasión el rey cazando en Balsain pidiese olivas, y el *despensero* contestase que no las había, Pernia exclamó: *ni olivas ni olivares*. D. Cristóbal (aquí de cuarenta años) es un hombre de figura distinguida, bien formado, de continente enérgico, con ojos amenazadores, bajo una frente pronunciada, bigote *miles gloriosus*. Una de las aptitudes de estos *truhanes* era imitar burlescamente á las gentes principales, y á menudo eran ellos mismos parodias andando de los personajes históricos. En consonancia, se le llamaba á éste Barbarroja, aquel terror de las costas españolas en el siglo xvi, cuyo aspecto era entonces todavía bien conocido. En palacio, en la sala de las bóvedas, en que comía Su Majestad en verano, era de verle en turbante y brocado con otros héroes turcos.

En las fiestas aparecía en este traje, por lo que en él le retrató el pintor en túnica roja y manto blanco de corte morisco, no sin el gorro cónico guarnecido de blanco de su oficio.



En la corrida de 1633 apareció con un gran turbante con alfanje, seguido de soldados; inclinóse ante el balcón real, haciendo ademanes grotescos. El primer animal le miró por todos lados, y optó por volverle la espalda; el segundo, excitado por el paño rojo, le acometió con caballo y todo. Quizá está pintado con la *espada* propia del *toreador* (1). Tiene la capa *doblada* artísticamente sobre el hombro izquierdo, de modo que el cuerpo queda descubierto, y tiene la espada como esperando una acometida; la vaina en la izquierda. Su mirada es amenazadora, como si siguiese la de la fiera. El cuadro, así como el siguiente, está terminado sólo en parte, quizá deliberadamente; era bastante para un bufón. Sobre la pintura interior, que se ha dejado sencillamente para el sombreado, se han añadido ligeros tonos de claro y rosa. El fondo oscuro sucio se ha dejado sin capas claras. Sólo la capa está minuciosamente modelada como un estudio. Goya grabó este retrato.

El corsario sarraceno está puesto frente á un héroe de la Marina española, que sólo es conocido por su nombre de guerra: DON JUAN DE AUSTRIA (Prado, 1.094). Que se bautizase al bufón con el nombre del vencedor de Lepanto, el abuelo tío de Su Majestad, la cual también puso este nombre á su hijo natural, que prometía mucho, es una prueba de cuánta despreocupación había allí aun respecto de los muertos de sangre real. Después apareció también el mismo, bajo el nombre de Hernán Cortés (en el grabado de Lingée, 8, Adam, 1824).

Es una figura larga, delgada, ya inclinada por sus sesenta años, con cara de hambre; espesas cejas negras sombrean unos ojos pequeños y enterrados; la boca desdentada, cubierta por el alborotado bigote; una pierna seca y torcida hacia fuera. Así se representaba á aquellos capitanes, nervio de la disci-

---

(1) En la corrida que presenció el holandés AASSENS en 1655, el único que peleó á caballo fué el bufón de D. Luis de Haro. *Voyage d'Espagne*. París, 1665, pág. 107.



plina militar castellana, que forjaban las aceradas falanges de su infantería reclutando gente vagabunda. Hombres de recia contextura, espíritu imperturbable, delicado *pundonor*, fieles á su deber, frugales, crueles fatalistas, los cuales con frecuencia, después de haber sacrificado á su rey sus mejores años, energías y fortuna (quizá como aquel D. Aníbal Chinchilla, que fué dejando un ojo en Nápoles, un brazo en Lombardía y una pierna en Holanda), no eran pagados nunca, volvían á su patria, y á puerta cerrada festejaban con pan y cebolla, y de cuando en cuando aparecían en la antesala del *secretario de guerra* con aspecto espantable por sus cicatrices, vejez, hambre y gesto furioso:

Viejo y enfermo de servirte en guerra,  
en fuego indiano y en flamenco frío.

LOPE

Su mirada escudriñadora parece implorar al portero de su excelencia, el cual le consolará diciendo que el honor es la paga del español.

Este caballero de triste figura aparece, sin embargo, en el rico traje de un príncipe de la sangre. Jubón y capilla de terciopelo negro; este último forrado y ribeteado de seda roja; mangas carmesí y calzón del mismo color; medias rosa, con flores en las rodillas, así como en los zapatos; ancho sombrero deformado, con cinta roja y gran penacho; la huesuda mano izquierda en el puño de la espada; en la derecha, un gran bastón con borla roja; en el cinturón una llave de acero. En el suelo de mármol yacen diseminadas varias piezas de guerra: casco, peto, bombas, balas de cañón, coraza; por la abierta ventana se ve el mar, en el cual se libra una feroz batalla naval, como en el cuadro de Felipe II con su hijo Fernando. La capitana del gran turco se va á pique allá en el fondo. El bufón ha arrojado toda la armadura, y está allí solo, en traje de gala, para aceptar las enhorabuenas de Farnesio, Colonna, etc.

Los otros tres truhanes se perdieron del Buen Retiro á pa-



lacio. En una galería escocesa, Rossie Priory, había el retrato de un portero, que allí se llamaba de Velázquez, y en el que se podía ver á la primera ojeada al portero Ochoa. Un hombre de edad, de negro, separa una cortina, y entrega, inclinándose á la izquierda, una carta, sobre la cual *no* está el nombre del pintor. Una cabeza de líneas acentuadas y nobles, bien formada y alta frente, y cuyo rostro revela inteligencia y despejo. La figura, sobre fondo negro, está sólo esbozada; de las manos apenas se ve el contorno; la cara, bosquejada en verde negruzco y fuertemente deteriorada. La cortina está tratada con minucia y gran prodigalidad de colores: un magnífico ejemplar de Smirna. Cuadros negros con fondo rojo y marco negro. Este magnífico trozo ilusorio llena la mitad de la superficie del cuadro. Probablemente servía el retrato como *portiera* de una puerta secreta destinada á embromar al visitante. Faltan seguramente caracteres ciertos de la firma.

CARLOS JUSTI

(Continuará.)



## LA INQUISICIÓN POLITICA <sup>(1)</sup>

---

He dicho alguna vez, hace pocos años, que los problemas políticos han dejado de interesarme. Pero esto no es del todo exacto. Más lo sería afirmar que carecen de gran interés, á mis ojos, las cuestiones de aquella índole; pero las corticales y, por eso mismo quizá, más llamativas y aparatosas de ordinario, en modo alguno las que tocan á la misma entraña política. Hoy por hoy, en efecto, me parece que son cuestiones de un interés muy subordinado las que se refieren, por ejemplo, á la

---

(1) Este artículo fué escrito hace ya dos años. Su autor tendría hoy que introducir en él varias rectificaciones y algunos complementos, á los que debe renunciar por distintas razones. En un libro, *El derecho y sus sacerdotes*, que verá la luz pronto, podrá encontrar el que quiera desarrollados mis actuales puntos de vista acerca del asunto á que el artículo se refiere. El cual, aparte alguna adición, hecha principalmente en las notas, se publica en su primitiva forma, sin refundición; porque si esta última hubiera respondido á un estado de mi pensamiento, el actual, acerca del Estado y su valor, aquélla traduce también otro estado de pensamiento, no menos de apreciar—en su significación objetiva, se entiende,—por ser más antiguo que otro cualquiera posterior á él.

El artículo no es, pues, de puras circunstancias. Pero me ofrece coyuntura favorable para darlo á la imprenta esa ruidosa agitación—tan tontiloca, huracanada y, por lo mismo, turbia, transitoria y falta de solidez como todas las de su índole—que han promovido últimamente entre nosotros los periódicos, especialmente los más poderosos y alborotadores de Madrid, al conjuro de la «santa libertad individual» y de los demás «sacrosantos derechos individuales», amparados por la «inviolable Constitución». De la tal agitación, y con motivo de ella, habría no poco que decir; pero yo renuncio ahora á hacerlo.



organización del poder público y á la extensión de la esfera de sus atribuciones, á pesar de que estos asuntos figuren entre los que mayor suma de fuerzas mentales han consumido y sigan consumiendo á una buena parte de los estudiosos. Cualquiera que sea esa organización, y ya las facultades aludidas tengan mayor ó menor amplitud, siempre queda en pie el Estado (entendido como equivalente de «poder público» (1) y la despótica tiranía que le es inherente y lo mantiene erguido. En tanto que el Estado (el llamado poder central y sus derivaciones) subsista, parece absolutamente imposible que los hombres sometidos á él, y que se llaman sus miembros, hagan vida de verdad libre. Quien dice Estado, dice al parecer, inevitablemente, opresión y servidumbre, como quierá que él se halle organizado, pues en la servidumbre y la dominación ha sido concebido. Es lo que representa la concepción de aquéllos, para los cuales, si el Estado existe, su existencia es debida al pecado original de los primeros padres, pecado que hizo decaer—degenerar, se diría hoy—la naturaleza humana, colocándola en situación de imposibilidad para regirse por sí misma y en la necesidad de echarse en brazos de alguien que la proteja y la gobierne, y al gobernarla la esclavice; ó la de tantísimos filósofos (Spinoza, Fichte, Hobbes, el propio Platón, mil y mil racionalistas), que por caminos ya semejantes, ya diversos, vienen á parar á un radical individualismo, con el que sólo es compatible la vida social, gracias al aglutinante

---

(1) Dos son, en efecto, las principales significaciones que á la voz «Estado» se le suelen dar: la una, como Estado oficial, ó sea como conjunto de órganos oficiales, de autoridades, de gentes que mandan y gobiernan (ejemplo: cuando se pregunta por la misión del Estado, por sus funciones, por la intervención que debe tener en la vida de los individuos sobre los que ejerce su actividad: centralización ó descentralización, autonomía individual ó local, etc.); la otra, como Estado total, que abarca á todos los ciudadanos, y en este sentido se aproxima, no ya á gobierno ni á poder público, sino á «país», «pueblo» y «nación». En ambos sentidos se usa la palabra en este trabajo: el lector comprenderá bien cuándo se emplea en el uno y cuándo en el otro.



del Estado y de su voluntad impositiva, llamada ley. Es, asimismo, lo que significa la concepción vulgar y corriente, que no sabe representarse como posible una vida ordenada, sino al precio de la sumisión violenta de unos hombres á otros; es decir, bajo la condición de que haya alguien que, imponiéndose á los demás, los subyugue, les tenga á raya y les constriña violentamente, cuando preciso sea, á conducirse en un determinado sentido. Sin estas ligaduras forzosas—se piensa y se dice,—¿cómo sería posible la vida? «Unos ú otros, ha de haber siempre quien mande»; ó lo que es igual, la autoridad, y por consiguiente el Estado, hállese organizados como quiera, habrán siempre de acompañarnos.

Y aquí está el gran problema, el de la subsistencia ó la desaparición del Estado mismo (del Estado oficial, no se olvide, que es del que se trata ahora). De este problema, que no es ya propiamente político, sino de otro orden más elevado y general, que no sé si llamara filosófico, no puedo verme libre. Me acosa de una manera continua y apremiante. Me hacen pensar en él, no ya tan sólo las acostumbradas lecturas de libros y revistas, sino también, y muy principalmente, los hechos que á todas horas están ocurriendo en la vida diaria, sobre todo las mil y mil maneras de relación en que se tienen que hallar á cada paso los ciudadanos con las leyes y con los órganos de su ejecución. Apenas ocurre cosa alguna de que uno tenga conocimiento, v. gr., por los periódicos, que no suscite en mí la cuestión del Estado y la de la libertad de sus súbditos. No hay acto de gobierno que no la lleve consigo (1). Y siempre se me ofrece la disyuntiva entre dos términos, el Estado y la libertad, la conciliación entre los cuales tengo generalmente por imposible. Se hace preciso, á juicio mío, optar por el uno

---

(1) Los asuntos que más enardecen el ánimo popular y mayor agitación producen en eso que se llama «opinión pública», tan incoercible, tan artificiosa y ficticia á menudo, aun cuando, por otra parte, tan real siempre, son de esta clase: clericalismo, catalanismo, ley de asociaciones, de jurisdicciones, del terrorismo, etc., etc.



ó por el otro. Habiendo Estado, hay sujeción, y no puede haber libertad; habiendo libertad, entera libertad, libertad para regirse uno por sí mismo, sin estar forzosamente sometido á nadie, no puede haber Estado, en el sentido ordinario de gobierno ó conjunto de órganos oficiales que se arrojan la facultad de mandar en otros individuos.

Creo por eso que no puede haber gobiernos liberales, por más que otra cosa se piense de ordinario, efecto probablemente del tradicional influjo de concepciones en que no nos paramos mucho á meditar. Las palabras «gobierno» y «liberal» implican, para mí, una contradicción *in adjecto*. Todo gobierno presupone imposición, prepotencia, constreñimiento y, por lo tanto, servidumbre: servidumbre y limitación en los libres movimientos de los gobernados; prepotencia y tiranía en los gobernantes (1). Tiranía mayor ó menor, pero tiranía siempre.

---

(1) En una agitada escaramuza que tuvo lugar en nuestro Congreso de los Diputados durante el último mando del partido «liberal», en aquella escaramuza que hizo retirarse de la Asamblea á la minoría republicana por creer que el presidente de la Cámara ahogaba prepotente y abusivamente los derechos de los diputados, el Sr. Canalejas, que ocupaba el sillón presidencial, y que figura, según es sabido, á la cabeza de un partido que se titula demócrata y representante del liberalismo más próximo á las extremas izquierdas, pronunció las siguientes palabras, subrayadas por grandes aplausos, que indicaban su conformidad con ellas en la mayor parte de los que las oyeron: *Autoridad que se discute, no es autoridad*. La tesis me parece exacta. Pero añado: ¿Es una tesis liberal? ¿No es la que funda y sostiene todo eso que á menudo se llama «absolutismo», «despotismo», «tiranía»?

Otro ministro, también del partido liberal, prometió igualmente por entonces (otoño de 1906), desde el banco azul del Congreso, no dejar moverse «ni una mosca» en el país, y «cortarle las alas» á cualquiera que pretendiera volar sin permiso del gobierno.

Cuando los gobernantes que llevan el mote de «liberales» se ven cogidos entre la espada y la pared, cantando por una parte himnos líricos en honor de las libertades «intangibles» del individuo soberano, dueño absoluto de su persona y su actividad, y reconociendo, por otra parte, la necesidad de utilizar y manejar con vigor los consabidos «resortes de gobierno», ó se declaran francamente absolutistas y antiliberales, como en los ejemplos citados, ó, sin decirlo expresamente, proceden de una manera



Sin tiranía es inconcebible el gobierno, que de tiranía, real ó posible, se alimenta. Gobiernos más ó menos tiranos, sí pueden darse, y se dan de hecho; pero todo es cuestión de grado, no de esencia. Cuando los hombres de nuestros días se muestran ufanos, como acontece á menudo, de las llamadas conquistas liberales, y se complacen hablando del régimen de libertad que hemos conseguido, comparativamente al de opresión que ha dominado en otros tiempos, lo que sin duda quieren decir es que han aflojado bastante ciertos lazos, antes vigorosos y apretadísimos. Mas no por eso ha recabado el hombre completamente los fueros de su libertad, ni se ha emancipado por completo. Sigue atado con los vínculos de la sumisión y la servidumbre, ya en las mismas cosas que anteriormente, ya en otras nuevas (1).

absolutista y aun arbitraria, sincerando su proceder con aquello de «en otros países tenidos por liberales (Inglaterra, Italia, Suiza, Estados Unidos, etc.) hacen también lo mismo que nosotros». (El desatentado Romanones ha usado bastante de esta muletilla para cohonestar sus violencias legales y sus desafueros.) Lo cual es verdad; pero en ello justamente se halla un indicio de que dentro del Estado no cabe buscar la libertad, cuando ésta se conciba como ausencia de ligaduras y trabas autoritarias é impositivas.

Excusado parece advertir que las observaciones anteriores son aplicables por igual á toda clase de gobernantes y de gobiernos, incluso á los anarquistas (pues ni el anarquismo, aunque se tenga como paradoja, puede pasarse, ni siquiera es concebible, sin gobierno y gobernantes). Hasta se nota con muchísima frecuencia, que los que á sí propios se diputan por más radicales dentro del liberalismo (v. gr., nuestros *sedicentes* revolucionarios), son los más enemigos de éste, los más ferozmente autoritarios y perseguidores de los que no vayan por donde ellos quieran. Su cerebro es monoideísta, y su mentalidad está duramente sistematizada y polarizada. A esta clase pertenecen todos esos sujetos que quieren desterrar ó proscribir á curas y frailes, ó hacer matanzas de ellos, para extirpar tan «maldita semilla»; que no quieren juntarse con neos ó carlistas «ni aun para ir al cielo», etc. Si llegaran á apoderarse del gobierno y realizaran lo que predicán (cosa que ni intentarían siquiera), su Estado habría de resultar sumamente monótono y aburrido: «pan con pan.»

(1) En número cada vez mayor, por cierto. Recuérdese el creciente «intervencionismo» del Estado moderno y la balumba de leyes á que ha dado lugar, trabas todas ellas al libre obrar del ciudadano.



Hay, sobre todo, una esfera donde la emancipación humana se pregona más que en otra alguna, y es la que se refiere al orden religioso. Cuando se habla de «conciencia libre», de «libre examen», «libertad de pensamiento», y otras frases por el estilo, apenas si aludimos nunca á otra cosa que á la facultad atribuída á cada individuo humano para gobernar su conducta en punto á religión como mejor le parezca, profesando la que tenga por conveniente ó no profesando ninguna, afiliándose á una determinada confesión ó agremiación religiosa, ó siéndole por igual indiferentes todas ellas. La voz «Inquisición», que ha venido á usarse poco menos que en el sentido exclusivo de violencia, opresión, tortura, no se aplica nunca sino á la materia religiosa, siendo preciso adjetivarla especialmente si alguna vez se la quiere trasladar á otro orden. Inquisición, á secas, vale tanto, siempre, como inquisición religiosa, es decir, coacción ejercida sobre la conciencia en asuntos religiosos, obligando á confesar—ya que á profesar sea imposible—tales ó cuales determinadas creencias, y persiguiendo de mil modos (por la muerte, la expulsión, la negación ó merma de derechos: propiedad, testamentifacción, heredabilidad, sepultura, derechos políticos y honoríficos...) á quienes no digan someterse á ellas. Esto es lo que trae consigo la llamada «unidad religiosa».

Pero sobre este particular hay que advertir algo. La unidad en cuestión no tiene propiamente carácter confesional, sino político. No la impone una iglesia, como tal; la impone el Estado. Cuando los defensores de la Inquisición, ya en general, ya en nuestra patria, sostienen que aquélla no fué un tribunal ni un fuero eclesiástico, sino un fuero civil, dicen una gran verdad. Si el Estado no la hubiera admitido y reconocido, no hubiera tenido eficacia. Nadie la hubiera temido. La iglesia católica, al igual de las demás iglesias ó confesiones organizadas socialmente, y análogamente á lo que ocurre con toda persona colectiva, tiene su propio estatuto y sus propias leyes (constitución eclesiástica, cánones, constituciones ponti-



ficias...) que los fieles están obligados á obedecer; tiene asimismo su poder disciplinario (los poderes legislativo, ejecutivo y judicial, que dicen muchos escritores de derecho canónico), para formular preceptos de índole eclesiástica y reclamar la observancia de los mismos. Pero carece de facultades propiamente coercitivas externas, igual exactamente que les pasa á todas las restantes personas llamadas sociales, menos al Estado. La iglesia puede lanzar excomuniones y censuras, imponer penas eclesiásticas, que son las adecuadas á su índole; más de aquí no puede pasar. Las correcciones de otra especie que por acaso decreto no pueden ser llevadas á efecto sino con el auxilio del Estado. Desprovista de este auxilio, podrá excomulgar, declarar á uno incurso en heregía, pedirle retractación de sus doctrinas condenadas, someterle á penitencias; no podrá, v. gr., meterle en la cárcel, embargarle ó confiscarle sus bienes, llevarle á la hoguera ó la picota, condenarle á muerte civil, privarle del derecho de ser testigo en actos públicos, del de hacer testamento, del de heredar, del de ocupar cargos oficiales. Para todo esto necesita «impetrar» (ó *impartir*), conforme se decía en épocas de gran poderío eclesiástico, «el auxilio del brazo secular». Auxilio que se le ha prestado muchas veces, en efecto; sólo que, al prestárselo, el Estado toma á la Iglesia (como lo podría hacer, y lo hace á menudo, con otra persona social cualquiera, con la Universidad, el Parlamento y aun el Ejército mismo) bajo su protección, convirtiendo entonces las infracciones y violaciones de las leyes eclesiásticas (supongamos, la heregía, la incredulidad, el sacrilegio) en delitos civiles, en delitos contra las leyes ó condiciones de la vida del Estado. Así, la Inquisición, instituída con el objeto de que «velara por la pureza de la fe católica» dentro de un particular Estado—no dentro de la Iglesia, que tiene para esto, por exigencia indefectible de su propia vida, medios apropiados, provenientes de su constitución ordinaria,—no por haber tenido tinte eclesiástico y haber sido un fuero especial entregado en manos de personas eclesiásticas, debido á la índole misma del fin que con



ella se perseguía, dejó de ser un tribunal secular, civil ó político. La iglesia católica sigue hoy, y tiene que seguir, con cuantos no acepten y comulguen en sus enseñanzas, la misma conducta que seguía cuando estaba establecida la Inquisición civil; sigue condenando, lo mismo que antes, á los herejes y relapsos; pudiéramos decir que continúa practicando los procedimientos inquisitoriales, condición *sine qua non* de su vida (1). Sin embargo, nadie se queja hoy de tal inquisición puramente eclesiástica, prueba elocuente de que la Inquisición de otros días era ejercida por los poderes del Estado ó al amparo de ellos. Este amparo es precisamente, también, el que piden los que quisieran restablecerla, pues sin el apoyo del «brazo secular» advierten que las penas eclesiásticas no tienen más efecto que el que quieran otorgarle aquéllos sobre cuyas cabezas ellas recaigan.

Aunque no del todo, especialmente en determinados países y círculos sociales, los hombres del día disponen como bien les parece de su conciencia religiosa y dirigen bastante discrecionalmente los respectivos actos. Son libres en este orden. No tienen autoridad que les mande irrefragablemente y á cuyas disposiciones hayan de atenerse, quieran ó no. Las autoridades existen, pero la obediencia á las mismas es del todo voluntaria y facultativa. Nadie es ya á la fuerza fiel de una religión determinada, ni por no figurar en el número de sus adeptos se le priva de beneficios que el Estado otorgue á quienes la profesen. En punto á la materia religiosa, puede decirse que está realizado ó poco menos el ideal libertario: cada hombre no depende sino de sí mismo, ni tiene que obedecer más que á su conciencia. Si le place, puede prestar obsequio á las inspiraciones y órdenes ajenas; pero si no le parecen razonables, puede muy bien dejar de seguirlas, impunemente.

Mas de todo esto somos deudores al Estado. El Estado fué

---

(1) La Inquisición, aun con este nombre, sigue, conforme es sabido, dentro del organismo de la iglesia católica.



quien estableció la esclavitud y la intolerancia religiosas; él era quien consideraba (de acuerdo, claro es, con la opinión preponderante) la unidad religiosa como condición del orden y de la existencia política, y quien erigía en delitos, persiguiéndolos y reprimiéndolos como tales, ciertos actos que envolvían rebeldía ó violación de las normas religiosas. Pero él ha sido también quien se ha ido desinteresando de esta materia, dejándola entregada puramente á la discreción y el arbitrio individuales; efecto de lo cual, ni subsiste la unidad religiosa, ni los mentados delitos religiosos existen ya á estas horas. Jamás el Estado ha sido, ni puede ser súbdito obligatorio de ninguna iglesia; cuando ha obedecido las indicaciones de alguna de ellas, ha sido por su voluntad libérrima. Y tan pronto como le ha parecido bien, se ha librado de semejante sumisión. Lo contrario es más bien lo que sucede: el Estado es siempre el superior, el que manda é impera, y todas las personas individuales ó sociales, incluso, por supuesto, las congregaciones y asociaciones religiosas á quienes alcance el radio de su acción, dependen de la voluntad del Estado y no pueden ostentar ni gozar más derechos que los que éste les otorgue. La pretensión de los ultramontanos, de invertir los términos, haciendo al Estado inferior á la iglesia católica y vasallo de ésta, de modo que la misma haya de trazarle la pauta de su conducta, pudiendo por lo demás ella, la iglesia, moverse dentro del Estado como bien le plazca, sin dar cuenta al mismo de sus movimientos, como si tal Estado no existiera (cuestiones del pase regio, de los beneficios y patronatos, de los recursos de fuerza en conocer, de las asociaciones, de la enseñanza, de los concordatos...), es, sin duda, á mi ver, una pretensión poco meditada y, sobre poco meditada, inútil. El Estado no quiere anularse á sí propio, y para no anularse, tiene que conservar sus prerrogativas de imperio y dominación, en vez de desprenderse de ellas en favor de cualquiera rival suyo.

Por las indicadas razones, parece indudable la existencia



en el día de hoy de la libertad religiosa, ó mejor será decir, de la libertad política, en lo tocante al orden religioso. El Estado no interviene ya en esta esfera, quedándose confiada á la discreción de los individuos. Los cuales obran ya aquí en un terreno verdaderamente *ex lege*. Así les es posible, no ya tan sólo apartarse de tal ó cual creencia ó confesión, é ingresar en tal otra, ó en ninguna, sino combatir las todas abiertamente, ó cualquiera de ellas, ó alguno de sus dogmas, ó su organización, etc., sin que el Estado se dé por entendido, ni á los rebeldes y críticos les venga por ello el menor mal. No es ya á estas horas la religión, como muchos dicen, uno de los soportes indispensables de la sociedad; mucho menos lo es una religión determinada. Sucedió así algún día; hoy, no. Cosas que entonces fueron objeto de imposición tiránica y de celosa protección por parte del Estado, lo son en nuestro tiempo de libertad absoluta ó poco menos. La conciencia religiosa está bastante respetada, si es que no respetada del todo, como en ciertos países sucede. Con razón se la tiene por cosa sagrada é intangible, algo así como un verdadero «santuario», según se la llama bien á menudo. La integridad del espíritu no sufre aquí ninguna merma. Han llegado los hombres á su mayor edad en esta esfera, y como á mayores se les trata, exentos de toda presión tutelar. La mentada libertad de conciencia religiosa constituye casi del todo un verdadero derecho individual, uno de esos derechos que se dicen anteriores y superiores al Estado, sustraídos á la regulación legal por parte de éste, propios de la autonomía de la persona. Rara vez se merma su ejercicio por parte de los gobiernos; cuando éstos, acordándose de lo que son, se creen obligados á apretar los resortes autoritarios, y al efecto suspenden las llamadas garantías constitucionales, entronizando el régimen de posible tiranía ilimitada, no piensan siquiera, de ordinario, en restringir la libertad religiosa, que suele permanecer intacta, mientras no pasa lo mismo con otras libertades ó garantías constitucionales congéneres, v. gr., la de reunirse y asociarse, la de mover-



se libremente, la de hablar y escribir, la inviolabilidad del domicilio.

Con relación á todo esto, el Estado sigue haciendo de las suyas y ejerciendo de tirano. Se siente liberal tocante á lo religioso, pero no respecto á las demás cosas. No consiente que se le discuta, ni menos aún, que de cualquier otro modo se le ataque á él mismo ó á las que estima bases é instituciones fundamentales suyas ó que él considera como elementos de su vida. En punto á esto, es del todo intolerante. Requiere una sumisión incondicional de sus miembros. A los rebeldes que pretenden hacer uso de sus libertades, recabando la de su conciencia como guía única de su hacer y no acatando norma alguna externa, los persigue y oprime sin contemplaciones; á veces, ferozmente. Todos los gobiernos proceden aquí del mismo modo, igual los absolutos que los constitucionales (1). Ellos podrán llamarse liberales, cual ocurre frecuentemente, y hasta figurarse que lo son; pero su comportamiento no consiente que así se les denomine. Son ahogadores de la libertad y cómitres de los individuos que tienen debajo de su férula. Siempre que leo ú oigo que un gobierno ó alguno de sus componentes blasona de liberal ó de demócrata, ó promete serlo en lo sucesivo, pienso en lo imposible que es realizar semejante propósito mientras el gobierno exista. Todo gobierno procede como lo que es: como entidad dominadora, que sustituye con su propia voluntad, razonable ó no, la voluntad personal de los que llama súbditos ó subordinados suyos. Sería liberal si respetara la libertad de éstos, dejándoles obrar á discreción y arbitrio de ellos, como hemos dicho que lo hacen regularmente los gobiernos modernos, en punto á religión; mas entonces

---

(1) Jhering dice (*El fin en el derecho*, trad. esp. I, p. 261), y probablemente con razón, que un Estado verdaderamente constitucional, cuyos órganos hayan de estar en todo sometidos á leyes, *no es viable*; ni un mes duraría. Y añade, en consonancia con esto, que el poder público no debe siempre y en todas partes respetar la ley, sino que en ocasiones—de que se ocupa—*debe violarla y sobreponerse á ella*.



abdicaría de sus facultades imperantes y se suicidaría ó anularía como tal gobierno: que es lo que en asuntos religiosos pasa.

De ello resulta que si una inquisición ha desaparecido, la denominada religiosa, otra inquisición subsiste, aun cuando no le demos regularmente este nombre: la inquisición política, obstáculo esencial y permanente para que los hombres puedan gozar de la libertad amplia y completa que á veces dicen corresponderles. Proscrita la unidad religiosa coercitiva, que era la imposición obligatoria de un determinado criterio aun á quienes no lo tuvieran por aceptable, con todas las consecuencias que de aquí provenían, incluso para los actos más importantes de la vida civil, ha sido reemplazada por la unidad política, que tiene, como la otra, su credo impositivo, cuya observancia ó inobservancia divide á los súbditos ó fieles que han de comulgar en él en ortodoxos (adictos, partidos legales, correligionarios, hombres honrados) y heterodoxos, rebeldes ó enemigos (partidos ilegales, adversarios políticos, delincuentes, revolucionarios, reaccionarios, desafectos á las «instituciones»...). Y así, sin escapatoria posible, los individuos, ya de una manera, ya de otra, ahora éstos, mañana los demás allá, son, todos, vejados y oprimidos de mil modos por los que se llaman autoridades y órganos del Estado, que parece no están puestos para otra cosa sino para ahogar la libertad de aquéllos en muy diferentes manifestaciones.

Dentro del Estado, organización social coercitiva, no hay nadie libre más que él; es decir, sus poderes ó autoridades supremas. Los demás sujetos están ligados en la mayoría de los respectos y direcciones; tienen mutilada su personalidad; no se les deja moverse libremente en más cosas sino en aquellas que al Estado, concebido como gobierno, le place. La conciencia humana, que es libre ya en lo religioso, conforme se ha dicho, porque y sólo porque y en tanto que el Estado lo permite, no lo es en lo demás, porque al Estado no le agrada ó no le conviene que lo sea.



El Estado es el gran tirano, el gran dispensador ó el gran negador de mercedes. Nadie disfruta otras prerrogativas más que las que él otorga y reconoce; nadie tiene otros derechos sino los que el Estado garantiza. Hasta que el Estado no ha puesto su fuerza, con ó sin previas declaraciones en la Constitución ó en las leyes, de parte de los que se denominan derechos del hombre, derechos innatos ó individuales: derecho á la vida, al honor, á la integridad corporal, á la propiedad, á la libertad de movimientos, de conciencia y cultos, etc., hasta ese momento los derechos de referencia no han existido, á pesar de que, según se dice á menudo, son inherentes á la personalidad humana y constituyen el campo de la acción inviolable de ésta. Y es de tal modo cierta la dependencia dicha, que los individuos á quienes el Estado no concede su protectora garantía, carecen de los mentados derechos, como les pasa á los esclavos, los siervos, los proscritos, los penados y prisioneros, los sujetos á interdicción civil, los legalmente degradados, los semiciudadanos ó ciudadanos de menor derecho y aun los ciudadanos ordinarios, en el caso de que el poder público suspenda las garantías constitucionales ó de cualquiera otra manera retire su protección legal á las personas que tenga bajo su dominio (1). Porque hasta poco hace no existían los derechos

(1) Convendría que se fijaran en esto quienes ahora gritan tanto con motivo de ciertos proyectos de ley (contra el terrorismo, contra el duelo, etc.), diciendo que son atentatorios á la Constitución vigente, al Código penal y á no sé cuántas otras leyes, además de serlo á los «invulnerables» derechos individuales. La Constitución y las leyes vigentes no han caído del cielo, sino que las han hecho los hombres, y por tanto, los mismos que les han dado vida podrán quitársela en todo ó en parte; poner, en lugar de las actuales, otras, etc. *Ejus est tollere cujus est condere.* ¿No dicen ustedes así, señores jurisperitos, atiborrados de sabiduría aplicable al caso? Ni se puede ahora siquiera alegar que entre constituciones y leyes ordinarias hay una diferencia de valor favorable á las primeras, porque la Constitución que en España tenemos no se hizo (cual la de 1869) en Cortes constituyentes, sino en Cortes ordinarias, y es, por lo mismo, una ley que éstas, cuando quieran, pueden variar.

Pero pasando sobre esto, debe saberse que toda ley y toda Constitu-



individuales (1), es por lo que con grandísimo ahinco se trató de conquistarlos, y por lo que, tras no pocos esfuerzos y luchas, se consiguió darles consignación legal, nada menos que en la primera y fundamental de las leyes, en la Constitución (declaración en 1789 de los derechos del hombre y del ciudadano): fué una fuerza más poderosa, que se sobrepuso á otra menos poderosa, y que logró asentarse en las cumbres del Estado. Y

ción, sea la que sea, es siempre un instrumento que los gobiernos han de manejar; y en este manejo no hay nadie que les vaya á la mano, á no ser alguna fuerza más poderosa que ellos, y á la que, por lo mismo, teman. Si en España tuviéramos una prensa nada más que mediana, cuyos juicios, datos y orientaciones fuesen de fiar siquiera regularmente, una prensa que reflejase en alguna proporción esa opinión pública que ella dice á veces que monopoliza, y que tan á menudo confunde con la bullanga y el holgorio populachero por ella fomentados (como la misma reconoce en algunos momentos de enojo sincero contra personas ó cosas), poco podría importarnos que se promulgasen leyes draconianas: serían leyes muertas al nacer, de las que ningún gobierno, por propio instinto de conservación, se atrevería á hacer uso ni una vez sola. ¿No conocemos todos mil ejemplos de ello? Pero también conocemos muchos, muchísimos casos, en los que los gobiernos, con las manos ligadas, al parecer, por leyes que estimamos liberales, excelentes y hasta perfectas, hacen cuanto se les antoja, en favor ó en contra de Fulano ó Zutano, ó de tal ó cual clase ó agrupación de ciudadanos; y lo hacen de la manera más legal, escrupulosamente legal, sin que haya modo de atribuirles arbitrariedad, polacada, desaguisado, responsabilidad. Yo no sé si habrá día en que los mismos periódicos dejen de hacer referencia á casos de esta índole. ¿Cuántas veces hemos visto exigir, ni aun pedir siquiera, responsabilidad (prevista y regulada por las leyes) á los ministros, por sus actos como tales, no obstante saber que no todos son santos, ni con mucho? Es que los ministros tienen en sus manos el poder público, lo que se llama riendas del Estado; y quien se halla en tal situación (rey ó roque, radical, rojo ó blanco, monárquico ó republicano) es un déspota en potencia. El despotismo absolutista no parece que puede ser proscrito. Pidamos, pues, como única cosa deseable, que nos toque lidiar ó estar bajo la férula de déspotas, buenos en todos sentidos, en vez de estar á la merced de déspotas malos.

(1) Todas estas afirmaciones cortantes hay que paliarlas con las debidas atenuaciones y reservas. La explosión más ruidosa de los derechos individuales es de la Revolución francesa; pero el proceso tiene antes muchísimas otras manifestaciones. La necesidad de marcar bien los contrastes le hace á uno prescindir de los matices, que no por eso dejan de existir.



porque no hay otros derechos efectivos sino los que el Estado declara y protege, es por lo que, cuando carecemos de alguno y lo queremos obtener, nos dirigimos al Estado y sus representantes para que ellos sean quienes nos lo otorguen, pues sin este otorgamiento nosotros no lo podemos adquirir.

Nos tiene, por tanto, cogidos el Estado por todas partes y envueltos en una poderosa malla que nos impide los movimientos libres, y de la cual no podemos desasirnos más que con el beneplácito de aquél. No solemos nosotros percatarnos de ello, pero es así. Nos creeremos ciudadanos libres, pero en realidad esclavos somos. Nuestro dueño dispone de nosotros á su talante.

Muchas veces me ocurre la comparación entre los hombres civilizados y los animales domesticados, y de éstos principalmente los gregarios. No quiero referirme á los animales salvajes y fieros, porque éstos, disfrutando de total libertad, son dueños de sí mismos; no están sometidos á autoridad alguna, y son, realmente, sujetos de facultades y derechos. No sé yo por qué causa, á no ser por arrogancia gratuita y presuntuosa de los hombres, niegan éstos á los animales la condición de sujetos de derechos, cuando precisamente ellos, y sobre todo los de que se trata, los salvajes, hacen más que nadie su santa voluntad, y no reconocen trabas constantes, regulares y sistemáticas de ésta. Si el derecho es potestad, según suelen decir los que de él tratan, *facultas agendi*, no hay quien pueda invocarlo con más títulos que esos animales. Al revés, los domésticos no disponen de sí propios, sino que de ellos disponen como bien les parece sus dueños, que los esclavizan, los explotan, los oprimen, los sacrifican, y de todas maneras se aprovechan de ellos como mejor les cuadra, impunemente. Y algo de esto mismo hace el Estado con sus súbditos, los cuales viven pendientes de la voluntad y el beneplácito de aquél, y si de alguna libertad y derechos disfrutaban, es precisamente la que el Estado mismo se complace en otorgarles.

No hay en el Estado (entendido ahora como Estado total,



equivalente á nación, conjunto de todos los ciudadanos) ningún hombre libre, más que los que mandan. El Estado está hecho de sumisión y de violencia: los que las ejercen podrán acaso ser libres; los que las sufren, no. Gentes hay para quienes la fuerza domina sólo en el orden internacional, donde la prepotencia es un hecho corriente, y donde no se dan entre los Estados sino vínculos de esclavizador á esclavizado, de poderoso y señor á débil y sometido. En cambio, creen que en las esferas internas ó nacionales es el derecho y la libertad lo que reina, y que, merced á ello, cada cual cumple con su deber y ocupa su puesto, y nadie se sobrepone ni domina á nadie.

La razón de semejante diferencia quieren hacerla consistir en que, cuando de lo internacional se trata, no existe poder alguno común á los varios Estados, un poder que les dé la ley en calidad de superior, y que con este mismo carácter les imponga el cumplimiento y obediencia de ella, cual acontece en el orden de la vida nacional ó interna.

Mas en esto hay, me parece á mí, no poco de ilusión y de falta de perspectiva. Igual en el uno que en el otro caso, se trata de relaciones entre dos términos: allí, entre Estados diferentes que pretenden gozar de independendencia, cada uno frente á los demás; aquí, entre el poder público de un Estado y los miembros de éste sometidos á aquél, ó entre ciudadanos del mismo Estado, todos los cuales se mueven en la órbita legal trazada y defendida por el poder de referencia. Y si bien se mira, tan violentas son las relaciones de la segunda especie como las de la primera. Las naciones, en sus luchas recíprocas, miden sus armas de igual á igual, lo mismo en el campo de batalla que en el de la diplomacia; y la que usa las más eficaces de esas armas, aquella vence, subyugando á las otras, á las que hace feudatarias suyas, en concepto de colonias, países protegidos y demás. La lucha entre los ciudadanos de un Estado y los poderes públicos que se hallan á la cabeza de éste se libra, por el contrario, entre fuerzas muy desiguales; uno de los contendientes es, en todo caso, inferior al otro, lo que



vale tanto como decir súbdito ó esclavo suyo. Y hallándose en una situación tal todos los individuos dentro del Estado, salvo aquellos precisamente en cuyas manos se encuentra el poder, los cuales son independientes y libres, he aquí por qué al Estado, con relación á los individuos, simples ciudadanos, no se le puede mirar sino á la manera de un señor de esclavos ó de animales, á quienes manda, gobierna y explota á su talante. Todo el arsenal de leyes y disposiciones de variada índole que rigen dentro de cada Estado no representan otra cosa, á lo menos por cierto aspecto, sino un conjunto de ligaduras con que los dominadores tienen sometidos á los dominados y les imponen su voluntad. Es la equivalencia de aquella conducta que, después de las contiendas internacionales ó guerreras, sigue el vencedor con el vencido, mediante tratados de paz ú otros análogos, imponiéndole su ley, que no es otra cosa sino su interés ó su arbitrio. Lo que aquí se ofrece con carácter generalmente transitorio y como esporádico, es lo mismo que nos encontramos con carácter sistemático y permanente dentro de los Estados, con la denominación de derecho y de orden jurídico, ya público, ya privado, civil, penal, político, administrativo, sustantivo, procesal, etc., etc. El sentido y la esencia son del todo iguales: instrumentos siempre de dominación y subyugación.

Y quien dudare ó dijere que no es así, no tiene más que observar el comportamiento que con los rebeldes se emplea. A menos de que éstos lleguen á reunir una fuerza suficientemente poderosa para someter á la del Estado dominador, convirtiéndose entonces de esclavos en señores, es indudable que habrán de pasarlo mal. El poder del Estado dominante se conduce dondequiera con los insumisos igual que se conducen y se han conducido siempre, en circunstancias parecidas, con los esclavos ó con los animales, sus propios señores y dueños. Las bayonetas, los fusiles, los cañones, el palo y toda especie de severidades y durezas hacen de las suyas. Si se trata de colonias ó de pueblos sometidos en otra cualquiera forma á un Es-



tado más fuerte, ó de regiones del territorio nacional, ó de partidos políticos, los cuales se rebelen contra su dominador, ó aun sin rebelarse manifiesten su descontento frente al mismo, protestando de su opresión ó demandando su independencia, el Estado matriz y su principal órgano, el gobierno, les contestarán enviándoles «mucha artillería, mucha infantería, mucha caballería y mucha guardia civil» para que les sujeten y hagan callar: gastando en ello si es preciso, aun con riesgo de empobrecerse, «el último hombre y la última peseta»; fortaleciendo los consabidos «resortes de gobierno»; persiguiendo implacablemente, sin limitación ni escrúpulo de ninguna clase, á los sospechosos y á todos los tenidos por «cabecillas», «filibusteros», «agitadores», «revoltosos» y «jefes de rebelión ó motín», quienes serán fusilados sin remisión, con frecuencia y facilidad grandes, á centenares á lo mejor, sin formación de causa quizás; ó bien se les recluirá en prisiones, se les despojará de los bienes que posean, se les procribirá y expulsará del territorio, se les deportará á lugares malsanos... (1). Y si de

---

(1) En estos días estoy releendo *Le mie prigioni*, de Silvio Pellico. No es más que «un caso», célebre, sí, pero ni más doloroso, instructivo y no sé si diga injusto que otros análogos; ni menos todavía extraordinario ó único. No hay Estado, aun los que se proclamen liberales y hasta prototipo de liberalismo, en que no ocurran á centenares, aun cuando la forma y la intensidad de la opresión ejercida sobre los calificados de rebeldes sean distintas. Se habla, por ejemplo, de las matanzas, deportaciones y otros modos de penalidad (judicial, ó meramente administrativa) usados recientemente (en pleno siglo xx, se dice, y en la Europa civilizada) dentro del imperio ruso. Pero por este respecto, como por otros, *tutto il mondo è paese*. Con sólo echar una mirada por la prensa diaria, se ve que lo mismo hacen cuando llega el caso—y llega á menudo,—no sólo España, sino Francia, Austria, Alemania, la «liberal» Inglaterra...

Y estos procederes los preconizan y defienden todos cuando piensan que la conservación del Estado y de las instituciones que actualmente lo sostienen así lo exige. Pocos meses hace, el Sr. Maura, suspendiendo las garantías constitucionales en Barcelona, justificaba tal medida con las siguientes palabras, entre otras (Preámbulo del R. D. de 1.º Enero 1908): «El esfuerzo de las celosas y dignas autoridades se ve con frecuencia *atajado por las leyes*», por lo que, estorbando éstas, hay que hacerlas callar,



rebeldías individuales se trata, esto es, de aquellas que hace tal ó cual ciudadano por su cuenta exclusiva, el procedimiento que á sus autores se aplica no suele ser tampoco mucho más suave. Sabida es la suerte que corren los infractores de cualquiera clase de leyes—rebeldes todos ellos al orden establecido, del que el Estado se considera guardián—y principalmente los calificados como criminales. Si se dijera que, en gran número de casos, ya que no en la mayoría ó la totalidad de ellos, no se observa con los mismos conducta más indulgente y be-

supuesto que «ningún recurso legítimo (que ahora no será lo mismo que legal, pues queda fuera de la ley) se puede cercenar á la acción que del poder público justamente reclaman *los santos intereses sociales*, conmovidos y amenazados». Esto es la entronización del absolutismo, ¿no es así?, pues pretende romper todas las trabas legales á la acción de los poderes y dejar á éstos entregados á su ilimitada y discrecional libertad. (Todo poder discrecional, y estamos rodeados de ellos por todas partes, en cuanto no hay autoridad ni funcionario que no obre más ó menos *ad libitum*, es un poder naturalmente absolutista, aunque puede no ser tiránico.) Ahora, con las palabras de Maura, ó con otras equivalentes, todo el mundo comulga en su espíritu y defiende su punto de vista y sus poderes discrecionales—autocráticos, si se prefiere decirlo así,—invocando al efecto «los santos intereses sociales conmovidos y amenazados» que reclaman una protección, ya mediante leyes, cuando á la falta de éstas se achaca el mal, ya derogándolas ó haciéndolas callar, si su existencia se cree un obstáculo al «esfuerzo (perseguidor y opresor) de las celosas y dignas autoridades».

Yo no quiero recordar, de entre las muchas cosas que podría traer á cuento, ocurridas últimamente entre nosotros, sino lo que la llamada prensa liberal ha escrito en mil ocasiones contra los bizcaitarras, catalanistas y solidarios, y sobre los procedimientos que el gobierno debería usar frente á ellos, sin ocurrírsele que tales procederés atentaran contra ninguna de las manifestaciones «sacrosantas» de la libertad individual (¿con qué *tolerancia* califican y juzgan á estas gentes los «liberales»? ¿no serán esos «extraviados y criminales» también personas?); ó la conducta observada por esa prensa misma pidiendo á voces, á raíz del atentado de Morral, una «batida» de anarquistas, cazándolos como á fieras y haciendo de ellos, sin escrúpulos, lo mismo que con éstas se hace; ó la «concordancia de todos los partidos políticos», manifestada en cierta sesión del Congreso de los Diputados (la de 29 de Diciembre de 1906), al objeto de autorizar al «liberalísimo» ministro de la Gobernación, conde de Romanones, para presentar un proyecto de nueva ley contra los anarquistas por no creer suficientemente garantidos los intereses sociales con la de 10 de Julio de 1894: igual que cree el Sr. Maura, como se ha visto. En aquella



nigna que la que con los animales y los esclavos se emplea, ¿incurriría en exageración el que hiciera semejante aserto? Difícilmente. Más en lo justo se pondría éste tal, que no quien sostuviera lo contrario; pues se necesitan cristales de mucho aumento para diputar por racional y humano, y no por tiránico y brutal, el modo con que obran frente á los delincuentes aquellos Estados que nosotros tenemos más al alcance de nuestra vista.

sesión, el referido ministro (cuyos propósitos, manifestados también tres meses antes en su discurso de apertura de los tribunales, han sido no hace muchos días repetidos por algunos periódicos); el conde de Romanones, digo, en aquella sesión, dedicada al modo de combatir los atentados terroristas, principalmente en Barcelona, después de invocar, para apoyarse en ellos á guisa de escolta, los que alguien llamaría «desafueros» contra la personalidad humana cometidos por las leyes antianarquistas de Rusia, de Inglaterra, de Francia, de Suiza, y sobre todo de Italia, «nación verdaderamente democrática, en donde los anarquistas tachados de sospechosos están obligados á tener un *domicilio fijo*», aseguró, contestando al Sr. Roig y Bergadá, que «el gobierno liberal y demócrata» de que formaba parte, satisfaciendo «reclamaciones de la opinión pública» (peticiones de los periódicos y de los diputados), «presentaría en su día proyectos inspirados en las leyes que rigen en esas naciones republicanas y demócratas». El espíritu de tales proyectos puede inferirse por las siguientes significativas palabras del propio Romanones, pronunciadas en la sesión del siguiente día (30 de Diciembre) al continuar la interpelación del Sr. Roig y Bergadá sobre el mismo asunto: *Lo que en los años del 56 al 68 pudo ser una exageración, hoy podría ser una necesidad*. Todos los partidos aplaudieron, incitaron y se pusieron al lado del ministro que tales proyectos tenía intención de presentar. Ni uno solo los tuvo por reaccionarios y antiliberales. A comenzar por el Sr. Lerroux, á todos les «parecieron bien —como éste dijo— las medidas de defensa social anunciadas por el señor conde de Romanones». Y en cuanto á la actitud de la prensa, ahí va un solo ejemplo. *La Correspondencia de España*, ocupándose de la interpelación mencionada y del asunto á que hacía referencia, escribía lo siguiente, en su número del 30 citado:

«El Sr. Lerroux intervino, y estuvo muy bien desde su punto de vista; pero hay que convenir en que esas distinciones entre terroristas y anarquistas, entre los propagandistas por el hecho y los anarquistas filosóficos ó teóricos, son muy teológicas, pero tienen poco de verdaderas.

»Más fanático, más criminal y más culpable que el que comete un crimen, es el que con sus doctrinas induce á cometerle; y mayor responsabi-



Y ahora, á este propósito, quiero hacer dos observaciones finales, sobre las que me permito llamar la atención. El Estado (concebido como Estado oficial ó gobierno) es el custodio del orden establecido, para conservar el cual persigue sin contemplaciones á los que voluntariamente no se someten á ese orden ó pretenden cambiarlo. No tolera rebeldes, según se ha dicho, dentro de su seno. Mas es indudable que el orden estatuido es un orden quiescente é inmóvil, petrificado en disposiciones legales, lleno de esquinazos y aristas que hacen daño al que tie-

---

lidad que el que por ignorancia interpreta mal unas doctrinas tan peligrosas tiene el que las siembra en cerebros mal preparados para recibirlas, abusando así de la superioridad de su entendimiento y de su cultura.

»Cuanto mayor es la autoridad, la responsabilidad es más grande.

»Esto sin contar lo que tiene de felino y de cobarde la propaganda de doctrinas que pueden producir, y producen de hecho, crímenes monstruosos, y escudarse después en que la propaganda es libre, y que ellos son anarquistas teóricos.

»Y el asesinado, asesinado queda, y el criminal ó propagandista por el hecho, si es habido, á presidio ó á la muerte va, mientras que el *inocente* propagandista teórico, el anarquista filósofo, se queda tranquilamente en su comfortable gabinete gozando de todos los beneficios que le presta la civilización... y una regular fortuna, no siempre bien adquirida.

»Sólo en una sociedad perturbada pueden sostenerse estas teorías.

\*  
\* \*

»El ministro de la Gobernación estuvo muy hábil, y obtuvo un verdadero triunfo al intervenir en este debate, demostrando sus buenos propósitos de defender por todos los medios la sociedad amenazada y combatida por tan terribles enemigos.

»Todo el Congreso aplaudió al conde de Romanones, el cual debe ahora demostrar, y de seguro demostrará, que las promesas hechas serán realidades, y entonces verá cómo los aplausos recibidos hoy en el Congreso los recibe de España entera.»

Para que se vea la parcialidad y relatividad subjetiva de nuestros juicios (lo de la «paja y la viga»), advertiré que en otra parte del mismo número, quien de tal manera propone que se *respete* la libertad de conciencia de los anarquistas, pidiendo leyes excepcionales contra ellos, se oponía á la ley de asociaciones (entonces en el horno, como es sabido), alegando para ello la «verdadera libertad» (¿cuál será esta señora, que con el mismo derecho que los demás puede conocer y tomar por esposa el anarquista?), á fin de que cada uno pensara lo que y como quisiera!



ne la desgracia de tropezar con ellas. Es un orden particular de un pueblo é instante determinados, lo que se llama orden vigente, y como vigente transitorio. Se trata de *un* orden, no de *el* orden. Querer atribuirle carácter de permanencia, inviolabilidad é inatacabilidad parece equivocado. Y pretender que todo el mundo se halle á gusto con él y no desee sustituirlo con otro, ni haga nada por lograr esa sustitución, parece violento é insostenible (1). Ninguno de los innumerables órdenes vigentes que en el curso de la Historia han ido apareciendo y sucediéndose ha tenido ese carácter de inmutabilidad, aun cuando muchos hayan pretendido tenerlo. Oponerse rotunda y sistemáticamente al cambio, que es lo que el Estado hace, no debe de ser acertado; antes bien, quizá esta conducta sea más censurable y delictuosa que la contraria. Acometer contra todos los rebeldes y perseguir toda forma de rebeldía que entre los ciudadanos aparezca, es condenarse al suicidio y constituirse el Estado mismo en estorbo de su propia misión. En un opúsculo publicado muy poco hace, acabo de leer estas líneas: «Si todos hubiesen estado siempre contentos con el orden existente, hubiera habido estacionamiento, no progreso; muerte, no vida, del derecho y de la sociedad (2)». Efectivamente, así es. Cuando el Estado persigue á los rebeldes y descontentos—yo no sé si á todos, pero á lo menos á algunos, á los llamados revolucionarios, delincuentes honrados ó evolutivos,—parece como si conspirase contra el bienestar social, á cuya producción se dice que 'ha de cooperar él de un modo principalísimo, ya que no es otra, conforme se asegura también, la base y la razón de su existencia. De donde viene á resultar la siguiente conclusión, que muchos tendrán, al pronto cuando menos, por extraña: El Estado, que pretende ser el ór-

---

(1) Es lo que pasa en toda iglesia y en toda agrupación semejante donde existe una ortodoxia; que supone petrificación, [cuando alguno se separa algo de ella ó pretende renovarla (ó restaurarla, como á veces pasa).

(2) A. Levi: *Le idealità giuridiche nella filosofia positiva del diritto*. Padova, 1906, p. 18.



gano primero y el guardián del derecho y el azote de los delincuentes, es el delincuente mayor y la mayor rémora para el reinado y el triunfo del derecho.

La tesis se creará paradógica; mas de hecho no lo es, y con un breve razonamiento se verá clara, según espere. No hay, efectivamente, nadie, salvo, si acaso, los fautores mismos del orden legal vigente, que juzgue á éste en absoluto impecable y merecedor de continuar viviendo, por tiempo indefinido, sin enmienda. Todo el mundo, por el contrario, encuentra en él defectos y lunares, quien más, quien menos. Todos tienen su tipo ideal de conducta, que no se halla encarnado en el derecho vigente, defendido por el Estado. Es lo que llaman derecho natural, distinto del legislado, y en cuyo nombre critican á este último y reclaman su modificación. Así, pues, entre el orden que cada uno apetece (calcado en su derecho natural) y el que el Estado le impone (el derecho legislado), hay siempre un divorcio más ó menos profundo, divorcio que cada cual resuelve en favor del derecho suyo, ó sea de su concepción jurídica, que le parece, naturalmente, preferible á cualquiera, aun cuando ésta sea la del legislador, el poder público ó el gobierno. Cuanto retarde el advenimiento á la vida de esa concepción preferible, lo estima como un agravio á la justicia, sin que sea obstáculo para considerarlo así la circunstancia de que el retardo provenga del Estado mismo, del legítimo soberano. Por eso, hasta los espíritus que se tienen por más disciplinados y amantes del orden se convierten en revoltosos y aun en rebeldes; califican de desaciertos muchas de las disposiciones y mandatos emanados del poder, para ellos legítimo; formulan protestas contra dichos mandatos en nombre de la justicia; aconsejan la resistencia pasiva (cuya fórmula: «se obedece, pero no se cumple», repiten á menudo) contra las leyes que á ellos les parecen injustas; hasta hablan de la «resistencia activa», y con las armas de la revolución, como medios para deponer al soberano y no someterse á sus órdenes, sino quedarle á él sometido á aquellos preceptos superiores (de derecho natural)



que el gobernante ha violado, y de los cuales se erige en intérprete verdadero y genuino el crítico rebelde. Ya dicen éstos, en casos tales, para justificar sus sentencias tan atrevidas, que *oportet obedire Deo magis quam hominibus* (1). Mas esta misma alegación ¿no podrán hacerla, con igual propósito, á su manera, todos los rebeldes, incluso los perseguidos y castigados como delincuentes comunes? (2).

Innecesario parece decir que por semejante disposición de espíritu pasamos quizá todos. Si aun los que se dicen más conservadores y apegados á lo tradicional y á lo vigente lo hallan á menudo defectuoso, opresor, necesitado de cambio y mejora, ¿qué no ha de ocurrir con los de temperamento crítico, descontento, filoneista, innovador? Por eso—es la segunda de las observaciones finales á que me refería anteriormente—en el círculo social que lleva el nombre de «Estado» (total), no hay

---

(1) Los que así hablan, rechazando las que apellidan imposiciones tiránicas del Estado y; por lo mismo, «inquisición política», de la cual se quieren librar anteponiendo su propio criterio al criterio del legislador y del soberano temporal, suelen ser los mismos que defienden y piden la inquisición religiosa, prohibiendo el libre examen, negando á los fieles el derecho de crítica religiosa, obligándoles á prescindir de su criterio personal para prestar forzoso acatamiento al ajeno. Mientras para lo político no admiten una separación radical entre soberano y súbdito, pastores y rebaño, esta separación la constituyen en base de la organización religiosa, donde hay «doctores» y autoridades con la misión irreducible de guiar, y masa inerte que no ha de hacer otra cosa sino tomar hecha por otros la regla de su conducta. Estos tales, en realidad, llegan á disgregar el Estado, no sometiéndose á sus leyes, para no disgregar la iglesia.

(2) Muchas veces lo dicen así, efectivamente, estos últimos, como pasa cuando creen haber vengado ó reparado por su propia mano una ofensa anterior, de lo cual, por lo mismo, no se arrepienten, sino que se muestran verdaderamente satisfechos, por haber cumplido con un deber *superior* á la ley escrita. Hay penados que de lo que se lamentan es precisamente de no haber causado mayores perjuicios á su adversario, «que bien lo merecía» (haberlo lesionado sólo, en vez de matarlo). Después de todo, la llamada «legítima defensa» ¿es nada más que venganza *legítima* del que se toma la justicia por su mano, por encima y aparte de la ley del Estado?



acaso miembro alguno de él que se halle del todo tranquilo y á gusto con lo existente, y que no quiera alterarlo, más ó menos, en nombre de su propio derecho ideal ó natural; es decir, no hay quien no sea rebelde con lo estatuido y no tropiece con ello, ya de hecho, ya meramente de palabra ó por escrito. Si en el no acatamiento al orden mantenido y defendido por el Estado (oficial) consiste el delito («violación de la ley del Estado, promulgada...», lo definen no pocos escritores), ¿no es verdad que pocos podrán presentar su ejecutoria limpia de antecedentes penales? ¿Habrá alguien, por ventura, que para el poder público, custodio fiel del orden actual, no sea delincuente? ¿Quién estará exento de toda culpa? ¿Quién podrá jactarse de ser un fiel incondicional, absolutamente incondicional, del orden vigente (derecho legislado), tal y como éste los quiere?

El asunto no me parece baladí; antes bien, requiere, á mi juicio, meditada atención. Los gobernantes, y todos aquellos que se empeñan en hallar á todo trance justificación para los actos y las órdenes de estos últimos, no parece que le prestan toda la debida. ¿Han pensado, por ejemplo, que si declaran perseguibles criminalmente la profesión y la propaganda de las ideas que impliquen rebeldía contra el orden del Estado, y que pongan en peligro este orden, quizá no quede nadie, absolutamente nadie—excepto, si acaso, quien maneje el manubrio político—libre de procesamiento, por lo que piense, ó lo que vale lo mismo, por mantener una determinada concepción del derecho natural, tan legítima y atendible como otra cualquiera; concepción que, á su vez, pudiera en su día traducirse en leyes, en orden legislado y vigente, igual que pasó con la dominante ahora?

\*  
\* \*

Es tiempo de cerrar el trabajo, por más que el tema no se agote. Y como consecuencia de todo lo indicado, consecuencia indeclinable, me parece á mí, puede sentarse la siguiente: lo



que llamamos frecuentemente Estado, queriendo significar con la palabra «el poder público asistido de posible coacción violenta», ó lo que es lo mismo, el gobierno y la sumisión de unos hombres á otros, es un verdadero inquisidor, un torturador de conciencias, de almas y de cuerpos (1). La característica esencial del Estado, condición ineludible de su existencia, es la de disponer á su arbitrio de los hombres, de las vidas y haciendas de éstos, de su libertad, movimientos y facultades de toda especie. No es de la inquisición religiosa de lo que tenemos que protestar ni librarnos; al cabo y al fin, en este orden casi nunca nos va nadie á la mano, y si algún día hubo persecuciones y abusos, más aún que á las iglesias y agremiaciones religiosas hay que atribuírselos, ya lo hemos dicho, al Estado y á su protección é intervención religiosa. El Estado (oficial) es el más feroz de los inquisidores, el más intolerante, el más cruel y tiránico, el de miras y espíritu más estrecho. No hay confesión religiosa que defienda su credo constitutivo, sus dogmas, con la dureza y el sectarismo con que el Estado lo hace de los suyos, que son las llamadas instituciones fundamentales (régimen monárquico ó republicano, Constitución, etc.), intangibles, inviolables, sagradas. No se pide y se exige para el jefarcarca supremo de una religión (v. gr., el papa de los católicos) una reverencia y un respeto más sacrosantos, más incondicionales y absolutos, más temerosos y serviles que los que se obliga á los ciudadanos de un Estado á que tengan en frente del jefe de éste (el «augusto» monarca, cuya persona es «sagrada é inviolable», y cuya vida toda y la de su familia lo es asimismo, hasta en sus más insignificantes pormenores). No hay ni

---

(1) No se alegue que su coacción violenta, aun siendo equivocada y dañosa, tiene justificación en el hecho de ir enderezada al bien y provecho de los propios asociados que la sufren. Esos mismos intentos tutelares (salvación de las almas de los fieles) invocan las iglesias para imponer por la fuerza su credo (ortodoxia, unidad religiosa), y sin embargo, se dice que esta imposición no puede admitirse por atentatoria á la libertad del individuo.



ha habido tampoco concilio, ni obispos tan intransigentes y sectarios como lo es, por ejemplo, la mayoría de un parlamento, con el gabinete á la cabeza, cuando cualquiera de los diputados ó representantes dice algo, por respetuosa y mesuradamente que lo haga, y aun cuando sea ello muy exacto, que pueda tomarse como ataque, demérito ó desdoro de la dinastía reinante, que se quiere hacer pasar por una institución imprescindible para la vida de la patria y consustancial con ésta.

Un escritor de derecho internacional, á quien repugnan las violencias y las iniquidades que, en nombre de este último, cometen unos pueblos y unos Estados, los más poderosos, sobre los Estados y los pueblos más débiles, y el cual está, por eso mismo, protestando continuamente de las manifestaciones varias de dominación y explotación que constituyen actualmente la vida y las relaciones internacionales, decía poco hace lo siguiente, al inaugurar sus lecciones sobre la materia referida, en la Universidad de Sassari, el curso último de 1905 á 1906: «Francamente, me destroza el corazón el pensar que, mientras se lanzan generales y justas imprecaciones contra todas las iglesias que, para imponer sus supersticiones religiosas, no han tenido ningún escrúpulo en servirse de ergástulas, hogueras y guillotinas, en cambio, aquellos mismos que son acaso los más inexorables estigmatizadores de tales feroces métodos de propaganda religiosa, son á la vez los primeros que proclaman, sin escrúpulos de ninguna especie, que la civilización de los Estados que se han libertado del tiránico dominio de aquellas iglesias debe imponerse con cañones, torpedos y bayonetas» (1).

Esto mismo es aplicable á nuestro caso. Los gobiernos que se tienen por justos y liberales quieren también imponer la li-

---

(1) Eduardo Cimballi: *La politica coloniale conforme al nuovo indirizzo del diritto internazionale e alla vera civiltà*. Roma, 1906, p. 58-59. Puede compararse un buen artículo, *Á cañonazos*, publicado por el gran Alfredo Calderón, no muchos meses antes de morir.



bertad y la justicia forzosamente á los ciudadanos, «con cañones, torpedos y bayonetas», con policía, cárceles, tribunales y cosas equivalentes. Para imponer su libertad, ahogan y comprimen la libertad de conciencia jurídica de los individuos que tienen debajo de su poder, igualmente que ocurre con las confesiones religiosas. Cimbali protesta de lo que pudiera denominarse inquisición ú opresión internacional; de igual modo cabría formular protesta contra la inquisición ú opresión política, no menos fiera y gravosa que la anterior y que otra cualquiera.

Pero aquí viene la más grave de las preguntas. ¿Pueden los hombres pasarse sin inquisiciones? Huirán y escaparán de una; pero, al hacerlo, ¿no vienen siempre á caer en otra? Si indefectiblemente han de ser dominados por alguien; si ha de haber siempre, conforme oímos decir á menudo, unos que manden y otros que obedezcan, sin lo cual apenas somos capaces de concebir la vida—y esta es la razón más poderosa que se suele alegar en apoyo del Estado y de los medios de que el mismo se sirve: leyes, autoridades, penas...—¿qué objeto tienen las llamadas luchas por la libertad? ¿A qué afanarse por conseguirla, si todo ha de reducirse, cuando mucho, á cambiar de amo? Cuando yo oigo decir á los enemigos de aquélla (los apellidados «reaccionarios», «conservadores» ó de cualquier otro modo parecido) que los liberales no lo son sino de nombre, y que bajo la bandera de la libertad oprimen tanto ó más que los déspotas á los ciudadanos, pienso para mí que tienen razón que les sobra. No se puede ser efectivamente liberal, y mandar, sin embargo, sobre otros; esto equivaldría á la práctica de la vulgar «ley del embudo».

Yo no sé cómo salir del atolladero. Aquí, como en otras mil cosas, el destino de los hombre parece muy análogo al de Sísifo: subir y bajar continuamente, pero inútilmente, sin llegar á nada definitivo, y antes bien, volviendo á recomenzar á cada momento la obra que creían ya terminada. La concepción viquiana de los ciclos, repetida hoy por ciertos escritores de so-



ciología, tiene aquí perfecta aplicación, con tanta ó mayor exactitud que la de la espiral y la del ritmo. Hay mucho del «dar vueltas», sin saberlo siempre, «en torno de la noria»; lo mismo que expresaba humorísticamente Campoamor, en los conocidos versos:

Pecar, hacer penitencia,  
y luego, vuelta á empezar.

P. DORADO



# ESPAÑA FUERA DE ESPAÑA

---

EL PUEBLO ESPAÑOL

---

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Háse dicho que el español se parece al hijo de padre europeo y de madre abisinia. Sea ó no literalmente cierta esta afirmación, puede sin inconveniente aceptarse como símbolo del hecho más fundamental que respecto á España y su pueblo tiene lugar. Así como Rusia y la raza que la habita son el eslabón que une á Europa y Asia, así España es el eslabón que junta á Europa con el continente africano, unido materialmente en otras épocas y tan próximo en el día. Esta es la causa de la condición primitiva y casi salvaje y de violencia que nos ofrece en donde más característico se presenta el adusto suelo español, y de ese espíritu independiente, también salvaje, en su cualidad aborígen primitiva, que podemos descubrir en el temple de su gente. España es un gran fragmento separado de Africa, y el español es el primogénito del antiguo blanco del Norte de Africa, considerado ahora, en su sentido más amplio, como el padre de los elementos principales y más numerosos de la población europea. Por esto es por lo que la gente de España está más próxima al tipo aborígen castizo europeo, como ha dicho con exactitud Ripley, que la gente de los otros países civilizados del continente europeo.

Los berberiscos y las kábilas escondidos entre los cerros de Marruecos y Argelia, pueden parecer muy bien al que ha vi-



vido en el Norte de Africa con mejores derechos que ningún otro pueblo á representar el tronco primitivo europeo. En apariencia, no son, por lo general, europeos; pero se dan casos en que individuos de color tan oscuro como los gaditanos pudieran pasar por naturales de Aberdeen. Físicamente son cenceños y vigorosos, con la dignidad que ocasiona el vigor de un hombre cenceño. En el carácter son serios, aunque afables, belicosos, otorgando, empero, un gran ascendiente á la mujer; por extremo independientes, y con preferencia á vivir en grupos pequeños, danescos, en comunidades limitadísimas, recelosos y hostiles con toda otra agregación social. Constituyen un material humano admirable, pero difícil de domeñar para los fines de la civilización. Casi en todas sus cosas parece presentar el español huellas del parentesco con este tronco del Norte de Africa, á quien más se le parece de todos los pueblos de Europa.

Se cree ahora por muchos que los vascos, con su lenguaje misterioso, representan á los iberos primitivos de tronco berberisco. En otro tiempo, como lo demuestran los nombres geográficos todavía, fué su lengua la que se habló en la mayor parte de España, pero ahora modificada, se ha confinado su uso á los pueblos que habitan el ángulo Nordeste de España y el territorio comarcano de Francia. Los vascos mismos, como Telesforo de Aranzadi ha probado en su minucioso estudio antropológico, corresponden á los primitivos iberos de parentesco bereber, aunque modificado, en su opinión, por cierta mezcla con gentes de tipo lapón ó finlandés, por una parte, y de cimbriaco ó germano, por otra. Su aislamiento en las faldas de los Pirineos ha permitido á los vascos retener su antiguo lenguaje y algunas de sus tradiciones primitivas—como en varios distritos, la precedencia de la hija mayor sobre los demás hijos en la herencia;—pero aún siguen siendo los iberos, con toda probabilidad, el elemento fundamental de población en toda España. Es, además, hecho notable y significativo el que casi todas las invasiones históricas que han logrado algún éxito en España proceden de naciones del Norte de Africa ó



emparentadas con esta estirpe, y por la mayor, con la actual berberisca. Los cartagineses, que desempeñaron tan considerable parte en la historia antigua de España, eran principalmente, según puede creerse, de raza afín á los bereberes. Los musulimes, que representan con mucho la invasión más considerable que haya llegado á España desde Marruecos, porque aunque sus caudillos vinieran del Oriente, el grueso de los invasores moriscos fueron de ordinario, como lo indica el nombre, bereberes de Marruecos; tanto es esto que, á pesar de la lucha secular entre los cristianos españoles y los moros islamitas, españoles y moros mantuvieron siempre estrecha relación de consanguinidad (1).

Dos excepciones importantes cuenta esta regla. Los visigodos, pueblo germánico de civilización bizantina, que no todos eran teutones puros, dominaron á España por espacio de varios siglos, y poco á poco se fueron fundiendo con el tronco ibérico subyacente. Con mucha mayor anterioridad—antes del siglo v a. de C., según Jubainville—se verificó la invasión de los celtas asiáticos y semieuropeos, que son aún fáciles de reconocer en la península ibérica, aunque sumamente mezclados con elementos ibéricos, por su cabeza pequeña. Entraron, probablemente, por Francia—donde aún se les ve fuertemente arraigados entre las montañas de Auvergne,—é impotentes para desalojar á los tenaces habitantes de las alturas pirenaicas, fueron obligados á proseguir su peregrinación

---

(1) La facilidad con que raza tan obstinada y belicosa como la española dió entrada á los invasores musulmanes y entró en tratos con ellos, habiendo muchos que hasta llegaron á abrazar el islamismo (á que se llamó *muladies*), prueba que los consideraban menos extraños que á los invasores godos. Y aun dado el caso de que los súbditos cristianos se mantuvieran en su religión (que éstos eran los *muzárabes*), eran admitidos por los moros á los cargos más elevados, incluso al mando de ejércitos moros. El espíritu de fanatismo empieza á mostrarse sólo á principios del siglo xii, sin que cesara hasta el fin la íntima armonía y mezcla entre moros y cristianos. (Véase Lea: *History et the Inquisition in Spain*, vol. 1, ps. 52 y siguientes.)



hasta encontrar condiciones de morada á propósito, como la hallaron entre las sierras de Asturias y Galicia, por lo que dondequiera que esta gente soñadora y reservada se encuentre, echa de menos su retiro montañoso; sus descendientes se extienden á lo largo de la costa portuguesa, y puede asegurarse que los celtas siempre han tenido menos que ver con el resto de España que con Portugal, al que Galicia pertenece realmente por el suelo y por el clima, así como por la raza y el lenguaje. Por las sierras del Norte de España, celtas é iberos parecen haberse fundido en época suficientemente antigua para poder formar un tronco celtíbero obstinado y vigoroso. Los celtas no importaron, con todo, contribución alguna positiva al carácter español; sin duda fortificaron los sentimientos hispanos de independencia y familia, disminuyendo acaso al mismo tiempo las condiciones de violencia, como se aprecia por el escaso número de crímenes de sangre relativamente que corresponden á las provincias célticas de España (1); estos individuos eran ciertamente muy propios para las labores domésticas; aun hoy, los gallegos en España, como los alverneses en Francia, se consagran en todo el país al oficio de jornaleros y criados.

Debido en parte al predominio de los primitivos elementos ibéricos, parte á la afinidad de raza de los más de los elementos de posterior introducción, la población de España revela actualmente singular uniformidad antropológica (2). Es muy cierto que los habitantes de muchas provincias de España se distinguen aun hoy por peculiaridades varias y fáciles de re-

---

(1) Bernaldo de Quirós: *Criminología*, pág. 52.

(2) Semejante uniformidad parece haber prevalecido en un principio. En un fragmento del antiguo historiador griego Herodoro de Heráclea, se dice que los iberos son la misma gente en todas partes, aunque lleven diferentes nombres, por estar divididos en tribus diferentes; y Pedro Paris, en su estimable estudio del arte é industria primitiva de España, encuentra que en todas las obras de arte que se han descubierto en toda la Península hay cierta uniformidad innegable.



conocer en su vestir, porte y disposición. Si comparamos, por ejemplo, España con Francia en esto, podríamos creer que las provincias españolas se diferencian más en el día unas de otras que las francesas hace un siglo. Y, sin embargo, los habitantes de la mayor parte de las provincias francesas son antropológicamente de raza radicalmente distinta, y en cambio los pueblos españoles son antropológicamente uniformes, como lo son también en la actualidad los de la Gran Bretaña. Esta diversidad aparente paréceme con toda verosimilitud debida á esta tendencia al clanismo, al patriotismo local que ha heredado el español de sus antecesores berberiscos.

La mayor parte, pues, de España está ocupada por una raza que Deniker denomina ibero-insular, y se ha llamado alguna vez *Homo Mediterraneus* (1). Es la raza que ocupa también las grandes islas del Mediterráneo occidental, el Sur de Italia y algunas regiones del centro de Francia, especialmente el Limousin y el Perigord. Las características principales de raza de este pueblo, comparado en general con los demás de Europa, son: estatura pequeña, color moreno y cabeza alargada. En cuanto á la estatura, varían entre los mismos límites que los italianos; pero mientras en Italia los de poca estatura habitan principalmente en el Sur, en España son más frecuentes en el Norte y Centro. De color son los españoles, por término medio, más morenos que los italianos, y aunque no deja de ser frecuente en toda España el tipo de pelo rubio y ojos garzos, no existe región grande del país en que, como ha demostrado Deniker en su mapa de pigmentación, el tipo moreno éntre en proporción inferior al 30 por 100 de la población. Tácito hace referencia del pelo rizado y cutis encarnado de los españoles. La rica pigmentación del cutis parece ser un carácter saliente de la raza ibérica (hasta en la rama que se extiende por el Suroeste de la península de Inglaterra), pues

---

(1) Deniker: *Journal of the Anthropological Institute*. Julio y Diciembre, 1904.



Silio Itálico compara el cutis del español al oro de sus minas, que en su modificación más delicada constituye esa «palidez áurea» que tanto admiraba Gautier en las mujeres de Málaga. Cuanto á la forma de la cabeza, los españoles puede asegurarse que aunque en la mayor parte la tengan grande, es, sin embargo, menos perceptiblemente que la de los bereberes. La bella y uniforme manera en que ha tenido lugar esta mezcla se muestra decisivamente en los estrechos límites en que varía el índice cefálico. La gente de cabeza más alargada vive en el Este y Sureste: los de cabeza más ancha en el Noroeste. Los hombres y mujeres que vemos en las pinturas de Murillo, y aun las de Zurbarán, ilustran admirablemente los principales tipos antropológicos de España.

## II

La tierra de España y los rasgos físicos de los españoles vuélvannos de nuevo á Africa. Si los consideramos más íntimamente, hallaremos que hay mucho en el carácter español que puede referirse también exactamente del africano. El carácter español, á la verdad, es fundamentalmente, á mi parecer, no sólo africano, sino primitivo—en el mejor sentido de la palabra, no en sentido despreciativo,—salvaje. Es corriente oír que toda nación pasa sucesivamente por tres estados: salvajismo, barbarie y civilización, dicho verdadero indudablemente. Pero me ha parecido muchas veces que algunos pueblos tienen tan natural afinidad por alguno de estos estados, que algo de su carácter se mantiene siempre afianzado á su temperamento nacional. De esta suerte, Francia no sólo es hoy la tierra de la civilización, sino que claramente percibimos el instinto de civilización en los galos descritos por Estrabón hace dos mil años; por este prematuro instinto de civilización parece que se dejaron dominar más fácilmente por los romanos. Rusia, por



su parte, ha sido del tipo bárbaro; no quiere decir esto que necesariamente para el mal, sino asimismo para el bien. Y el español es y sigue siendo hoy, en el mejor sentido de la palabra, salvaje. Su sencillez é intensidad de sentimientos infantiles; su rudeza y austeridad, combinadas con el desdén por lo supérfluo, su amor al ocio templado por su aptitud para la acción violenta; su indiferencia por las personas é intereses que no son del círculo de su vida propia, estos signos y otros parecidos, que siempre han señalado al español, señalan igualmente al salvaje. El amor al ocio, por ejemplo, punto de partida para manifestaciones de energía violenta, advertida siempre entre salvajes, ha sido siempre muy acentuado en el español; tiene poca aptitud natural para el trabajo minucioso y sostenido; aun los esfuerzos más considerables del genio español no acusan esa «infinita capacidad de molestarse», y ninguna de las obras maestras literarias de nombre universal ostenta tan numerosos descuidos de detalle como el Quijote, aunque autorizadas opiniones sostengan que fué escrito con gran esmero. Si se exceptúan Cataluña y Galicia, el trabajo es siempre una necesidad, no un impulso sentido en el corazón; el tendero y el obrero manual son tradicionalmente mirados con desprecio; hasta el pobre pescador valenciano, en una novela de Blasco Ibañez se atreve á menospreciar á los que trabajan la tierra: «ellos eran labradores, y para él esta palabra sonaba á insulto». El español de otros tiempos confió el trabajo á los esclavos ó á los moros libres que vivían bajo el dominio cristiano, los llamados *mudéjares*, que eran por lo común hombres de mucha más destreza y educación que los que los empleaban. Así es como el castellano, cuya ocupación era la guerra, habiendo abandonado el comercio, los negocios y la fabricación á los esclavos, llegó á mirar estas ocupaciones como serviles. De aquí que un mendigo español pueda mostrar soberbia—que ciertamente aun hoy día el mendigo conserva y sólo él aquel aire de soberbia que antaño se le atribuía á la generalidad de los españoles,—y el parasitismo social que dió nacimiento á la litera-



tura picaresca (1) permanece bajo otras formas como una institución nacional.

Cierto que en esta materia una regla absoluta produciría impresiones falsas. Los españoles ven, con razonable disgusto, que los turistas consideran á la población de España simbolizada en gitanos que bailan ó dicen la buenaventura, ó en chiquillos harapientos que se ponen á comer naranjas al sol. España, dice Emilia Pardo Bazán, no es solamente la tierra de los gitanos con la guitarra, pues hay «una España joven y musculosa, cubierta de sudor, de blusa azul y cara ennegrecida por el humo de las fraguas». Esta es la verdad, sin género de duda; pero, á pesar de ello, es cierto también que el temperamento, independencia y tradiciones del español, incluyendo el propio clima, todo se combina para hacer incompatible en este país el evangelio del trabajo, por amor al cual, las naciones que incesantemente se afanan en descubrir nuevas necesidades, legitimándolas con su apetito de trabajar, lo recomiendan con todo encarecimiento. Para el español, el trabajo, más que un bien en sí mismo, es un mal á que el hombre se halla condenado, y prefiere limitar sus necesidades á acrecentar su labor. Conforme á una tradición berberisca ó libia, conservada en un fragmento de Píndaro, el primer antecesor, Jarbas, á cuya raza pertenece el español, brotó directamente del soleado terreno de Africa. Esto ha sido creencia general. Los llanos de Castilla también son difíciles de cultivar, caldeados por el sol cuando no están helados; la selección natural verificada

---

(1) Es digno de notar que las obras maestras de la literatura picaresca española fueron escritas todas probablemente por personas que vivieron en la corriente de vida nómada que han descrito, y quizá sintieron ellos mismos los impulsos que esta vida engendra. La autoridad del primero y mejor de ellos, *El Lazarillo de Tormes*, es desconocida, pero «puede haber sido escrito,» como observa Butler Clarke, «en un campo, ó en un figón, en un zaquizamí de estudiantes ó en una cárcel». Mateo Alemán fué un soldado pobre; Espinel un vagabundo, soldado, marinero y quizá, como Cervantes, cautivo en Argel; Quevedo vivió mezclado con todas las capas sociales.



por el hielo, fuego y hambre ha determinado una raza enjuta y recia, excesivamente sobria, templada en todas sus exigencias físicas, y demasiado familiar con el trabajo para cuidar de idealizarlo. La pobreza del suelo de España ha hecho al español, como dice Unamuno, hijo de Abel, más bien que de Caín el agricultor, que le asesinó; prefiere cuidar al ganado en las praderas y en los oteros; de estos lugares, más bien que de las ricas y cultivadas tierras bajas, salieron los conquistadores, como Cortés ó Pizarro, con otros muchos hijos vigorosos de España. Por el medio ambiente, así como por temperamento, es el español nómada y aventurero de nacimiento (1).

Así es, que si podemos afirmar que en el español hay falta de gusto para la labor organizada y constante, hay también un gran acopio de energía, y al mismo tiempo resistencia heroica para las penalidades cuando la adquisición laboriosa de las comodidades merezca grandes fatigas. Por un lado, hay en él afición á no hacer nada, desprecio por las labores útiles y tendencia—esto entre los elementos sociales inferiores—al parasitismo; por el otro, tiene á veces un furor, casi demencia, de energía extraordinaria é incansable. Esta fascinación de la energía es la que conduce á Calderón, como Norman Maccoll ha observado, á una predilección especial por tipos de carácter sobrenatural, índoles llenas de incansable energía y ardor para la acción, empujada hacia adelante por un impulso de que no pueden darse cuenta, y que consideran como externo. El mismo Rubén Darío, poeta contemporáneo, aunque influido por el cosmopolitismo del mundo moderno, igual que por la fragancia antigua del de Bandelaire y Verlaine, es fiel

---

(1) Me ha parecido á menudo prueba curiosa de la persistencia de influencias hereditarias el que Manuel Casanova haya sido también de raza española. No es fantástico ver en él afinidad especial con los mallorquines, entre los cuales el nombre Casanova ha sido bien común y famoso por haberlo llevado principal santa. Casanova es el pícaro español *in excelsis*. (Véase mi estudio de Casanova en mis *Affirmations*.)



hijo de España en su admiración por la energía cuando canta:

«Yo soy el caballero de la humana energía.»

En sus fiestas también, como observa con acierto Salillas, el español gusta de invertir un caudal inmenso de labor, que ciertamente no es útil, aunque en útil puede transformarse—y hoy, hasta cierto punto, está experimentando esta transformación,—pues que tiene en sí toda la virilidad del trabajo; y en su principal forma nacional de la fiesta, en la corrida de toros, exige en su más alto grado valor, fuerza, agilidad, inteligencia y gracia (1).

Esta manera de ser del español, su dureza, la indiferencia ante el dolor, que tan á menudo se ha confundido con los instintos de crueldad, es cualidad común también del español con el salvaje. Desde el principio al fin, la actitud emocional en que se fundan tales manifestaciones es ajena á esa ternura, que tanto puede ser egoísta como altruista, que caracteriza á la civilización, pero que concibe con facilidad la mente del hombre salvaje. Toda forma de ascetismo ha sido triunfalmente exhibida por el español; y el ascetismo, templado á veces por la orgía, es siempre fácil y aun necesario en las condiciones de la vida salvaje. Sólo de esta manera podemos comprender característica tan ajena á la suavidad de la civilización. Los españoles han rechazado muchas veces con indignación el cargo corriente de crueldad, y la acusación de que la existencia de la Inquisición haya atestiguado cierto placer en las persecuciones religiosas. La ciudad de Jalem sola, observa Valera, fué responsable de más tormentos, en nombre de la religión, de los que corresponden al Santo Oficio, desde California al Estrecho de Magallanes. A más de esto, en una edad en que la tortura se reconocía como parte del procedimiento

---

(1) Salillas: *Hampa*, págs. 86 y sigs., 114 y sigs.



judicial (1), su uso por la Inquisición española merecería especial censura, si se probase que los inquisidores españoles habían superado á los jueces contemporáneos en su aplicación. Pero precisamente sucede lo contrario. En Aragón, aunque la Inquisición se admitiera, era ilegal la tortura, y sólo por expreso mandato de Clemente V, se le aplicó á los templarios en 1311. Más tarde, cuando el tormento llegó á hacerse de uso cotidiano en Castilla en los tribunales seculares, fué empleado también por la Inquisición, como después en Aragón, aunque aquí no se consentía en la jurisprudencia secular. La Inquisición en España empleaba los métodos de tormento aceptados casi universalmente por vía de obtener confesión; pero su empleo se guardaba escrupulosamente, y, por regla general, se aplicaban algunos de los métodos de tortura medioevales, reconocidos generalmente y no en grande proporción. La creencia de que los métodos de tortura usados por la Inquisición eran de carácter excepcionalmente cruel, se debe, como observa Lea en su estudio detalladísimo sobre la Inquisición española, á escritores sensacionales, que se han divertido con la credulidad de sus lectores. «El sistema era malo en la concepción y en la práctica, afirma; pero la Inquisición española, en fin de cuenta, no es responsable de su introducción, y, por regla general, fué menos cruel en su aplicación que los tribunales del siglo, y confinada más estrictamente á unos cuantos métodos bien conocidos. La comparación entre la Inquisición española y la romana es, con mucho, muy favorable á la primera (2). Pero, si bien reflexionamos en la Historia de España y en el temperamento del español, difícil es no evidenciar cierta indiferencia por el dolor que es casi amor á él. Los antiguos iberos, lo mismo cuando enclavados en la cruz cantaban

---

(1) En el mismo siglo xvii, en Inglaterra, Bacon, hombre de esclarecido genio, humanidad y templanza, aceptaba el tormento como elemento de prueba en los procesos judiciales.

(2) H. C. Lea: *History of the Inquisition in Spain*, vol. III, cap. I, «Torture».



sus cánticos nacionales, invictos en el espíritu, con estupor de sus sojuzgadores romanos, y las madres iberas empeñaban á sus hijos á la muerte antes que verlos en esclavitud. Poco más de un siglo puede hacer que las iglesias españolas, por la Cuaresma, se salpicaban de sangre de los fervorosos penitentes—cabalmente, como al otro lado del Estrecho se ven hoy los fanáticos sectarios del Islam danzando por las plazas durante las fiestas moriscas de Junio,—flagelándose hasta derramar sangre. Aun ahora persisten costumbres parecidas en algunos puntos de España. Regoyos ha visto en San Vicente de la Sonsierra, junto á Haro, en la Rioja, una cofradía en que se azotaban unos á otros hasta que la sangre corría, resto de la Edad Media que sobrevive en nuestro siglo de la electricidad y del ferrocarril. Como se pica á los toros en la corrida, así estos hombres se punzan con agudas puntas de vidrios rotos. Y no sólo no se siente ser *picao* en este juego, sino que los que tienen valor para tomar parte en él son grandemente admirados por las jóvenes y muy buscados para maridos. Los que adoptaron alguna vez esta práctica, que se usa en Viernes Santo, creen que es de necesidad refrescar la sangre todas las primaveras, siendo incapaces las autoridades para atajar esta costumbre, porque después de prohibida siempre se ha vuelto á reproducir (1). Dos siglos hace era costumbre general en los enamorados azotarse en las calles, para obtener compasión y admiración de sus amadas (2).

«Sospecho que los españoles—dice Barres—encuentran placer á la vista de los padecimientos de Cristo.» Es cierto

---

(1) Emilio Verhaeren y Darío de Regoyos: *España negra*, 1899, página 72.

(2) En 1692, la Condesa d'Aulnoy, en su *Relation du Voyage d'Espagne* (vol. II, págs. 158-164), daba una relación detallada de tales escenas flagelatorias, y de la admiración que provocaban en los corazones femeninos. Cuando los azotadores se encontraban con una mujer hermosa en la calle, empezaban á azotarse con tanta gana, que la salpicaban de sangre. Esto se tenía por gran honor, y la dama, reconocida, había de agradecersele.



que los artistas españoles han tratado siempre de elaborar las imágenes más pungentes y agonizantes de Cristo en su pasión, y los devotos españoles han mostrado particular complacencia en adornar lujosa y elegantemente imágenes tales. Recuerdo, por ejemplo, haber visto en uno de mis últimos viajes, un Cristo de tristísima vista en un altar de una de las naves de la catedral de Palencia. Era una imagen grande de madera en un crucifijo, esculpida al modo realista español, con gran detalle de músculos, ceñido de un ceñidor del que pendían unas faldillas de precioso bordado, y bajo ellas asomaba un lazo costosísimo de jubón, ingenioso recurso imaginado, no para disimular ninguna cosa, pues nada había, sino para sugerir la total integridad de la obra. Tal es la extraña figura que la religión española propone al culto de las mujeres, cuya cara dolorosa, inclinada, mira más dolorosamente que nunca al contemplarle con este atavío de bailarina.

La preocupación del español por la sangre y su satisfacción por derramarla, se ha manifestado, no ya en el arte, como indica Ganivet, con acierto, sino en la misma medicina. La parte de Servet en el descubrimiento de la circulación de la sangre es una de las contribuciones más notables de España á la ciencia médica, y España también ha excedido á las demás naciones en el número y excelencia de sus sangradores. El doctor más eminente de España es el Dr. Sangredo.

El estoicismo, que donde quiera aparece como filosofía primitiva del salvaje, es la filosofía fundamental y casi la religión de España. Séneca, prototipo del español estoico, tiene en España, como se ha dicho, maneras de un padre de la Iglesia; el español Marco Aurelio lleva también el sello de su país natal; y Lucano de Córdoba fué cabeza de una larga serie de españoles. Tan importante participación asumen en la tarea de dar forma á las últimas conclusiones del estoicismo, porque esta filosofía respondía á un instinto que desde antiguo sentían en sus venas. Mas que cristiano, ha sido el español estoico y aun pudiera decirse que asceta. Torquemada, viviendo en



palacios, escoltado como soberano por hombres á caballo, no quiso aceptar el arzobispado de Sevilla; siguió llevando su humilde hábito de dominico, y nunca quiso usar lino, ni aun para su cama, ni comer carne, y rehusó dar una dote á su hermana indigente. Recordemos también la anécdota característica de Fr. Luis de León, que después de un encierro de cinco años en las cárceles de la Inquisición, vuelto á su cátedra de Salamanca—en el aula sombría que aún puede verse en su Universidad,—comenzó la explicación de la clase con la fórmula en él usual: «Decíamos ayer...»

Este modo de ser de la mente se asocia con el énfasis español en el carácter, moral y práctica. La curiosidad intelectual pura nunca ha florecido en España. No han representado los españoles papel preferente en matemáticas, ó astronomía ó física, aunque cuenten con nombres ilustres en muchas secciones de la ciencia aplicada, como en el día Ramón y Cajal, que goza como neurólogo de reputación mundial. También se han aplicado grandemente á la metafísica; pero es de saber que en España la metafísica se identifica con la teología, asunto que tiene intenso interés práctico (1).

Sería un error figurarse que la dureza del español y su estoicismo instintivo puedan en algún modo excluir la aptitud para la suavidad de afectas ó el desarrollo de las delicadas emociones humanas. Estos resultados no tienen lugar ni aun en el salvaje, y en el español hay una notable demencia de estos sentimientos. Cervantes, que es el más típico de los españoles, aparece tan dulcemente humano como Chaucer (2). Lo que parece rebajar las emociones más delicadas del español es, sencillamente, una facilidad menos efusiva en sus más

(1) Menéndez y Pelayo, que trató este punto en su *Ciencia española* (3.<sup>a</sup> ed. 1887, vol. I, pág. 94), cita el «triste caso de que nuestras Facultades de Ciencias estén desiertas.

(2) El humanitarismo de los españoles es el causante de la plaga de mendigos, tan difícil de suprimir en España; gran parte de la población española estima que es inhumano negarse á dar limosna.



serias manifestaciones, y una tendencia á manifestarlas con los que inmediatamente le rodean, más bien que con los que viven en un mundo lejano. Por sus amigos, decía Estrabón, están prontos los iberos á sacrificar la vida. Hay, como más de una vez se ha observado, en la manera de ser del español, cierto antagonismo aparente hacia todo el mundo. Por una parte, le agrada un formalismo rígido, difícil; una uniformidad abstracta y austera, tanto en moral como en religión, por la que su espíritu propio y el ajeno deben sin cesar estrellarse. Pero por otra, el español es siempre indulgente (1) con el pecador individual como con su amigo ó vecino en toda relación de la vida, cualidad que muy visiblemente se muestra en el terreno teológico por muchos teólogos españoles (2). La Iglesia española, aunque formidable para los embates heréticos de fuera, fué siempre mansa para los hijos de la propia casa. España, que produjo al implacable Torquemada, vió nacer también á aquel piadoso fraile valenciano que hace seis siglos edificó el primer hospital de dementes. «Tenemos un estado de cosas anómalo», ha dicho un sagaz escritor español, en armonía con nuestro carácter. Castigamos con solemnidad y rigor para satisfacer nuestro deseo de justicia; y luego, sin ruidos ni clamores, perdonamos al criminal condenado para satisfacer nuestros deseos misericordiosos (3). Esta modalidad

---

(1) Es digno de notar que la práctica de conceder procuración á los procesados en causa criminal, aunque relativamente reciente en Inglaterra, se observó hace muchos siglos en España, siendo costeados por el Tesoro público defensores para los que por su demasiada pobreza no podían pagar un abogado. (Lea, *History of the Inquis. in Spain*, vol. III, p. 43.)

(2) Caramuel, que por la propensión de su doctrina á la indulgencia moral ha sido llamado *enfant terrible* de la teología, era castellano. Fué hombre muy docto, influyente y dotado de gran energía práctica.

(3) En el espíritu español religioso hay una tolerancia extrema, junta con una extrema intolerancia. El espíritu austero de intolerancia triunfó los últimos tiempos de la Edad Media, de la misma manera que el austero espíritu puritano triunfó, aunque un poco menos, en Inglaterra; pero no son éstos signos definitivos ni impulsos nativos de raza. Los visigodos fueron muy tolerantes. «Nunca hubo nación que menos mereciera la cen-



de la mente ha sido mirada como la consecuencia española del sentimiento cristiano y de la filosofía de Séneca en el punto en que se armonizan. Pero esta inclinación es cosa más radical é instintiva de lo que tal opinión indica. Podemos hallar mezcla semejante de nociones tan austeras de justicia abstracta, combinadas con indulgencia compasiva para los ofensores entre los aldeanos de Irlanda, país en que, según la antigua tradición, que las modernas investigaciones tienden á confirmar, existe un elemento ibérico primitivo bien caracterizado. Por lo que mira á la disposición del español para con sus compañeros, he encontrado una historia instructiva, referida por un magistrado español, en un periódico aragonés de hace algunos años, en época en que Aragón padecía gran escasez. Un labrador sin trabajo, salió al camino real con resolución de robar á la primera persona que encontrase. Esta fué un hombre que iba con un carro. El labriego le dió el alto y le pidió el dinero que llevaba. «Treinta duros es lo que tengo», replicó el detenido. «No me queda otro recurso que robar; mi familia se está muriendo de hambre», dijo el agresor sentenciosamente. Se pone á guardar el dinero en su bolsillo. Según lo iba ha-

---

sura de fanática que los visigodos españoles» (H. Bradley: *The Goths.*, página 329). Un godo español llenó de asombro á Gregorio de Taers, diciéndole que es deber del cristiano tratar con respeto lo que los demás reverencian, aun cuando sean idólatras. En época posterior, Castilla fué la única que entre las naciones latinas se negó á admitir los métodos de persecución, á pesar de las prescripciones todas de la Iglesia. Aragón fué más dócil con los pontífices romanos, aunque sus leyes civiles eran ilustradas y justas, y Jaime el Conquistador quemó herejes contumaces. (Lea, *History of the Inquisition of the Middle Ages*, vol. II, págs. 180 y sigs.) En el siglo XIV, el movimiento de intolerancia religiosa cundió por entre los obispos castellanos después de su regreso del Concilio de Viena, y ya en el de Zamora excedieron á los mismos franceses en ferocidad contra los judíos é infieles, aunque la gente distaba mucho de compartir sus sentimientos. La Inquisición, que fué el instrumento capital de intolerancia, lo era político aún más que religioso, y la favoreció grandemente el genio político de Fernando en su intento de unificar y robustecer el dominio.



ciendo, cambió de idea. «Toma esto, chico; con uno tengo bastante, le dijo, devolviéndole veintinueve duros.» «¿Quieres llevarte algo de lo que tenga en el carro? le preguntó el carretero, impresionado por tanta generosidad.» «Sí, le contestó el otro; quédate también con este duro, y dame un poco de arroz y judías.» El del carro le alarga un saco de estos comestibles, y agrega cinco duros. A pesar de su porfía, rehusó el labrador. «Cógelos, á ver si te dan la suerte», dijo el carretero. Y sólo así logró el carretero persuadir al que quería ser ladrón, á aceptarlos. Esta historia auténtica caracteriza la miscelánea de impulsos del temperamento español. No estamos por completo deshabituados á encontrar un venero de humanitarismo y cortesía sobre un cimiento de violencia y rudeza; pero en este temperamento, son la violencia y la rudeza las que se encuentran más próximas á la superficie, y se exteriorizan tan luego como se inician las relaciones humanas.

Esta inclinación del aldeano español, unida á su afición por las leyes abstractas, que pueden ser modificadas en casos concretos; su individualismo, su amor á la independendencia y su preferencia *clanesca* por los pequeños grupos sociales, pueden contribuir á explicar por qué los españoles, tanto obreros del campo como de la ciudad, se dejan atraer por los ideales anarquistas. No hay país en el que el socialismo colectivista de la escuela marxiana haya hecho tan escasos progresos como en España, y el anarquismo tantos. Esto es lo que ha sucedido durante no menos de cuarenta años (1). En 1868, Fanelli, miembro italiano de la Alianza Bakmeista (sección anarquista de la Internacional), se pasó á España, y dos años más tarde, á la sazón en que tenía lugar un Congreso anarquista en Barcelona, el movimiento, que aún no hacía sino empezar, asumió ya un carácter determinado y resuelto. Desde tal fecha, el anarquismo ha progresado rápidamente en España. Florece en

---

(1) En *Contemporary Reviews*, Mayo, 1902, han sido publicados unos breves apuntes de la historia del anarquismo español por Stoddard Dewey.

E. M.—Julio 1908.



Cataluña, donde activamente fomenta repetidos golpes en Barcelona; tiene su principal fortaleza en Andalucía, donde se acentúan más los contrastes de riqueza y miseria; de igual modo, toda la costa mediterránea, singularmente Valencia, que es importante región industrial, se halla afectada por su influencia. Las partes más septentrionales del país ofrecen también desarrollos parecidos, pero en grado menor, y la costa atlántica no es más desfavorable al anarquismo como la mediterránea; en Bilbao, el segundo gran centro industrial de España, el partido obrero, ha sido frecuentemente hostil al anarquismo; pero en mayor número de poblaciones españolas, los ideales del obrero son en considerable proporción los ideales del anarquismo (1).

Hay otra característica del español, que lo es también de la manera del salvaje en las relaciones de la vida: el gusto por las fórmulas, ritos y ceremonias. Sin duda que en todo estadio de la cultura humana puede y debe existir este elemento de ceremonias y ritos; pero en el salvajismo, así como en las civilizaciones antiguas, cual la de China, forma la representación exterior de toda filosofía y religión y organización social. Lejos de ser libre, el salvaje vive atado á una serie de ceremonias que, siendo meramente convencionales, pueden hacerse trágicas en la realidad. Para el español, también el ceremonialismo es una cosa seria y real, que llena el total de la vida, no menos

---

(1) Los ideales del anarquismo están, sin duda, limitados á la clase labradora y rural de España. Valera tiene en su *Doña Luz* un pasaje que, aunque se lo cuelga á «mi famoso amigo D. Juan Fresco» (personaje que sale algunas veces en segundo plano de muchas de sus novelas), podemos aceptarle como intérprete de sus propias ideas. Yo, en cambio, lo confieso, tengo un ideal que, al paso que vamos, no se realizará, si se realiza, hasta dentro de diez ó doce siglos; pero, amigo, es menester ir encaminándose hacia el, aunque sea á paso de tortuga. Mi ideal es el menos gobierno posible; casi la negación del Gobierno; una anarquía mansa y compatible con el orden; un orden nacido armónicamente del seno de la sociedad, y no de los mandones. He aquí un credo genuinamente español.



seria y formal en el circo taurino que en el templo. En los antiguos días, este concepto de la ceremonia, como suprema expresión de los más altos privilegios religiosos, alcanzó su apogeo en los concurridísimos espectáculos del auto de fe, alborozada fiesta en glorioso servicio del Señor, á que daba remate la Inquisición con la escena final de condenar ó reconciliar al hereje antes de ser «relajado», esto es, abandonado al brazo secular para ser quemado en el *quemadero* en las afueras de la ciudad, siendo la ejecución de los herejes asunto propio absolutamente de la ley civil y no prescrito por la Iglesia. A principios del siglo XVIII es cuando el auto de fe empezó á caer en descrédito (1).

El baile español es también, en sus formas antiguas y nobles, un ritual solemne. «¡Qué majestad, qué decoro, qué distinción!», exclama Valera, en sus últimos años, recordando los bailes de Ruiz y de su hermana Conchita, «y cuánta gracia cuando ambos bailaban juntos el bolero! No hay danza más aristocrática. Parecían príncipes ó grandes personajes.»

Para el hombre de estirpe anglosajona, las funciones de etiqueta son, por la mayor parte, convencionalismos falsos é incompatibles con su naturaleza; y los desempeña con la mayor destreza que puede, con solemnidad desmañada y aparatosa. Para el español es tan real, que en sus manos la etiqueta se hace graciosa, sencilla, natural, casi familiar; «toda mi vida me he conducido airosamente», decía el marqués de Siete Iglesias en el cadalso, resumiendo en esta frase la apología de un caballero español. Esta tendencia ritualesca supone, á la verdad, una fe en las cosas exteriores que llega á confundirse con el fetichismo; creo que fué un español, Raimundo de Peñafort, el primero que mencionó, como medio de perdonar el pecado venial, la aspersion con agua bendita, y en una comedia de Calderón, la *Devoción de la Cruz*, un individuo que comete críme-

---

(1) Lea: *History of Inquisition in Spain*, vol. III, l. VII, c. V.



nes de todas clases, guarda siempre acatamiento á la cruz, símbolo de la redención, y merced á esto, al fin de su vida se salva; no ha profanado su *tabu*.

### III

Cuando examinamos de esta suerte los varios aspectos del temperamento español, revelados en su vida cotidiana, en la historia, religión, literatura y política, concluimos por verlos fundiéndose en una pintura armónica representada algunas veces. Manifestaciones todas de una raza aborígen primitiva, que, bajo el influjo de estímulos particulares y un áspero medio ambiente, ha conseguido en todas sus fases de desenvolvimiento un grado insólito de frescura juvenil, de naturalidad salvaje elemental, de donde ésta brota. El ilustre autor del *Idearium Español*, debemos añadir, comprende este punto de bien diferente manera, cuando advierte que hay una razón profunda para que España haya siempre defendido y proclamado el dogma de la Inmaculada Concepción: obligada á padecer todos los dolores de la maternidad, ha llegado á su edad madura con espíritu original siempre nuevo dentro de sí.

Por esta historia y las meditaciones que sugiere, vemos cuán inevitables y cuán arraigadas están en el español sus cualidades, lo mismo que sus defectos, especialmente la combinación de brillantes iniciativas con la falta de capacidad sostenida para seguir adelante, cosa que Menéndez y Pelayo considera como signo del genio español. Vemos cómo el pundonor ha sido elemento que ha representado importante papel en las ideas españolas, aun en los más brillantes y fructíferos períodos de la historia de España; vemos cómo el Cid, tal como el vulgo lo concibiera, con su parte absolutamente demócrata, su justicia dura y pronta, casi como la del excelso Robin Hood, llega á ser el primer héroe de España (1). Evidenciamos también que

---

(1) Para estudiar el carácter del Cid, véase *The Cid Campeador*, de H. Butler Clarke en *Hevaes de Nations Ledies*.



la primera virtud del español ha sido siempre la virtud primitiva del valor. «Nuestra cualidad dominante», dice con verdad Pascual Santoendt de su pueblo, «es el valor», aunque concede que este valor tiene mucho del salvajismo y fiereza propios de la infancia de la civilización. Todo cuanto se ha obrado por inspiraciones del puro valor, aun del que conduzca á las cumbres del heroísmo, han obrado los españoles. Es interesante observar que Brantôme—francés que en opinión de Morel-Fatio ha conocido mejor que nadie á los españoles—se maravillaba en gran manera ante las cualidades guerreras del español. Viólos marchando por Francia á Flandes en los días en que gozaba España aún del mayor poderío. «Los hubierais tenido por príncipes—dice,—tan ordenados iban, tan arrogantemente marchaban, con tanta gracia» (1). Eran indiferentes á cualquiera otra virtud que no fuese el valor. «Mandan los libros al diablo—añade,—excepto algunos que cuando se aplican al estudio son raros y excelentes en él, muy admirables, profundos y sutiles, como yo he conocido muchos.»

Pero aun cuando haya dirigido sus energías por otros cauces, es interesante observar cuán á menudo el español ha conservado el mismo espíritu de valor caballeresco, casi con las mismas formas de la guerra. Así acontece en la misma esfera de la religión. Raimundo Lulio es denominado, por M. Pelayo, «El Caballero andante de la filosofía». Santa Teresa empezó su carrera escribiendo una novela de Caballerías. Los frailes mi-

---

(1) Debe estimarse como caricatura la antigua idea que del soldado español se tenía, figurándosele como fanfarrón, idea que campeó y campea todavía en muchos libros de aventuras de Francia y de Inglaterra. Se cree que el Pistol de Shakespeare ha dado margen á esta caricatura. Tal idea es un disparate, pues la soberbia innegable del español, que no debe confundirse con la vanidad, es compatible con la discreción, cualidad en que Cervantes ha insistido mucho. «La postura extravagante y jactanciosa», advierte M. Hume en su interesante estudio sobre las influencias españolas en la literatura inglesa, «que los franceses asignan al tipo español, nunca fué conforme á la realidad, excepto quizá en el aventurero español del siglo XVI».



litantes de la orden de Santo Domingo fueron organizados por un español, mientras que los sedentarios y estudiosos benedictinos, con escasísimas excepciones de nota, pronto dejaron de florecer en España. Al genio militar de otro español, Loyola, como Macaulay decía, debió la Iglesia la reorganización de las fuerzas de la contra-reforma, y el verdadero baluarte que el catolicismo pudo oponer á los progresos ulteriores del movimiento que inició Lutero. Loyola había sido guerrero, y organizó su orden á la manera militar; todo se basó en la obediencia implícita y en la disciplina militar; los estatutos y nomenclaturas son igualmente militares (1) la orden constituyó una *compañía*; tuvieron también su bandera—un corazón ensangrentado coronado de espinas,—y se dirigían por un general. El soldado de Cristo, en otras partes metafórico, es en España, en la Compañía de Jesús, una realidad.

La literatura, por su parte, vocación que parece tan ajena de la profesión del soldado, ha sido en España casi monopolizada por soldados (2). Cervantes, la suprema figura literaria de España; Camoens, la suprema figura literaria de Portugal, consumieron una gran parte de su vida en combates y aventuras. Sir Philip Sidney, única figura de este género en Inglaterra, corresponde al tipo general de los anales literarios de España. Los poetas de España, así como los dramáticos y novelistas, fueron de ordinario guerreros que escribían en los intervalos de su vida más activa en Cortes, campamentos y negocios. El castellano Alvaro de Luna—el mejor caballero, jinete, baila-

(1) Aquí se presenta ocasión de evidenciar una vez más la persistencia de las tendencias primitivas de los españoles; pues la antigua Iglesia está vivamente impresionada por metáforas militares; el *sacramento* era la solemne promesa de homenaje á su gran capitán hecha por el soldado fiel y servidor de Cristo, y el símbolo de los primitivos cristianos que así se llamó al Credo, el santo y seña del vocabulario militar.

(2) Esto ha sido claramente expuesto por Fitz Maurice Kelly, en su admirable y amenísima *Historia de la Literatura Española*, obra en que el entusiasmo narrativo, lleno de donaire y simpatía, está unido á una exacta erudición. Ha sido traducida al español.



rín, trovador y diplomático de España en su tiempo,—representa el antiguo ideal español. En nuestros días, el novelista Alarcón ha sido aventurero, periodista, voluntario soldado y hombre de mundo. Hasta en los últimos personajes literarios, el escritor que no es más que escritor, es desconocido en España. Hoy mismo, los más insignes escritores, Valera, por ejemplo, fué diplomático y hombre cosmopolita, y Blasco Ibáñez, el novelista más notable de la nueva generación, es político, revolucionario, de vida llena de peligrosas aventuras.

Las cualidades especiales del genio español, hay que reconocerlo, encuentran sus más espléndidas oportunidades en una fase de la historia del mundo que, por lo menos en su aspecto físico, ha desaparecido para siempre. España ha llegado á una edad que se contenta con pedir y recompensar tareas industriales y comerciales de las que se requieren iniciativas menos brillantes. Grande como es, sin embargo, la riqueza natural del país, no experimentamos el mayor deseo de ver á España empleando sus bellas energías en tarea no más alta que la de competir, en escala inferior, con Inglaterra y Alemania, aceptando los mezquinos contratos que los grandes poderes industriales, sobre todo en el campo, se desdeñarían aceptar. España se halla al fin abordando la tarea de ordenar su posición económica y su situación política interior. Pero más allá, y por encima de esta tarea, hay problemas en el porvenir del progreso humano que con todo derecho esperamos reservarán á España un papel tan independiente, valioso y principal como el que antaño representó en los problemas del mundo físico. Conservando y aplicando de nuevo sus ideales primitivos y esenciales, otorgará España, no podemos dudarlo, sus más bellos presentes espirituales al mundo.

HAVELOCK ELLIS



# EL SUPPLICIO DEL SILENCIO

NOVELA POR

FEDERICO SPIELHAGEN

Traducción del alemán de

EDUARDO OVEJERO

---

## CAPITULO VII

Al siguiente día, á la hora en que Ulrico bajaba á la playa, era plena bajamar. Debía saberlo, pero no había pensado en ello, y quiso, á pesar de que muchos se bañaban, marcharse para volver más tarde cuando la marea subiese. Siempre quedaba tiempo para hacerse la *toilette* antes de comer en casa de Otterndorf.

Un cómico espectáculo llamó su atención. No lejos del lugar del baño, unos cien pasos más allá de la playa, en la tersa superficie del agua, había ya dispuesta para navegar una de esas chalupas que en el buen tiempo alquilan los aficionados para pasear en la costa. Unos cuantos estaban ya abordo y hacían alegremente señas á otros que estaban aún en la orilla, indecisos si hacerse conducir á la embarcación. El cuadro era extraño: los vigorosos marineros, con sus botas de agua hasta la pantorrilla, conducían á los pasajeros sobre sus espaldas, mientras los transportados, con las piernas extendidas, temían un remojón. El cual solía ser frecuente, con terror de los pasajeros y para regocijo de los mirones de la orilla, hasta que los marineros depositaban su carga en la chalupa.





El delicioso aspecto que ofrecía el mar le entró en ganas á Ulrico de ser de la partida, la cual, según le habían informado, invertiría dos horas en volver al punto de salida. Hízose transportar á la chalupa como los demás.

La compañía que allí le esperaba parecía compuesta de gente, conocidos unos de otros, en cuya bulliciosa conversación no quiso mezclarse.

El viejo del timón, al lado del cual se había sentado, parecía el silencio en persona; con lo que podía abandonarse á sus pensamientos, tanto más, cuanto que la excursión no ofrecía nada que llamase la atención. No era esto lo que él esperaba, y alegrábase cada vez que alguna maniobra anunciaba un nuevo rumbo. No hubo, sin embargo, mucho que maniobrar. Despacio, á media vela que el viento empujaba á veces con un poco de más fuerza, deslizábase la embarcación por las casi inmóviles aguas, siempre paralela á la costa, y luego volvía para recorrer el mismo camino en dirección contraria. Toda la diferencia consistía en que esta segunda vez navegaba un poco más lejos de la costa, para después de haber pasado por junto al baño de caballeros, guardar el reglamentario alejamiento del de señoras. La distancia era tan grande, que la mirada más fina no podía distinguir las figuras que se agitaban entre las casetas ni las que se encontraban en el agua. No obstante, no se hicieron esperar mucho las consabidas bromas entre la gente joven, y Ulrico hubiera arrancado de las manos á uno de ellos los gemelos que llevaba consigo, y con los cuales, ávidamente y envidiado de los demás, acechaba la orilla. Era la hora en que acostumbraba bañarse Leonora. Si bien se decía que era indiferente que ella se encontrase ó no entre aquellas figuras, la posibilidad de que pudiera darse el caso le hacía sufrir lo indecible.

Aun fué peor cuando al volver á pasar la chalupa por el mismo sitio, siempre guardando la distancia prescrita, pero visiblemente más cerca que la primera vez, porque el viento soplaba del Sur, y era preciso acercarse á la orilla, para



no perder tiempo después sesgando el viento. Esta circunstancia aumentó, como era de esperar, el buen humor de los pasajeros, que duplicaron sus groseras bromas, que no se hicieron más finas al notar que en la orilla, crecido número de personas iban y venían, con perceptible clamoreo de gritos, voces y señas de pañuelos que se agitaban en dirección á la chalupa. Naturalmente, se tomó todo ello como efecto del espanto de las damas á la aproximación de la embarcación y su temor de que pudiera acercarse más. Entonces la insolencia no tuvo límites.—¡Ya vamos!—¡No os apuréis!—¡No vamos á comeros!—gritaban haciendo de bocina con la mano. Una voz de bajo profundo, correspondiente á un corpulento mocetón, cantó:

Y una chiquilla  
de quince abriles  
cruzó las olas.

A lo que siguieron grotescas carcajadas del coro.

De repente cesaron los gritos, canciones y risas. Ulrico había dado un salto, exclamando con angustioso acento: «Por el cielo, se están ahogando unas señoras.»

Con su mirada perspicaz había visto unas cuantas cabezas aparecer y desaparecer en la quieta superficie del agua, y luego un brazo que asomaba y se sumergía de nuevo. Tales maniobras no eran propias de mujeres. Y en aquel momento, los gritos de los de la orilla sonaron tan apremiantes, que aun los que no habían hecho la observación de Ulrico, sintieron que se trataba de un peligro inminente de muerte.—¡Téngase á la orilla!—gritaron de todos lados al viejo del timón. Este hizo como si no oyera ni entendiera ni viese nada, á pesar de que debía saber sin duda alguna cuán seria iba la cosa. Por fin gruñó entre dientes, que no tenía gana de pagar la multa. Sin perder un minuto, arrancó Ulrico el timón de manos del viejo y volvió la chalupa en dirección á la orilla, gritando á los dos marineros bajasen la vela, que no servía entonces más que de estorbo, y que remasen de firme. Los dos mozos



ejecutaron con presteza lo que se les mandaba ya de buen grado, ya por temor á los pasajeros, cuyo estado de ánimo había cambiado de pronto, y querían cooperar unánimemente al salvamento, viendo en el desconocido que empuñaba el timón su director. La vela fué bajada; á las cuatro manos de los marineros se unieron una docena más; de modo que el barco, más veloz que con la vela, se dirigía ahora bajo aquel vigoroso impulso hacia la playa.

Pero como era de esperar, sucedió lo que Ulrico temía. Cuando llegaron al lugar en que habían visto agitarse cabezas y brazos, era tarde. Unas cuantas valerosas bañeras y un par de hombres arrojados, que á los gritos de las mujeres se habían lanzado al agua, pudieron arrancar á las infortunadas nadadoras, en número de tres, del líquido elemento, pero no de las garras de la muerte. Respecto de una de ellas, había un resto de esperanza; á las otras dos se las había colocado bajo el cobertizo del establecimiento, en donde se hacían desesperados esfuerzos para salvarlas; pero las bañeras declaraban que no había esperanza. Habíase reunido entretanto gran muchedumbre de señoras y caballeros, presa de imponente excitación. ¡Qué era lo que podía haber sucedido! ¡Estando el viento completamente en calma! ¡En un mar como una balsa de aceite, en que los bañistas podían entrar mar adentro más de cien pasos, sin que el agua les llegase á las rodillas! Las bañeras opinaban que debía haber ocurrido debajo del agua un hundimiento repentino, una cavidad de las que frecuentemente producen las mareas, y que aquel día, con la inusitadamente profunda bajamar, se hubiese abierto camino hasta la parte arenosa, desde mucha distancia. Era, en efecto, una explicación, pero la culpa de la incalificable negligencia de no haber registrado la playa á su debido tiempo, no pesaba por eso menos sobre la administración del establecimiento. En el grupo de los caballeros empezaban á elevarse voces amenazadoras: el director debía presentar su dimisión inmediatamente. Merecía el más riguroso castigo. ¡Había que linchar-



le! Era indudable que si el hombre hubiera aparecido en aquel momento, la indignación general hubiera estatuido en él un castigo ejemplar.

Felizmente, se pudo desde el principio echar mano de un médico que entre el público se encontraba, al cual se unieron luego otros dos de baños. Desaparecieron en el fatal cobertizo; uno de ellos volvió al punto. Todos se apiñaron á su alrededor pidiendo noticias. Eran bastante malas. Dos de las damas habían muerto; los compañeros esforzábanse por prestar auxilio á la tercera, que ofrecía pocas esperanzas. No podía perder un minuto; iba á su casa por unos cuantos instrumentos precisos.

Entre el público, que engrosaba visiblemente, y cuyo aspecto era á cada instante más amenazador, se decía que las dos muertas eran dos hermanas, hijas de un Pastor extranjero, que estaban allí desde algunas semanas atrás con su tía, á la cual se había enviado aviso, y debía llegar de un momento á otro. La tercera dama no la conocían las bañeras; llevaba allí una semana, poco más ó menos, y acostumbraba bañarse á aquella hora, sola. Daba consejos á todas, y realmente nadaba á la perfección. Lo cual ponía de manifiesto que en tal caso de nada sirve toda la ciencia natatoria del mundo. Otra opinaba que era una inglesa, testaruda como todas ellas.

La excitación de Ulrico crecía por segundos. Desde el primer momento le acometió la espantosa idea de que pudiese ser ella una de las dos desgraciadas! Pudo dominarla mientras estaba ocupado; pero ahora allí, ocioso, dió libre curso á sus terribles presentimientos. Todo lo que oía respecto de la tercera dama, parecía indicar á Eleonora, pues en una ocasión le dijo que era gran nadadora. Era imposible entrar bajo el cobertizo; tendría que esperar largo tiempo antes de poder proporcionarse una certidumbre, si lo conseguía. Mas para ir á su casa le bastaban diez minutos. Si estaba aún allí ó si había vuelto, todo iba bien. Si no estaba...



No pudo acabar de formular este horrible pensamiento; no quiso acabarlo, porque necesitaba todas sus fuerzas y aliento, que amenazaban abandonarle, para recorrer la playa y la calle hasta su casa. Las pocas personas que encontró á su paso contemplaban su carrera con extrañeza. Aun no conocían la catástrofe de la playa, como tampoco los grupos de bañistas, que sentados, bajo las tiendas de sus jardines, reían y charlaban. El corazón de Ulrico latía como si fuera á saltársele del pecho. Como delirante, repetía para sí siempre las mismas palabras: «¡Si estuviese en su casa! ¡Si estuviese en su casa!» Y no pasaba de allí.

Y ahora daba vuelta á la iglesia en la pequeña plazoleta en que vivía, y por fin se arrojaba á la verja del jardincillo. En el mismo momento apareció ella en el dintel de la puerta, con sombrero y abrigo, en actitud de salir á la calle. Un grito de júbilo, casi un gemido, se escapó de su pecho, al cual llevó su mano, mientras con la otra se agarraba á los yerros de la verja; pues sintió que en un instante todo daba vueltas á su alrededor, para después desaparecer de pronto en la oscuridad.

Cuando después de unos segundos recobró la vista y el sentido, estaba ella ante él, teniendo su mano en las suyas y mirándole fijamente con ojos espantados.

—¡Santo cielo! ¿qué tiene usted, qué ocurre?

Quiso contestar y no pudo. Pero tampoco fué capaz de reprimir un sollozo, ni contener dos lágrimas que rodaron por sus mejillas.

—¿Qué tiene usted?—repitió angustiada mientras toda su sangre se le agolpaba al rostro.

Esto le hizo dominarse por completo. Sobreponerse.

—¡Nada, nada!—dijo conteniendo fuertemente la jadeante respiración;—era... he pasado... un susto ridículo... en la playa... ha sucedido una desgracia; yo... yo temía... usted... que usted...

—¡Ah!

Su semblante mortalmente pálido se cubrió de pronto de un



magnífico tinte rojo que subió hasta sus sienes; sus ojos fijos brillaban extrañamente. Ulrico no creía haber visto en su vida nada tan hermoso como aquel coloreado rostro con sus ojos brillantes, sobre los cuales se bajaban sus párpados de largas pestañas, mientras el rubor de sus dulces facciones iba desapareciendo, pero sin dejar lugar á la antigua palidez. También su voz había recobrado su tono normal, cuando poniendo dulcemente su mano sobre las de él, dijo:

—¡Venga usted, siéntese! ¡Aquí! ¡Y cuando esté usted en estado de hacerlo, cuénteme lo que ha sucedido!

Avanzaron por el jardín hasta la pequeña tienda, junto al macizo de reseda del rincón, en que había una mesita y unas sillas pintadas de verde. Entretanto, Ulrico había recobrado la calma para relatar la espantosa nueva, que ya debía haber llegado á oídos de ella, y de la cual había sido testigo. Y entonces hizo una rara observación: que á pesar de haber presenciado él mismo el suceso, á cada palabra que pronunciaba le iba pareciendo, algo que no le tocase de cerca, como el relato de un siniestro en una mina ó un ferrocarril que publicaran los periódicos. Notó con sorpresa que hablaba mecánicamente, y no tenía otro deseo ni pensamiento que un deseo insensato que coger su delgada y blanca mano, que apoyaba negligentemente en la mesa y llevarla á sus labios.

Mientras él hablaba, había estado ella sentada, inmóvil, casi siempre con las pestañas bajas, que ahora, cuando él terminó su relato, levantó lentamente. Sus grandes ojos estaban llenos de lágrimas.

—Le causa á usted tristeza—dijo él.

—Sí—contestó ella;—es muy triste, infinitamente triste. No es posible figurarse lo triste que es.

Con un rápido movimiento púsose en pie y dió algunos pasos en el jardín; volvióse después y quedóse de pie ante él, secándose los ojos con el pañuelo.

Él avanzó hacia ella, que volvió su pálido semblante; sus ojos estaba enrojecidos, sus labios temblorosos.



—¡Mi pobre amigo! —dijo ella en voz baja, tendiéndole la mano.

Su mano estaba helada.

—¡Dios mío! —balbució él; —si yo hubiera sabido que de este modo...

Una sonrisa dolorosa se dibujó sobre los labios de Eleonora.

—Alguna vez había de saberlo —dijo ella estrechando su mano. —¿Y qué importa por lo que á mí se refiere? ¡Pero usted, con su ardiente y tierno corazón! Es muy sombrío. Parece que se cierne un velo sobre nuestras relaciones. Habían empezado tan amistosas. ¡Ojalá hubiera usted marchado ayer!

—Pero qué raras son sus palabras —repuso Ulrico desconcertado. —Si yo me hubiera marchado y hubiese leído el suceso en los periódicos; las primeras noticias, sin indicación de nombres, y hubiese pensado lo que pensaba, lo que temía cuando corrí hacia aquí, Dios mío, me hubiera vuelto loco. Usted misma lo sabe.

Ella inclinó tristemente la cabeza.

—No, amigo mío —dijo; —eso no está bien. No se debe ser tan generoso en la simpatía; no se debe uno preocupar de la suerte de personas que pocos días antes nos eran extrañas y dentro de pocos días volverán á serlo otra vez.

—¿Usted extraña para mí?

—No es esa la palabra propia. Quise decir, cuyo destino debe desarrollarse y cumplirse tan separado del nuestro. Qué quiere usted, cosas de la vida.

Una apasionada frase agitó los labios de Ulrico, pero no la llegó á pronunciar. La señora Nilsen había aparecido en el jardín, de vuelta del pueblo, con apresuramiento desusado en su corpulenta humanidad. Había oído contar en el camino la desgracia, y volvía para decir á su señorita que, por el cielo santo, no fuera aquel día al baño.

—No iré hoy al baño, y quién sabe si volveré á ir ya más —contestó Eleonora. Y luego, volviéndose á Ulrico: y ahora, mi querido amigo, vuelva usted á casa y descanse, que buena



falta le hace. Hoy, al medio día, cuando nos veamos en casa de Otterndorf, recobrará nuestra cabeza y nuestro corazón su antigua calma. ¿Verdad?

Ulrico estrechó la mano que le tendía, y abandonó el jardín, en tanto que Eleonora y la señora Nilsen entraban en la casa.

### CAPÍTULO VIII

Cuando llegó á su cuarto, arrojóse Ulrico como aniquilado en el duro y pequeño sofá, sin encontrar la calma que Eleonora le deseara. Pocos minutos después púsose otra vez en pie de un salto, y vagó con paso incierto por la habitación; sentóse después en la mesa que había delante del sofá, de codos en ella, oprimiéndose las sienes, que le martilleaban, meditando, meditando y meditando.

En el torbellino de sus pensamientos sólo había uno fijo, que así había sido siempre, y que no podía ser de otro modo: que amaba á Eleonora, que la había amado desde el primer momento sin darse cuenta. Y tampoco podía darse cuenta, porque lo que sentía era algo que nunca había sentido ni conocido, soñado á lo sumo, cuando por la tarde en otoño cabalgaba por los campos silenciosos, y arriba sobre él se cernía alguna bandada de cisnes silvestres que tendían el orgulloso vuelo hacia el Sur.

¡Nunca, nunca lo había sentido! ¡Nunca lo había conocido! Y, no obstante, aquello era su propio yo, era él mismo, el alma de su alma. Y nunca supo quién era en los largos ensueños de su vida solitaria. Y de pronto aparecía ella en su vida, que de ensueño habíase trocado en realidad, iluminándole con sus grandes ojos, sonriéndole con sus dulces labios. ¡Gran Dios, qué ciego había estado al no ver todo esto, hasta que la loca angustia de haberla perdido debía venir hoy á revelarle lo que no obstante era tan fácil de ver, como á un niño que ante nuestros ojos se esconde detrás de un árbol!



Ahora todo lo veía claro, luminoso; pero un paso más, y volvían á surgir las tinieblas, el caos. ¿Era él amado del mismo modo que amaba? ¡Imposible! ¿Quién era él para merecer tal amor? ¡Aparecer á los ojos de ella como el sér perfecto, como el objeto adorado, lo mismo que ella á los suyos! Pero siquiera, ¿le amaba ella tal como era? ¿Y podía él gozar de este amor?

Como en rápido vuelo pasaban ante él los instantes que habían estado juntos, desde el primer momento hasta la última hora. No olvidaba ninguno de sus diversos encuentros y escenas, ni un parpadeo de sus ojos, ni una sonrisa de sus labios, ni una palabra, por insignificante que fuese, de su boca. Lo relacionaba todo, unía los eslabones de la cadena. Y á pesar de todo, la cadena no quería cerrarse; al contrario, cada vez se soltaba más, cuanto más apasionadamente la quería unir, deshaciéndose en hilos impalpables que se perdían en el aire. Su mirada bondadosa, dulce, llena de su alma, su conversación íntima y cordial, su sonrisa ensoñadora. ¡Dios santo! Esto no necesitaba ninguna explicación especial. Todo esto era ella misma, que se daba tal como era, sin desconfianza. Lo mismo se habría mostrado con cualquier otro á quien hubiera considerado digno de su trato. ¡Sería un fatuo el que dedujese de todo ello una consecuencia favorable para sí propio! ¿Y no había dicho desde el primer momento, cuando adivinó lo que podía suceder, lo que debía suceder, que serían sólo dos buenos camaradas? Y el elogiarle porque no hacía frases, ¿no fué prohibirle de una vez para siempre toda galantería ó adulación indirecta? Se había separado ella por su parte una línea siquiera de este programa? Y sin embargo, ¿quién por modesto que sea no se deja galantear ó adular de la persona á quien ama y de que está seguro de ser amado?

¡No, ella no le amaba!

¡Ni tampoco quería su amor!

La señora Juana fué despertada de una confortadora siesta al lado del hogar, por la campanilla del señor barón. Cuando

E. M.—*Julio 1908.*



entró en su cuarto, la entregó éste una carta para que la echase al correo. La señora Juana se permitió observar que la cosa no corría tanta prisa, pues aquel día no había correo ya. Pero el señor barón repitió que «¡en seguida!», con tal apremio y con expresión tan rara como nunca había visto en él; con los labios convulsos, que tan amablemente sonreían de costumbre; con ojos enrojecidos y extraviados, que otras veces miraban con tanta bondad y franqueza. No dijo nada de esto, sino que volvióse con la cabeza baja á la cocina, y llamó á Zantja, que fregoteaba una cacerola en el patio; y poco después corría Zantja con la carta por la enarenada calleja al correo.

Ulrico asomóse á la ventana para cerciorarse del cumplimiento de su orden. Cuando vió á la muchacha por la calle con la carta en la mano, respiró como si se hubiese aliviado de un gran peso; echó una mirada al rincón del sofá en que se hubiese arrojado, para llorar como un niño.

En vez de hacer esto, restregóse los ojos con la mano y empezó de nuevo á pasear por la habitación.

Ya era un hecho irrevocable. Pero todavía faltaba algo. ¿Cómo se lo diría á ella? Aquella mañana había recibido unas cartas. Cualquiera de ellas sería de Herta. Los niños estaban enfermos. O de Pasedag. La hacienda le tenía preocupado; no sabía qué hacer; el señor barón debía ya estar de vuelta. Pero ¡engañarla, engañarla de un modo tan manifiesto! ¡Mentir ante sus ojos! Eso podría hacerlo otro; él no. Preferible era una honrosa confesión. Decirla: estoy enamorado de usted, y cada momento que pasa lo estaré más si es posible. Crecerá mi pasión, que por decreto del destino es para mí un delito y para usted, desde hoy, que he sido lo bastante débil para dejarla á usted ver en el fondo de mi corazón una molestia desagradable. Pero esto no se dice; esto se escribe. Mañana. En el último momento antes de la partida. Hoy...

Hoy quiero gozar las míseras horas, las pocas horas divinas, como si no hubiese mañana. Que no pueda decir cuando



me recuerde: ¡qué cobarde! Que diga en cambio: es un hombre que sabe reír y bromear con la muerte en el alma. Y que, aun cuando yo no le ame, no es indigno de mi amor.

### CAPÍTULO IX

El restaurant Otterndorf estaba aquel día poco concurrido. No llegaban huéspedes nuevos, y de los habituales sólo había una mitad. A consecuencia de ello, el Sr. Otterndorf estaba esta vez muy malhumorado, y no trataba en modo alguno de disimularlo. Por esta causa, en el restaurant iba todo manga por hombro, y los comensales dejábanse envenenar con mal condimentados guisos y vinos falsificados, ocupándose sólo de hablar sobre el siniestro de la playa. Él no tapaba la boca á nadie. ¿Y qué podían decir? Donde se enciende fuego, saltan chispas, y donde se baña la gente, alguna desgracia tiene que ocurrir. ¿Quién pone puertas al mar? Y en Norderney sucedía lo que en cualquier otra parte, como en Ostende ó Scheveningen, donde todos los años se ahogaban por lo menos media docena de personas, mientras aquí sólo se trataba de dos, pues la tercera ya se encontraba fuera de peligro. En seguida pondrían los periódicos el grito en el cielo, y luego se maravillarían de que la colonia veraniega disminuyese de año en año. A él le era igual. Estaba dispuesto á cerrar su restaurant cualquier día. Para una docena de personas no valía la pena de meterse en la cocina.

Cuando se oye discurrir de este modo á un hombre—decía Eleonora cuando Otterndorf se dirigió á otra mesa—hay que pensar que no tiene corazón dentro del pecho. En cambio, hoy me contaba mi patrón accidentalmente que hace unos años salvó, con peligro de su propia vida, á toda la tripulación de un barco varado, y que es el primero, cuando se presenta la ocasión, en prestar socorro. Pero estos hombres son como los ingleses, que antes de parecer afeminados se dan aires de bárbaros.

Y con ello demuestran—contestó Ulrico—que son bárbaros



á medias. Los griegos de Homero no se avergonzaban de llorar sin temer que su virilidad padeciese.

Hoy no quiero regañar con usted—dijo Eleonora sonriendo.—La mañana de hoy ha sido tan horriblemente triste, que me he propuesto no disgustarme el resto del día. Diga usted con franqueza si acepta usted el programa. Por otra parte, no tengo valor para hacerle una súplica, cuyo cumplimiento exigiría toda su amabilidad.

—Que yo sepa, señorita, es la primera súplica que usted me dirige, y sería poco galante desairarla á usted.

—Está bien. Quisiera, ya que estos últimos días he estado muy perezosa, hacer por fin algo para mi álbum. Y al mismo tiempo algo grande: ¡la gran duna! Nuestros paseos no han llegado nunca hasta allí, y no me atrevo á ir sola. Usted ya ha estado allí repetidas veces, y conoce el terreno perfectamente para poderme servir de guía. ¿Quiere usted?

—¿Puede usted preguntarlo?

—Bueno. ¿Cuánto tiempo necesitaremos?

—Calculando que pinte usted dos horas, seis.

—Pongamos cinco. Ahora son las cuatro.

—Entonces podremos estar de vuelta á las nueve. Es buena hora; apenas se habrá puesto el sol. Pero debemos partir en seguida.

—Pero ante todo, vaya usted á buscar su abrigo.

—Nunca lo llevo; pero está bien, siempre que usted lleve su plaid...

—Con el cual tendrá usted que cargar, naturalmente.

—Por supuesto; y con el álbum.

—Ya los tengo aquí. Tal seguridad tenía yo en usted.

—Creo que ya ha tenido usted ocasión de dar muestras más meritorias de su perspicacia.

—¿No le parece á usted que tiene usted hoy una marcada tendencia á la sátira?

—Es posible. Esta mañana me he ejercitado un tanto en el sentimentalismo. Es la reacción natural.



—¿Entonces es usted también el semibárbaro que se avergüenza de sus sentimientos?

—Acaba uno por serlo cuando, como Ovidio entre los escitas, se vive mucho tiempo entre los bárbaros.

—¿Entre los cuales, naturalmente, me he de contar yo?

—Sí, si no me da usted en seguida, pero en seguida, el plaid y la caja de pinturas.

Tomó riendo de sus manos delante de la puerta del restaurant, donde la referida conversación tenía lugar, los objetos, y echaron á andar el corto trecho que del pueblo tenían que recorrer; después pasaron por la cantina á la playa, que se extendía indefinidamente ante ellos, y que para considerar aquel día como una isla desierta, no hacían falta muchos esfuerzos de imaginación. El sol estaba aún bastante alto; aun faltaban horas para el paseo; no vieron á nadie. Y, sin embargo, era tan hermoso caminar al sol de la tarde, cuyo fuego templaba una bienhechora brisa á la orilla de las olas; por aquella playa, sobre cuya elástica arena marchaban tan cómodamente como si se tuviese alas. A veces era preciso dar un salto hacia un lado para huir de la saltadora espuma de alguna ola más impetuosa ó para salvar un arroyuelo de cristalinas aguas que corría otra vez al mar desde las numerosas lagunas que la última marea había dejado. Una vez se encontraron presos en una especie de estrecha y prolongada península, entre cuya punta y el resto de la playa corría un arroyo que no era posible saltar. Eleonora lo había previsto.

—Merece usted que yo me deje ahora llevar en brazos.

—Estoy dispuesto á cualquier expiación, incluso á una tan pesada.

—En efecto; usted ya ha experimentado lo que peso. Mas justamente por esta causa tengo compasión de usted. Así, pues, *retournons sur nos pas!* ¡Y cuando otra vez le dé á usted un consejo una señorita inteligente, no se entregue usted á su presunción, que es mala consejera!

Estaba alegre, satisfecha, como Ulrico no la había visto



nunca ni creía verla. Y en su alegría mostraba igual distinción de alta dama que en su seriedad. Cuando veía sus brillantes ojos, cuando paseaba su mirada por su esbelto y flexible cuerpo, cuando sus oídos escuchaban su dulce y aterciopelada voz, que alguna vez desviaba el viento ó velaba el estrépito de las olas, su voz, á que sabía dar inflexiones de alegría y de chanza, pensaba que nunca la había amado hasta entonces. ¡Si ahora viniese un buque, y los condujese lejos, muy lejos, á una isla llena de sol, de pájaros y de amor infinito! Y después vió á Zantja salir corriendo de la casa con la carta en la mano, en que daba la noticia de su salida al día siguiente; y su mano se agitaba en el aire, como si quisiese detener el curso del tiempo, que le traía su sentencia de muerte escrita por él mismo. Después dijo ella un chiste, y él contestó con otro. No; ella no debía, no podía saber lo que le pasaba. Y no lo sabía positivamente, y de seguro creía haberse equivocado; cuando aquella mañana creyó leer en sus ojos la muda confesión de su amor. Eran los buenos camaradas que al principio se [habían jurado ser. Mañana pensaría ella otra cosa. Pero mañana ya estaría él lejos, y no tendría que leer en su rostro el disgusto del desagradable descubrimiento.

Iban tan de prisa, que se asombraron de haber alcanzado el extremo de la playa, donde, según las experiencias de Ulrico, había que dar un rodeo para llegar al extremo de la blanca duna. Rodeo corto, pero difícil, á pesar de que Ulrico procuraba sortear las dificultades del terreno, en contra de la opinión de Eleonora, que afirmaba riendo que para ella no había ningún obstáculo invencible; y de nuevo reía cuando, habiendo impuesto su voluntad, se encontraban ante una escarpada roca, por donde trepaban penosamente hasta la mitad, mano á mano, para descender luego á una hondonada.

—Es usted un verdadero niño—decía Ulrico.—¿Cómo quiere usted luego dar una pincelada razonable si se acalora usted y se fatiga de este modo?

—Pues no pintaré hoy. El mundo no se va á empobrecer



por ello. Además, estoy convencida de que su tan alabada duna blanca no merece la pena.

—¡Cinco minutos de paciencia! Si usted no se arrepiente luego de lo que ha dicho... yo...

—¿Qué?

—Confesaré que no entiendo absolutamente de bellezas naturales. ¿No es bastante castigo?

—Más que suficiente. ¿Y si me arrepiento?

—Entonces elegiré yo una hoja de su álbum.

—Poca recompensa es para una apuesta ganada.

—Pudiera yo proponerle á usted una segunda apuesta, que también había de ganar seguramente.

—¿Cuál?

—Que haga usted y diga lo que quiera, no conseguirá arrancarme una frase. ¿Cuánto va?

—Nada. Doy gracias á Dios por haber encontrado á un hombre que no hace frases.

—Pero, ¿la primera apuesta?...

—La sostengo. Y ahora, *javanti, avanti!* Estoy muerta de curiosidad.

Ofrecióse entonces trepar una gran peña. Pronto llegaron al lado opuesto, y Eleonora detúvose con un ligero ¡ah! de asombro.

Debajo de ellos se extendía la pendiente de un valle dilatado, en cuyo deslumbrante suelo de blanca arena no crecía una brizna de hierba ni el menor arbusto, y cuyas crestas, más ó menos altas, recortábanse agudamente sobre el cielo; á la izquierda, la pirámide de la duna blanca, compuesta de varias plataformas, y que terminaba en un cono truncado, parecía gigantesca allí, donde faltaba término de comparación. Sobre aquella extraña imagen del desierto no se descubría en el cielo, de un azul intenso, la más pequeña nubecilla.

—Ha ganado usted—dijo Eleonora, respirando profundamente, y tendió á Ulrico la mano.—Pero esto no puede pintarse. Yo al menos.



—Ensaye usted.

—Créame usted que no puede salir nada bueno.

—Difícil me es, pero há tiempo que me tiene usted acostumbrado á creerla en todo.

—Pues entonces déjeme usted escoger un buen punto de vista.

El cual se halló pronto, un tanto á la derecha del sitio en que habían escalado la última cima, algo debajo del borde de la colina, sobre un saliente que estaba en sombra y era bastante grande para ofrecerles lugar cómodo. Una ligera prominencia de arena le sirvió á Eleonora de asiento. Ulrico había extendido el plaid, por orden de Eleonora, de modo que aún le quedaba espacio para echarse él.

—Puede usted dormirse—dijo ella;—es muy aburrido mirar cuando otra persona pinta.

—Quizá le sirva á usted de accesorio.

—A modo de león que asoma medio cuerpo sobre la cresta de la duna con ojos de fuego y erizada melena. Muy propio. ¿Qué haría usted si apareciese realmente un león?

—Me lanzaría contra él y me dejaría despedazar, para darle á usted tiempo á que huyese.

—¿Y usted cree que yo echaría á correr?

—No sé qué otro partido más prudente podría usted tomar.

—No lo haría. ¡Abandolarle á usted en ese trance!... Por lo demás, bueno es que no haya aquí ningún león para cogernos la palabra.

Registró su caja de pinturas y sacó rápidamente los utensilios necesarios.

—Bien—dijo ella.—Ya puedo empezar. Va á salir un buñuelo, le repito. Esto sólo podría pintarlo un Böcklin. ¡Pero usted se empeña! No me estorba que hable usted, ¡al contrario! Si acaso yo no contestara, piense usted que vago por los cielos del arte.

—¿Puedo mirar?

—¡Eso de ningún modo! Colóquese usted cómodo sobre el



plaid; cuanto más cómodo, más tranquila estaré yo. También puede usted levantarse é ir de aquí á allá, pero nunca detrás de mí.

Empezó á pintar. Ulrico, obedeciendo su orden, se había echado dos pies más lejos de ella, algo más abajo, apoyando el codo en el borde del plaid. Al principio siguió la conversación con cierta vivacidad. Después, acaso por haber trazado antes el contorno y llegar ahora al color, contestó sólo con monosílabos y enmudeció por fin. El también se fué quedando silencioso, y, por último, mudo como ella. Ella no lo notó, positivamente. Sus mejillas se coloreaban ligeramente, sus labios se entreabrían; mientras tanto, levantaba y bajaba las negras cejas sobre los ojos, que tan pronto miraban el modelo natural con una expresión enérgica, casi colérica, como los bajaba al papel, sobre el cual su blanca mano trazaba las líneas, ora vacilante y lenta, ora con fugaz rapidez. De vez en cuando inclinábase á buscar en la caja un nuevo color ó un pincel limpio. Él notaba durante todas estas maniobras que no le miraba, á pesar de que no hubiera tenido, puesto que él se encontraba precisamente en frente de la caja, más que levantar una línea los párpados para verle.

Prefería que no lo hiciese, pues así podía mirarla constantemente, abismarse en su contemplación. Pensó aquella mañana que nunca la había visto tan hermosa, y ahora pensaba lo mismo. Y así pensaría á la mañana siguiente, y así pensaría siempre. Cada día se le revelaba una nueva perfección, cada día iba sumergiéndose en un amor que no conocía límites. ¡Y aquel debía ser la tarde al cual no había de seguir un mañana! Nunca, nunca debía volver á ver aquella graciosa figura, aquella hermosa, espiritual cabeza. ¡Toda su inefable magnificencia debía desaparecer para él como si se la tragase la tierra!

Y ¡como vagaban sus ojos por aquel ámbito solitario, que él miraba obstinadamente como la imagen de su porvenir, cuya última esperanza había desaparecido, como todo rastro de verdura, en aquel árido desierto, y cuando veía el cielo sin



piedad, con helada indiferencia, sobre él, extraña melancolía embargaba su corazón y hubiera gemido como una bestia herida de muerte! Y luego acometíale un rabioso deseo de estrecharla contra su pecho una vez, siquiera una vez; oprimir aquellos labios contra los suyos una vez tan solo y poder, una vez siquiera, una vez nada más, decirla cuán inmensamente la amaba.

Y no podía, estaba condenado á sufrir en silencio; por esto quería grabar en su alma su imagen, tan fuertemente que pudiese recordarla en su indecible gracia y belleza, detalle por detalle, de la mañana á la noche, y verla en la hora de su muerte, y si hay otra vida, llevarse su imagen consigo á la eternidad.

—No me esté usted mirando siempre—dijo Eleonora, sin levantar los ojos del papel.

—¿Cómo puede usted saber que la miro? Desde hace media hora no se ha dignado usted dirigir sus ojos hacia mí una vez siquiera.

—No por eso dejo de sentirlo.

—No me lo había usted prohibido. Perdone usted.

—No tengo nada que perdonar. Pero usted estará deseando, como es natural, que termine cuanto antes. Y cuando siento sus miradas de usted sobre mí, me impaciento y pienso: ¡qué gusto tienes en atormentarte sin necesidad, habiendo á tu lado una persona que charlaría gustoso contigo y con quien tú charlarías gustosa. Ea, basta; ya me cansé. Fuera estos chismes.

Cogió la no muy gruesa hoja de papel por los dos extremos, con la intención manifiesta de hacerlo pedazos. Ulrico avanzó de un salto hacia ella.

—¡Por favor, por favor, no haga usted eso! Regálemelo.

—Una cosa así no se regala.

—Sin embargo, cuando se pide de todo corazón y no se es orgullosa ni terca...



Ella se echó á reir, y dejó que él tomase la hoja de sus manos.

—No me jacto de inteligente en arte—dijo Ulrico,—pero creo que es usted injusta consigo misma. ¿Qué más puede pedir un paisajista que llegar á infundir en su cuadro el estado de alma que el modelo ha despertado en él?

¿Y no ocurre aquí esto? Yo aseguro á usted que á mí me ha parecido así exactamente, así como está en el papel; tan desoladamente melancólico, tan desprovisto de toda esperanza.

Eleonora echó los chismes en la caja y se puso á mirar por cima de la espalda de Ulrico.

—Usted lo mira con ojos de poeta. Da usted rienda suelta á su fantasía.

Volvió él la cabeza y la miró á los ojos.

—¿De poeta?—dijo con voz sorda.

¡Ojalá lo fuera! Entonces encontraría modo de expresar lo mucho... lo mucho que se agita en lo más profundo de mi alma.

Y estuvo á punto de decir lo que acudía á sus labios; pero ella desde las primeras palabras había desviado los ojos, y miraba al vacío.

—¿Pues qué otra cosa me sucede á mí? ¡Cuántas veces hubiera querido ser un artista verdadero que ante su obra se olvidase á sí mismo! ¡Es tan hermoso poder olvidarse á sí mismo! A veces tengo tales momentos, pero sólo momentos. Un instante después el ensueño se desvanece, y vuelvo á ser la pobre criatura muda que balbucea incomprensiblemente, precisamente cuando sería tan hermoso poder hablar.

Bajó la cabeza sonriendo dolorosamente, y señaló al dibujo:—¿Qué es esto más que tartamudeo? Este borrón quiere ser sombra. Este primer término no se destaca del medio. Este fondo se viene sobre el primer término. El mismo contorno de las dunas está desdibujado.

—Quizá tenga usted razón—contestó Ulrico;—pero con todo, cuando después de muchos años vuelva yo á ver es-



ta hoja, recordaré esta hora con su maravilloso encanto.

Murmuró estas últimas palabras sólo para sí. Guardó después la hoja en el álbum, que cerró, y volvióse hacia ella. Eleonora había vuelto á sentarse, y apoyaba su cabeza en la mano. Él estaba en pie delante de ella, devorándola con la mirada, luchando con el último resto de su voluntad, contra el vertiginoso deseo de caer á sus pies y besar el borde de su vestido. De repente dejó caer la mano en su regazo y alzó los ojos. Ulrico se estremeció. Vió que su rostro estaba pálido, los ojos como apagados y su boca contraída dolorosamente.

—¡Dios mío! ¿Qué tiene usted?—exclamó Ulrico.

—Nada, nada—murmuró sordamente.—Esto pasará pronto. ¿Vámonos?

Levantóse, y dijo mientras doblaba el plaid y tomaba el álbum:

—¡Desgraciado! ¡Le compadezco! Va usted á tener que llevar esto. Para la vuelta seremos razonables, ¿verdad? El camino es el mismo.

—Estoy pensando que podíamos tomar otro—contestó Ulrico.—Volver por el faro. Es posible que allí encontremos un vehículo. En todo caso, allí podrá usted descansar y tomar un refresco. ¿Le parece á usted bien?

—¿Que si me parece bien? Confieso á usted que estoy horriblemente fatigada.

HAVELOCK ELLIS



# CRÓNICA LITERARIA

---

AZORÍN Y *EL POLÍTICO*

PERTENECE A LA BIBLIOTECA  
DEL  
ATENEO BARCELONÉS

Don José Martínez Ruiz, ó *Azorín*, ha conquistado en pocos años una reputación literaria. Los lectores asiduos de estas Crónicas, consagradas por igual á las personalidades hechas y á las personalidades nacientes de la literatura, habrán visto reflejada en ellas alguna parte de la obra de *Azorín*. Además de ser éste un escritor conocido y famoso, es un ejemplo literario interesante, un asunto. Se empezó á dar á conocer en la prensa radical, acaso por ser la más accesible á los anónimos y á los principiantes; pero bien pronto la tendencia aristocrática de su espíritu, la moderación de sus opiniones y su afición á nuestra tradición clásica, le llevaron á campos muy distintos de aquél donde hizo sus primeras armas.

*Azorín* tiene una personalidad: se ha hecho una manera literaria, y ha tenido algunos imitadores, aunque no de gran cuenta. Recuerdo haber visto en la portada de un librito, debajo del nombre del autor, esta designación: *de la escuela Azorín*. Probablemente, sería una deducción exagerada sacar de ahí que *Azorín* ha formado escuela. Pongamos sencillamente que ha tenido un grupito de imitadores, y nos acercaremos á la realidad.

Todo esto acusa una originalidad. En literatura, la originalidad, siendo lo menos imitable, es lo que suscita imitaciones que comúnmente toman lo accesorio por esencial. La origina-



lidad de *Azorín* no es una originalidad íntima, de ideas, sino formal y de aderezo literario: una originalidad de estilo y de composición. Hay escritores que tienen una fuerte y bravia espontaneidad; que piden á los asuntos mucho menos de lo que su espíritu les presta y comunica; que tiñen de su color personal las cosas de que tratan. De éstos es Baroja, fecundo en ideas, descuidado y desdeñoso en estilo. *Azorín* pertenece al tipo contrario. Es un espíritu objetivo, atento á la observación, blando para las impresiones, que se tiñe del matiz sentimental de los objetos circundantes y del matiz espiritual y estético de sus lecturas del momento. Le hemos visto teñido de Anatole France, de Montaigne, de Gracián. Es un gran asimilador. Mas no deduzca de ahí una interpretación maligna que es un mero imitador ó un plagiario. Su espíritu no es un simple espejo, cuya condición es reflejar las imágenes que se le ponen delante, sino un laboratorio que necesita primeras materias. Una fina sensibilidad, una aguda visión observadora, un entendimiento de cepa latina, que tiende á la claridad, á la regularidad y al orden, le permiten tomar estas primeras materias, estas intuiciones sensibles ó estos conceptos tomados de los libros—ó más bien que conceptos particulares, tal cual tono general del discurso,—absorberlos, asimilárselos y darles las formas de su fantasía y su inteligencia. Es un modelador ó alfarero de sentimientos é ideas, más que manantial de ellos. La palabra artista, que indica procedimiento y maestría de ejecución, le conviene más que la palabra poeta, donde se sobreentiende creación.

De estas dotes delicadas y sagaces de observación y de análisis ha brotado en la obra de *Azorín* un nimio y á veces primoroso detallismo. De esa disposición objetiva, de esa facultad de entregarse á las cosas, es ejemplo hasta el pseudónimo que se ha sobrepuesto á su nombre. Un personaje de sus novelas se ha apoderado de él, se ha sustituido á su personalidad. Martínez Ruiz es *Azorín*, y en cierto sentido espiritual, *Azorín* tiene más realidad que Martínez Ruiz, como *Don Qui-*



*jote* es más real, según Unamuno, que Miguel de Cervantes Saavedra.

Este minucioso detallismo ha dado á la labor de *Azorín* una viva impresión de objetivismo; la ha vestido de ilusión intuitiva; la ha dado el aspecto de un menudo realismo descriptivo. La literatura fabrica su remedo de realidad á fuerza de detalles bien entendidos y acertadamente dispuestos. El secreto del éxito de *Azorín* tal vez está ahí. Lo más accesible á las almas, lo que más atrae á los hombres es la visión, el espectáculo de lo sensible. A medida que las cosas se apartan de esta forma primera, van palideciendo y disolviéndose hasta quedar reducidas á abstracciones que á pocos interesan. Cuando se dice de un cuadro ó de una descripción: ¡parece que se está viendo!, se hace el supremo elogio, sale á los labios la voz del asentimiento primitivo, de aquella comunicación natural con el mundo exterior, sobre la cual han levantado el arte y el saber sus construcciones de segunda mano. Esa visión aguda y sutil de las cosas de la materia y del espíritu predispone á ser el cronista y el poeta de lo pequeño. Esc es lo que nos ha revelado *Azorín*. El alma frágil y leve de las cosas pequeñas; las vidas oscuras y monótonas; la calma de las viejas ciudades provincianas; el ignorado y soñoliento drama de las existencias vacías; los dolores que apenas salen al exterior; la nube de melancolía, que se cierne sobre las vidas que no han experimentado las sacudidas de la pasión y las angustias de la lucha, como manto de niebla sobre quieta laguna, han tenido en él un excelente intérprete. Esa tendencia á estudiar y reproducir la pequeñez se ha reflejado hasta en los epítetos, remoquetes y designaciones del autor. *Azorín* es el pequeño filósofo, el filósofo de ¡Viva la bagatela! No se crea que este mundo de lo pequeño es baladí y despreciable. De él se forma la trama de la vida. El mundo se compone de una asociación de microcosmos. Lo pequeño es el cimiento, el *substratum* y la materia prima de las grandes cosas y sucesos que cruzan como meteoros por la escena del mundo, y son con-



densaciones de esa multitud de causas y de hechos menudos de que se forman la existencia de los hombres y la historia interna de los pueblos. Para el artista, el mundo de lo pequeño es una zona extensa y poco visitada, donde un espíritu penetrante puede hallar muchas cosas exquisitas, muchas escondidas violetas, muchas tenues relaciones de causalidad y muchos matices de almas.

\* \* \*

Estas mismas cualidades de detallismo, de perspicacia observadora ha llevado á *Azorín* al campo de la literatura política. *Azorín*, como él mismo ha declarado, es en la política un observador, que observaba antes desde la tribuna del Congreso y observa ahora con más comodidad desde un escaño de diputado, gracias á la generosidad de un eminente estadista. No hago más que repetir, con leve variación, sus palabras. De la literatura política de *Azorín*, lo más difundido son sus crónicas parlamentarias, que acaso han contribuído á su fama más que sus libros. Los españoles hablamos mal de la política y de los políticos, pero una y otros nos interesan mucho, y por eso son objeto de nuestras murmuraciones. De lo indiferente apenas se murmura. Las crónicas parlamentarias de *Azorín* fueron una novedad en su género, por su carácter descriptivo, por su punto de vista, que era el de un estetismo atento antes que á nada al espectáculo exterior. Hasta entonces las crónicas parlamentarias habían sido reseña y juicio mejor ó peor hechos, de discursos, de doctrinas, de actos políticos. *Azorín* lo primero que vió en el Parlamento fué lo sensible, la materia descriptiva, la corteza del fenómeno, las caras y presencia de los diputados, su modo de vestir, sus gestos y actitudes habituales, el tono de su voz, la mayor ó menor facilidad de su elocución oratoria. Nos ha hablado mucho más de la calva del Sr. Morayta y de la ropa del Sr. Junoy que de las ideas y los discursos de estos señores y otros muchos. Ha sido un gran popularizador de efigies y ademanes parlamentarios. Esto ha distraído á la gente como una cinta cinema-



tográfica. Después, las crónicas de *Azorín* se han modificado algo y han ido penetrando más en los discursos y las ideas. Las primeras, las típicas, las que constituyeron una evidente novedad, son una de las más crueles sátiras, probablemente involuntaria, que se han podido hacer del sistema parlamentario en nuestro país. El hecho de que un hombre de ingenio vaya á un Parlamento, y no encuentre allí cosa más interesante que los chaquets y los bastones de los diputados, ó indica una frialdad de *dilettante* ó declara que la vida parlamentaria tiene poquísima sustancia.

\*  
\* \*

Después de desempeñar el papel de diarista de las Cortes, *Azorín* ha escrito un libro: *El político*. Es un breve volumen que, por su disposición y forma de exponer sus sentencias, recuerda mucho el *Oráculo Manual y Arte de Prudencia*, sacado de las obras de Baltasar Gracián. Dudo que haya alguien que, conociendo ambos libros, no recuerde el del moralista del siglo xvii al hojear el de *Azorín*. *El Político* no está inspirado sólo en Gracián, aunque sea tan patente su semejanza con el *Oráculo Manual*. Saavedra Fajardo, D. Antonio de Guevara, concebían también el doctrinal de un estadista de un modo semejante al de *Azorín*. Sigue éste la tradición de los moralistas y escritores políticos españoles, en la forma expositivo, en el modo de concebir el asunto y aun en las ideas, si bien *Azorín* es más realista ó más sincero, y no concede mucha atención á los grandes motivos morales que solían mezclar con las consideraciones utilitarias y de prudencia aquellos escritores de una época en que hasta los libros licenciosos solían disfrazarse con alguna finalidad moral.

*Azorín* ha escrito una breve autocrítica de su libro. En ella dice que no es filosófico ni literario, sino algo político y algo psicológico. Señala la influencia de Maquiavelo sobre nuestros tratadistas políticos, y él mismo se declara continuador de ese estudio de habilidad y de prudencia políticas que no puede llamarse con exactitud maquiavelismo, porque existía ya en la



antigüedad, en cuyas fuentes lo bebiera el Secretario de Florencia, y porque el uso ha hecho derivar esa palabra hacia sentidos de engaño y astuta intriga. El libro de *Azorín* es como la razón práctica de la política, aplicada á casos de prudencia. Es el doctrinal del político en el trato con los hombres y en la manera de producirse en la vida. Claro es que al ser esto, deja fuera una gran parte de lo que al político atañe, pues no son la cautela, la sagacidad y la compostura exterior las únicas prendas que al político importa poseer. El entusiasmo por las ideas, las altas aspiraciones, la anticipada visión del porvenir, el conocimiento maduro del pasado y la compenetración con las necesidades y destinos de un pueblo, son las fuerzas madres de las grandes empresas políticas, aunque el excepticismo induzca á sonreirse de este ideal horizonte de la política, mirado por muchos como vivero de tópicos de una engañosa retórica de sofistas. Con todo, la zona que *Azorín* estudia, en la vasta moral del político, es muy interesante y está al presente descuidada. Los tratadistas políticos modernos atienden mucho menos que los antiguos á esta parte psicológica y moral, dejándola entregada al empirismo ó á la inspiración personal de los regidores de repúblicas, tal vez entendiendo que tales reglas de conducta dimanaban de nativas cualidades y no se aprenden en los libros. La moral del político, tal como *Azorín* la expone, es una moral de segunda clase, una moral de prudencia y de habilidad en el trato humano.

Aunque breve, *El Político* es un libro muy sustancioso, un arte de discreción para uso de gobernantes, si la discreción fuera cosa que por arte y enseñanza exterior pudiera adquirirse, en vez de ser fruto de natural inspiración y de íntimas y personales lecciones de experiencia que más hondamente se graban en el alma que los doctos consejos y las sabias lecturas. *Azorín* aconseja al político que enmiende los errores en que incurra, en vez de perseverar tercamente en ellos; que no se prodigue con exceso y sepa reservarse; que cuide su vestir, buscando una sobria y severa elegancia; que sea entero ó con-



descendiente, según los casos, pues hasta el mismo gobierno de Dios se acomoda á la flaqueza humana; que penetre y conozca á los que le rodean y tenga un moderado desdén hacia el elogio; que no tema demasiado contradecirse, puesto que la mudanza de las cosas excusa y justifica las contradicciones; que se conserve sereno é impasible ante los ataques; que recuerde el capelo de Lerma, procurando conservar alguna fortuna y algunos amigos, para el posible caso de la desgracia. Le dice que ha de ser innovador dentro del orden, contando con el tiempo y huyendo de querer mudar demasiadas cosas á la vez; que no sea modesto con exceso, pues si la vanidad es el exceso por más, la modestia es el exceso por menos; que no rinda culto á las preocupaciones del honor caballeresco en punto á desafíos; que lea, bien, pocos libros, prefiriendo las memorias y autobiografías; que sepa escuchar; que huya de la tristeza y el tedio; que cubra con faz serena sus dolores íntimos; que no se empeñe demasiado con las mujeres y sepa retozarlas sin entregarse á ellas. También le advierte que ha de adivinar los valores nacies, protegiendo á los escritores que pueden llegar á tener influencia sobre el pueblo, pues la gracia de las gentes se logra con las plumas; que huya de la abstracción y gobierne con la realidad del país mejor que con leyes extranjeras; que refrene su propia energía, reservándose y sabiendo ser generoso con el adversario, para humillarle más; que realce las circunstancias de sus discursos, haciéndoles valer, pues el orador algo tiene de actor y aun del autor dramático; que aproveche la lectura de los clásicos, imitándolos en la exactitud, en no retroceder ante un desaliño, y ayudándose de ellos para remozar el vocabulario, y poner en sus razones y dichos un dejo de buen gusto; que sepa formar juicios provisionales de los hombres, pues cada hombre es un mundo, tiene sus leyes y su lógica, y es difícilísimo juzgarle en una breve frase; que renuncie en sazón á las cosas prematuras y evite el escándalo, no arrojándose á vengar agravios con exposición de perder más; que no dude de sí, mas haga del te-



són una de sus primeras virtudes; y, finalmente, que sepa elegir el retiro, y retirarse á tiempo. Otros varios consejos y advertencias dirige *Azorín* al político; pero bastan los que he resumido breve é imperfectamente para que se pueda formar idea del contenido y el tono de este libro. Como las obras de nuestros políticos y moralistas antiguos, la de *Azorín* está ilustrada con ejemplos históricos. Algunas de las mejores páginas de *El Político*, tales las dedicadas á la carrera de D. Rodrigo Calderón (que recuerdan por su forma *El alma castellana*), pertenecen á esta parte episódica. Y con ellas sobresalen por elocuentes los capítulos consagrados á los valores nacientes y á los hombres de mañana.

*El Político* está escrito en sobrio y bello estilo clásico. Cuanto en sus páginas se dice es de una absoluta claridad latina; no hay en él enigmas, ni siquiera penumbras ni claros oscuros; abundan en sus breves capítulos las frases de corte sentencioso. Es un libro para leer más que para aprender. Tiene más valor literario que práctico. Todos los adoctrinamientos de conducta y las educaciones de la voluntad son algo ilusorios. La voluntad y la inteligencia, siquiera se comuniquen, son muy distintas potencias del alma. Aquella sentencia de Ovidio, *Video meliora proboque, deteriora sequor*, proclama la dificultad de enmendar la voluntad con ordenamientos intelectuales. Aun concediendo que el político llegara á reunir todas las prendas que, según *Azorín*, deben adornarle, ¿sería un político completo? ¿Sería un pastor de pueblos ó un cacique ó una notabilidad de campanario? Le faltarían varias cualidades de sentimiento y de ideal, si no poseyera más que aquéllas. No sólo por las pragmáticas de la prudencia se rige la política, y el libro de *Azorín* es un Código ó un Manual de prudencia.

En el libro de *Azorín* se ha querido ver un retrato de don Antonio Maura, y esto ha proporcionado al libro ciertas impugnaciones. Algo hay allí que coincide con las cualidades de aquel eminente personaje, pero no todo. Mas ocurre que,



siendo el Sr. Maura el más notable de los hombres públicos españoles á la hora presente, su figura y modo de ser atraen la atención general. No es raro que *Azorín* haya pensado en él alguna vez al escribir su libro, ni lo es tampoco que las gentes, al leer el volumen, lo comparen con tan saliente ejemplar de la realidad, y busquen y aun hallen semejanzas. Mas no me parece el libro una disfrazada apología, ni mucho menos una obra dictada por la adulación.

Como la mayor parte de los otros libros de *Azorín*, éste deleita más que apasiona. Su objetivismo emana serenidad, predispone á una disposición de calma y de contemplación. Es un libro de agradable lectura, al que deberán más los que le lean buscando el honesto solaz que nos brindan el ingenio y la elocuencia que los que vayan á él como á un aula de políticos.

E. GÓMEZ DE BAQUERO



# REVISTA DE REVISTAS

---

SUMARIO.—BELLAS ARTES: El melodrama del porvenir.—HISTORIA: La bandera tricolor.—CRÍTICA: Un soneto de Arturo Pinto.—IMPRESIONES Y NOTAS: La Academia Francesa y los grandes hombres.—La Academia Española.—Nueva novelista inglesa.

## BELLAS ARTES

EL MELODRAMA DEL PORVENIR.—Antes se decía «la música del porvenir»; pero en sustancia, como dice en la *Nuova Antologia* U. Fleres, se entendía el melodrama; el héroe de la batalla era un operista, y el campo el teatro de la ópera. Ricardo Wagner luchaba y triunfaba, ayudado por un rey, Luis II de Baviera, y por un emperador, Francisco Liszt, el único, fanáticos ambos de su música y resueltos á imponerla á la multitud. Hoy otro Ricardo, Strauss, aparece como nuevo Mesías, con la diferencia de que quien ahora aclama á Strauss es la multitud, y la resistencia á su imperio viene de los artistas.

Es verdad que el público actual es más culto que el de los tiempos wagnerianos, pero es más presumido también. El triunfo de Strauss es debido á ser el más típico intérprete de la exterioridad lujosa que caracteriza las tendencias artísticas modernas. No es improbable que á la victoria suceda la derrota demasiado pronto, una y otra injustas é inmoderadas. Han transcurrido treinta ó treinta y cinco años desde la lucha wagneriana, y el melodrama sigue estirándose, hinchándose, y muchos consideran esa opulenta forma de arte como un pas-



tel atrasado que no tardará en expelerse por náusea. La música debe conservarse incólume, no profanada por la obscena mezcla de la palabra, no sujeta á las necesidades del espectáculo.

Entretanto, como los teatros líricos, que así se llaman, no se resuelven todavía á cerrarse, los músicos continúan produciendo melodramas cada vez más fatigados, porque creen innovar á fuerza de añadir; y menos mal que ahora se ha puesto de moda el acto único, afirmado por el campeón del modernismo, Ricardo Strauss, que después de la triunfante *Salomé*, prepara una *Electra* del mismo tipo. Los que se obstinan en componer óperas en tres actos, muestran un valor heroico; las partituras meten miedo; el trabajo sólo del copista exige tanto tiempo como el que invertían los viejos maestros en escribir la ópera entera.

Al afirmar que la forma actual es falsa, no pretende Fleres excluir el valor de tal ó cual ópera, pues la *Jerusalem liberada*, con ser un género anacrónico, tiene altísimo valor, y sabe perfectamente que la melodía de *Casta diva*, de *Norma*, ó la de *¡Ah! non credea mirarti*, de *Sonámbula*, seguirían siendo divinas, aunque sirviesen para expresar una receta de farmacia; lo probable, sin embargo, es que Bellini no hubiera encontrado aquella inspiración leyendo una receta. Verdi agotó la forma de arte que podría llamarse drama musical; y Fleres cree monstruosa la actual, porque tras la gigantesca sacudida de Wagner, cuyas ondulaciones se sienten todavía, estamos reducidos á musiquear escenas que ya habían llegado á su íntegra expresión con sólo la palabra, como si Verdi no hubiera producido la *Traviatta*, Meyerbeer *Los Hugonotes* y Bizet *Carmen*.

¿Cómo es posible que el melodrama de hoy tenga espontaneidad ni lógica, si el músico por un lado quiere el «drama humano», es decir, la acción escénica, poco ó nada adaptada á la música, y que sólo se expresa bien en prosa llana, y por otro lo cubre todo de notas, como si se tratara de una serie de vi-



siones ultramundanas? El drama musical de Verdi era ya un esfuerzo; pero al menos, no estaba recargado de notas y de pretensiones; las escenas se seguían rápidamente, y todo se desarrollaba sin veleidades de verosimilitudes imposibles. ¿Qué hemos sustituido á aquel método? El comentario perpetuo orquestal.

La orquestación actual, si no apostilla, subraya y recalca lo que la palabra y el gesto quieren expresar. Y ahí está su vicio orgánico, porque en toda obra de arte la presencia de muchas explicaciones estropea, y su necesidad es un desastre. Ricardo Wagner descubrió el *leit-motiv*, la frase motivo, y resolvió el problema de la musicación ininterrumpida, porque en el sistema del tema-guía nunca falta materia instrumental. Pero Wagner, rigorista en teoría, se contradice genialmente en la práctica. Como el tema-guía era su invención, lo usa con pleno dominio de su hallazgo; sus secuaces destruyeron lo que había de orgánico en la concepción originaria, y así ha salido la partitura actual, que quiere ser, sin lograrlo, drama musical, por una parte, y sinfonía que absorbe las voces humanas en el haz instrumental, por otra, y que en sustancia quebranta y empasta al personaje en el batiburrillo de la orquesta.

Si salimos de la Walhalla y del templo del santo Graal, ¿qué significan esas sonoridades que circundan la palabra como los nimbos coronan las cabezas de los santos? Queremos el drama humano, y está bien; pero entonces dejemos á un lado la música extrahumana, ó recordemos, que lo humano no es lo bestial ni lo vulgar, y entonces desaparecerá la bufa antinomia del caballero oficial que canta como un héroe de leyenda; y si no, volvamos á formas más modestas, al simple acompañamiento.

Esto no es posible, porque el arte no puede volver atrás. La emancipación de los trozos desencajados es progreso; el aumento y la variedad colorística de la orquesta es progreso. Luego es indispensable la ascensión del drama común al drama sobrenatural, al melodrama en el que el entero desarrollo



de la música no constituye intolerable amaneramiento enfático, primero, disparatado luego y ridículo después. Se dirá que eso es historia antigua, pues el gran hallazgo consiste en la naturaleza del asunto. Poco á poco: el asunto no es la obra, pero su elección no es indiferente; los griegos la hacían entre los más distantes en el tiempo ó en el espacio; hoy el automóvil y el telégrafo han suprimido el espacio, y no podemos ir á Pekín á fantasear sin correr el riesgo de ser censurados de fantaseadores. El arte puede desenvolverlo todo, con tal de que lo ilumine todo con su propia luz.

Es absurdo querer obtener la fusión de las dos artes rebajando el nivel de la música, ó más bien negándole los desarrollos conseguidos progresivamente, ni tampoco dejando momificada la poesía, pretendiendo que se adapte á la música. Aquí está el nudo de la cuestión; la música del melodrama no puede ya ser un simple acompañamiento, y la poesía del melodrama no debe ser tampoco un comodín. Se ha realzado el papel de la música, y es necesario realzar el de la poesía. Hemos tenido el momento histórico del melodrama, en que el valor poético excedía con mucho al musical, y es el período clásico y neoclásico, desde la tragedia griega hasta el nacimiento de la comedia lírica contemporánea. Hemos tenido el momento en que, tras la tentativa de equilibrio de Glück y de su gran libretista Calzabigi, el valor musical excedió con mucho al poético, y esto lo vemos especialmente en dos formas opuestas: la de Verdi y la de Wagner; lo que no hemos tenido nunca es el melodrama en que el valor de un arte no sacrifique el del otro. Podrá haberlo deseado Wagner, pero no lo ha conseguido. ¿Qué importan las palabras de Isolda cuando espera á Tristán en el jardín, ó las de Tristán cuando espera á Isolda á orillas del mar, si el ansia amorosa de ella y mortal de él los expresa la orquesta con tanta energía?

Para dar á cada cual lo suyo, hay que dejarse de seducciones. Si se quiere sacar una ópera de un drama, no basta tomar de aquí y de allá unas escenas que permitan á un personaje



cantar un aria, á otro una romanza y á otro cantar una tarantela. ¿No se sabe como hacer pasar una escena en que no cabe una romanza, una serenata, un minuetto? Se recurre al *leitmotiv*, y se sale del paso. El mal está también en que cualquier versificador se cree capaz de componer ese paria de la literatura que se llama libreto, y cualquier músico se atreve con un melodrama. Si la historia del melodrama ofrece ejemplos altísimos, como el de *Don Juan*, de Mozart, es porque el elemento poético, aunque inferior en la forma, tiene valor sustancial suficiente; hace un siglo ó más, las situaciones del libro bastaban, porque la música no renunciaba á sus propias formas; pero hoy la música quiere compenetrarse con la poesía, y las situaciones son insuficientes por sí solas.

Y no es que al pretender la fusión armónica de la poesía con la música se pretenda igualar la importancia de la obra del poeta con la del músico; la entidad de la labor de ambas artes ha sido siempre desigual, y no hay razón para que cambien las cosas ni ahora ni luego; es el caso de la arquitectura y la escultura; desde la habitación ordinaria hasta el monumento conmemorativo, el consorcio de ambas artes pasa por toda la escala de las proporciones relativas, desde el absoluto dominio de la una al de la otra. El melodrama es un conjunto parangonable al de los edificios de mayor importancia, como la iglesia ó el teatro; y el fenómeno de esta compleja forma de arte, lejos de ser artificial y pasajero, es natural y duradero, como el del Partenón ó el de San Marcos.

Recogido el principio del paralelismo de las dos especies de arte, el conocimiento de las leyes arquitectónicas iluminará la figura del melodrama del porvenir. Si á un escultor se le ocurre modelar bustos y figuras, relieves altos y bajos para una casa ordinaria, hará una monstruosidad; la arquitectura parecerá miserable y la escultura inadecuada. Cuando se pone música á un drama pensado para la representación de la vida corriente, el trabajo del poeta parecerá pobre y el del músico hinchado. Pero si el arquitecto diseña un palacio, ó mejor, un



templo, el elemento decorativo escultórico se desarrolla con libertad y naturalmente; lo mismo ocurre cuando el maestro musicaba una acción que no puede expresarse íntegra en el discurso prosaico, ni se limita á la representación de la vida habitual. ¿Qué diríamos del escultor que desdeñase esculpir el friso de un templo, sólo porque el templo era arquitectónicamente bello? Poner música á un libro de positivo valor es mucho más arduo que construir trozos de música sobre escenas llenas de lugares comunes; pero eso es pereza y pusilanimidad.

En nuestros días, el mejor libreto es el más cómodo, es decir, el que mejor se presta á ejercitar los métodos de la complicación orquestal. Los músicos no siempre hacen mal en desconfiar del libreto con pretensiones literarias, porque en tal caso, si la sustancia no corresponde á la apariencia, las dificultades son tan grandes como inútiles. Pues yo, sosteniendo que la salvación del melodrama futuro está ante todo en el libreto de verdadera poesía, no pienso que baste el valor poético para que el maestro encuentre en él la inspiración fecunda. El libreto debe ser una especie de esqueleto al que se adhieran los músculos de las notas, como la escultura se adhiere á la arquitectura.

En el melodrama del porvenir la importancia de la música será superior á la poesía, porque no es sólo canto acompañado, sino plena sinfonía. Esto quiere decir que la orquesta, además de la primitiva y modesta función de sostener el canto, tiene la función descriptiva y la función expresiva; son tres funciones inseparables. Parecerá paradójico, pero no es menos verdad, que los compositores como Strauss y Debussy, que exageran la nota descriptiva, en el fondo no describen nada. El colorismo, que en ellos sustituye al color, quita claridad á las líneas y entonaciones al relieve; el personaje no se destaca en el campo, que tiene la misma intensidad doquiera y siempre; la idea se esconde entre los pliegues y revueltas de la instrumentación, y á veces se hace adrede, para ocultar la pobreza de la inspiración.



Pero el elemento sinfónico del melodrama no debe limitarse á describir; y de ahí la función *expresiva*, en la que la orquesta es personaje y fondo, hablando de los sentimientos y de las cosas. Es este un motivo más de fracaso, porque, si empeñamos todas las fuerzas de la orquesta en decir lo que dice el canto, cuando llega el punto en que falta la palabra y la poesía calla, entonces el grito, el lamento, la risa, el sueño de la orquesta no podrá obtener su pleno efecto. Supongamos que un personaje revele á otro en una escena su terrible secreto, desarrollando en el canto un tema melódico de carácter terrible; en otra escena, lejana de la primera, se desenvuelve el sangriento suceso presagiado por la revelación en presencia del personaje confidente; es obvio que en este punto el maestro vuelva al tema terrible y haga que la orquesta desarrolle su idea melódica; entonces el personaje y el público comprenderán perfectamente lo que los otros personajes no pueden comprender aunque lo sospechen, y el efecto quedará logrado. Pero si entre las dos escenas el tema de terror, con la disculpa de ser un *leit-motiv*, se acentúa, se varía y se desarrolla en la instrumentación, ¿qué efecto expresivo podrá producir cuando llegue la segunda escena?

Hay que acabar de una vez con esa bendita historia de la música, comento de la poesía, música marginal, música de pedagogo. Sería curioso que la escultura pretendiese apostillar la arquitectura en el edificio que hubiera de adornar. La música, el arte más indefinido, no está hecha para ser explicada. ¡Fuera esa pedantería sin convicción, polvo que nos echamos en los ojos!

Siendo el melodrama del porvenir, no sólo musicable, sino musical, íntimamente musical, no será un drama musiqueado; será una obra en que la poesía, no pudiendo decirlo todo, recurre á la música para satisfacer esa necesidad y llenar ese vacío. Nada, pues, de reducciones ni de medios términos; poesía libre, pero con horizontes á que no alcanzan sus alas; música libre, pero que para serlo, deje de comentar, abandone el



campo en que la palabra basta, despliegue el vuelo de la sinfonía, como no ha podido hacerlo hasta aquí, lanzándose hacia aquellos horizontes que la poesía le hace entrever.

No se confunda, pues, el progreso artístico con el progreso técnico; no se crea que la deficiencia de la inspiración, poética ó musical, pueda hallar compensación en las extravagancias, en las novedades hechas por mera antítesis, en las complicaciones; así se llega á disfrazar de gigante á un enano, pero nada más. Si todo lo dicho es verdad, el advenimiento del melodrama del porvenir está próximo, y no tardaremos en oír su magnífica representación con menor fatiga de oído y de pensamiento, como los autores mismos lo construirán con menor fatiga y sin esfuerzos extraños al arte, sin andar rebuscando medios y recursos para justificar la presencia de la música donde menos se siente su necesidad, donde la simple palabra basta para expresarlo todo. Podrá ser esto una ilusión; pero lo que no es ilusión es que el público está ya harto del melodrama que no es carne ni pescado; que anda tras de todo cuanto aparece en cualquier parte, con la esperanza de encontrar algo menos sofisticado que le satisfaga; y que de los concursos abiertos para obtener un melodrama y hasta un simple libreto, no se obtienen más que los mezquinos resultados que todos conocemos, por falta de un criterio, fundamento de un concepto racional y práctico de lo que debe ser el melodrama y de la relación en que deben hallarse dentro del mismo los dos elementos que le integran, la poesía y la música.

## HISTORIA

LA BANDERA TRICOLOR.—Sabido es que el conde de Chambord rechazó el trono que le ofrecían en 1873, por no querer aceptar la bandera tricolor. Era un hombre de conciencia, un espíritu recto. Su antecesor, Enrique IV, que no tuvo inconveniente en hacerse católico abandonando á los hugonotes, porque «París bien valía una misa», se hubiera seguramente reído



de los escrúpulos de su descendiente. Aquél era un político, y éste un hombre honrado; aquél se sentó al fin en el trono de Francia, gracias á lo ancho de su manga, y éste murió fuera de su patria sin ostentar otro título que el de conde de Chambord. ¿Quién sabe las consecuencias que hubiera tenido para Francia y para Europa entera que el representante del legitimismo no se hubiera parado en esa cuestión de colores? Lo cierto es que la historia reconocerá siempre que el que hubiera sido Enrique V procedió, al obrar como lo hizo, caballerosamente, mientras que Enrique IV vendió su conciencia y sus convicciones.

Pero lo gracioso del caso es que, según demuestra Alfredo Pereire en *La Revue*, el empeño del conde de Chambord por la bandera blanca, así como la adopción de la bandera tricolor por la República, el Imperio y los Orleans, arranca de un prejuicio totalmente equivocado.

Antes de 1789 no había en Francia bandera nacional; cada regimiento tenía la suya. Gustavo Desjardins, autor de las *Recherches sur les drapeaux français* (París, 1874) declara que entre los 178 tipos diferentes de pabellones, banderas y estandartes del ejército y de la marina, le fué imposible reconocer, ni siquiera descubrir, las huellas de una bandera nacional. Existía, en cambio, una *bandera de Francia*, y más tarde *los colores del Rey* cuya permanencia es notable. La bandera de Francia era azul, y en su fondo aparecían, pintadas ó bordadas, tres flores de lis ó multitud de flores de la misma clase; esta bandera, muy usada hasta Enrique IV, cayó en desuso después de la muerte de Luis XIV. Sólo quedan los *colores del Rey*, y estos colores son *azul, blanco y rojo*. Su reunión constituía la librea palaciega, y del escudo pasaron á los vestidos y á los estandartes. Desde 1549, al advenimiento de Enrique II, las insignias del Rey son tricolores. En los manuscritos de Carlos V se pueden ver miniaturas rodeadas de una orla tricolor. Las imágenes de San Luis son tricolores, como puede verse en el libro de *Horas* de Luis XIV, conservado en la Biblio-



teca nacional. En las cuentas de Juan de Berry, sobrino de Carlos V, se lee la siguiente mención de lo que necesitaba para un estandarte: «Para hacerlos se tomaban once piezas y media de cendal terliz, tanto bermejo como blanco y azul.»

Los Borbones usan la misma librea que los Valois. Pedro I, duque de Borbón, hace pintar á San Luis en Breis y sobre una pared entre rombos encuadrados de rojo, blanco y azul, las armas de su divisa. Hecho más curioso todavía: la bandera de Enrique IV era tricolor, con bandas verticales rojas, blancas y azules; las damas afectas á las princesas de la sangre que no llevaban trajes de librea, tenían por lo menos un lazo tricolor. Hasta la *Chanson de Roland* habla de *gunfanuns blancs e vermeilz e blois*.

Luego si los franceses tenían ya en tiempo de Carlomagno «gonfalones blancos, bermejos y azules»; si la guardia real estaba vestida de tricolor; si la bandera de Enrique IV estaba formada por esos mismos colores; si la señora de Gourbillón, lectora de la hermana del Rey, mujer del conde de Provenza, llevaba á principios del reinado de Luis XVI el lazo tricolor de que antes hablamos, ¿puede decirse que el tricolor data de las famosas jornadas de Julio de 1789? El 14 de Julio de 1789, según cuenta Bouillé en sus *Drapeaux français*, cuando el pueblo tomó la Bastilla, los 32 granaderos suizos que la defendían tenían una bandera desde 1782, que era tricolor, formada por dos franjas blancas alternando con una azul y una roja, con las armas de Francia y de Navarra, y en el centro de la cruz la divisa *Pro rege et patria*. De modo que los defensores mismos de la Bastilla llevaban, hacía años, la bandera que hizo suya la Revolución.

Sin embargo, si el tricolor existía como emblema de la casa reinante, Francia no tenía colores nacionales. Necesitaba un signo de inteligencia, y Camilo Desmoulins propuso el verde, «color de la esperanza»; el verde se rechazó por ser el color del conde de Artois; y notemos de paso que ese color impopular se hizo poco después el color imperial, y Napoleón hubiera



adoptado el estandarte verde si no hubiera estado convencido del cariño de Francia á la bandera tricolor; se optó entonces por el azul y el rojo, colores de la ciudad de París, y en seguida se pasó al tricolor. Sabido es cómo Luis XVI mismo, el 17 de Julio, por movimiento espontáneo, creó la escarapela tricolor, al entregarle Bailly las llaves de París; el Rey colocó sobre su escarapela blanca la azul y roja que Bailly le tendía, y así quedó consagrada la enseña tricolor, que se vendió por las calles al grito de «la escarapela real y de la libertad».

La escarapela tricolor fué obligatoria al principio de la Revolución, como signo de civismo. La bandera no lo fué hasta el primer pradiel del año II, disponiendo la Convención que los colores se colocaran: el azul junto al astil, el blanco en medio y el rojo flotando al aire. Antes se disponían los colores sin método, como se ve en las banderas de Chartres y de Portou, en el gonfalón de Carlomagno, en el estandarte de Enrique IV y en el pabellón de Luis XIV, todos tricolores.

Antes de la Revolución, el blanco fué el color de los sediciosos, de los caboches, de los protestantes y Armanacs ú Orleans; desde 1554 fué el color del mando, el color *coronel*. Napoleón mismo hizo flotar sobre los palacios imperiales una bandera blanca con un águila en el centro con fina orla azul y roja; Luis Felipe y Napoleón III permanecieron fieles á la bandera blanca como insignia de mando; el mariscal de Saint-Arnaud, comandante en jefe del ejército de Oriente, tenía en 1854 una blanca.

En 1814, Luis XVIII regresó á Francia, y se encontró con que ya Talleyrand, jefe del Gobierno provisional, había enarbolado la bandera blanca por una equivocación. En efecto: Enrique Housaye, un oficial inglés, fué herido en la batalla de la Rotthiere por un cosaco, y para evitar confusiones, se dispuso que las tropas aliadas llevaran un brazal blanco que sirviera para reconocerse entre tan diversos uniformes rusos, austriacos, ingleses y prusianos; al entrar en París, los realistas,



viendo á sus protectores con aquel brazal, lo tomaron por enseña y lo adoptaron; Luis XVIII dispuso el 12 de Mayo que cada regimiento llevara una bandera con fondo blanco, que las águilas y las «N» se sustituyera en los equipos con flores de lis, y que el verde de los cornetas y tambores con galones dorados se reemplazara con el azul del rey, para el traje; con galones blancos y escarlata, de la librea de la casa reinante. Así la Restauración volvió á sus antiguos colores triples, y el rey trocaba su bandera de mando en bandera nacional, haciendo de ella el emblema de la Monarquía.

Los errores siguieron á los errores. Carlos X siguió con la bandera de Luis XVIII; pero Luis Felipe, al apoderarse del trono en 1830, por oposición á la casa de Borbón, adoptó la bandera tricolor; á su muerte, el conde de Chambord, que estaba á punto de reconciliarse con la familia de Orleans y de fusionarse con ella para oponer á la segunda República una Monarquía poderosa, se empeñó en volver á la bandera blanca de Luis XVIII, que consideró como la de Enrique IV, Luis XIV y Luis XVI, y rechazó obstinadamente la bandera tricolor «de los colores del rey». Aquella negativa fué la que por tres veces, en 1850, en 1857 y en 1873, retardó la fusión de las dos casas, imposibilitando la restauración de la Monarquía.

### CRÍTICA

UN SONETO DE ARTURO PINTO.—Arturo Pinto es un poeta americano que escribe, con el título de *La dama inefable*, tres sonetos en la elegante revista bonaerense *Nosotros*. No vamos á estudiar los tres sonetos, pues sería tarea demasiado larga. Bástenos con el primero, que dice así:

... Hubo en la sabia unión de nuestras bocas  
un añejo sabor de golosina  
familiar. Y aquellas reyertas locas  
tuvieron siempre la misma divina

E. M.—Julio 1908.



finalidad: un beso que redime  
de lejanos dolores y compendia  
el secreto afán que el dolor reprime  
y la frase que el corazón incendia.

No sé cuánto tiempo, gentil señora,  
gozamos de la vida así. Mas una  
de esas tardes que el sol apenas dora

y en que el reír al suspirar se aduna,  
hubo tanta pasión en mi alma, que  
extinguióse como una rosa thé.

Los dos primeros versos son intachables, y ellos fueron los que nos obligaron á seguir leyendo el resto de la poesía:

... Hubo en la sabia unión de nuestras bocas  
un añejo sabor de golosina

¿No es verdad que son deliciosos? Podría discutirse el epíteto de *sabia*, pues realmente no se acierta uno á explicar por qué la unión de dos bocas ha de ser *sabia*, en lugar de *dulce*, *grata* ú otra cosa semejante que cuadrara mejor á lo calificado; pero, como no tenemos antecedentes de la cosa, es posible que, en el caso concreto de que el poeta quiere hablar, no esté mal *sabia*. De todos modos, no hemos de reñir por tan pequeña cosa, cuando el autor nos obsequia con una pintura que nos permite saborear el jugoso recuerdo de una golosina con la que se hace la boca agua. Digo y repito que esos dos primeros versos podía firmarlos sin inconveniente Campoamor ó Núñez de Arce, y que parecen arrancados de una silva campoamorina.

Pero tras estos dos versos vienen los demás, y ¡pataplum! ¡Nuestro gozo en un pozo! Cuando nos estábamos saboreando con aquella golosina sin adjetivos, tropezamos en el tercer verso con aquel *familiar*, «un añejo sabor de golosina familiar» que nos quita todo el gusto; se nos vienen á la memoria las rosquillas del santo, los alfeñiques, las obleas, el caca-niño y



todas las demás porquerías que forman el catálogo de las golosinas familiares, y donde pensábamos hallar el néctar de los dioses, la ambrosía de los inmortales y todas esas delicias paradisiacas con que puede hacer soñar aquel «añejo sabor de golosina» despertado por «la unión de nuestras bocas», no encontramos más que un alfeñique que chupar ó mucho que roer, una vulgaridad en suma. ¿Qué falta hacía ese familiar, señor Pinto, si la golosina sin adjetivos era mil veces más expresiva, y tenía el encanto de lo vago, de lo indeciso, de lo que cada cual quisiera soñar como más delicioso? Hacía falta, sí, para destruir el encanto de los dos primeros versos, y para dar al autor el gustazo de colocar un *enjambement* de todo punto innecesario, pero que, por lo visto, forma parte esencial de la novísima técnica lírica.

Perpetrado este primer atentado, ya todo el soneto marcha por el derrumbadero de la poética decadente, que, huyendo del atildado y gracioso amaneramiento de la poética clásica, da en otro amaneramiento que nada tiene de gracioso ni de atildado. Léanlos, verso por verso, todos los que siguen, y díganme si eso suena á verso, ni á poesía, ni á nada que signifique ritmo, cadencia, armonía. Unos nos parecen cortos, y otros nos parecen largos; se nos hace increíble que tengan la misma medida; contamos por los dedos para asegurarnos, y todos tienen once sílabas; y nos pasa lo que al maestro Ferreras, cuando sentía mucho calor ó mucho frío, con los termómetros: que no podía convencerse de que la temperatura fuera la marcada por el instrumento. Nosotros contamos una y otra vez, y ¡nada!; nos parece siempre que nos han escamoteado alguna cosa. ¿Cómo demonios se arreglarán estos señores para destrozarse así la métrica castellana, dándonos endecasílabos que suenan á versos de diez ó de doce sílabas? ¿Qué oído será el suyo para no percibir que esos renglones en línea no forman versos, aunque los midan con instrumentos de precisión para que tengan la misma longitud?

Pero no es sólo la mala distribución de los acentos, que des-



truye toda la armonía, convirtiendo en deslabazada prosa lo que quiere ser sonora poesía, el defecto de este soneto y de todos sus similares. Es que, sobre complacerse estos señores en destrozar cuanto puede constituir halago del oído, ritmo, cesura, compás, música, poesía, en cuanto al material sonoro del verso, se complacen también en despojar á ese mismo verso de todo fondo poético, apelando á todos los medios para degradarlo y envilecerlo. Muchos de nuestros poetas, antiguos y modernos, han incurrido en el pecado de sacrificar el fondo á la forma, dándonos poesías huera en que sólo quedaba la música del acompañamiento, pero sin voz cantante; acordes magníficos, pero sin aplicación; otros, por lo contrario, nos han dejado poesías de rico fondo intelectual; pero sin atavíos poéticos, prosa rimada, como muchas de las fábulas de Iriarte. En uno y otro caso, por mucho que lamentáramos el divorcio del fondo y de la forma, quedaba algo siempre: la belleza de la forma ó la bondad del fondo, exquisiteces de acompañamiento ó aciertos de *leit-mofo*, goce del oído ó goce de la inteligencia. Pero en estos aspirantes á versificadores de ahora no queda nada, ni fondo ni forma.

El material no puede ser más prosaico, en el sentido de más ramplón; no hay palabras escogidas, ni giros delicados, ni imágenes seductoras; si se habla de «un añejo sabor de golosina», viene detrás un *familiar* á quitar á esa golosina todo gusto poético; todo lo más se llega á emplear un *aduna* exigido por la rima, y pintar una tarde nublada como «una de esas tardes que el sol apenas dora», tímida pincelada que nos permite ver al sol entre celajes, pugnando por iluminar la escena, sin conseguirlo. Pero al lado de este pequeño acierto descriptivo, ¡cuántos desaciertos!, ¡cuánta ramplonería! Prescíndase de los cortes exigidos por la métrica á cada once sílabas; pónganse las catorce líneas del pseudo-soneto seguidas como si fueran prosa, y véase el efecto:

«Hubo en la sabia unión de nuestras bocas un añejo sabor de golosina familiar. Y aquellas reyertas locas tuvieron siem-



pre la misma divina finalidad: un beso que redime de lejanos dolores y compendia el secreto afán que el rubor reprime y la frase que el corazón incendia. No sé cuánto tiempo, gentil señora, gozamos de la vida así. Mas una de esas tardes que el sol apenas dora y en que el reír al suspirar se aduna, hubo tanta pasión en mi alma, que extinguióse como una rosa thé.»

¿No es verdad que ni como prosa aceptable puede pasar semejante quisicosa? El efecto del *finalidad* con el *familiar*, constituyendo una reincidencia de *enjambement* en asonancia, es desastroso; la repetición del *hubo* revela una pobreza de recursos que raya en la miseria. No hay, en suma, en los materiales escogidos para la expresión del pensamiento, ni mármoles ni bronce, ni menos pedrería preciosa: cascote y ladrillos viejos y algún remiendo de estuco y de cemento armado.

¿Y el pensamiento mismo? ¿Qué es lo que, en definitiva, encierran esos catorce renglones? Analicémoslos y lo veremos. Dice Pinto primero, que hubo un añejo sabor de golosina familiar en la sabia unión de su boca con la de la dama inefable, que debió ser una duquesa, puesto que en otro soneto habla de su pecho ducal (1), y no sabemos que tengan pechos ducales más

---

(1) Este «pecho ducal» me escama, pues no creo que en la Argentina abunden las duquesas, y menos las duquesas besuqueadoras. Me huele á algo semejante á un *venal* de cierto profesor, que me decía ante varios amigos:—Sí, señor; yo me he hecho canalejista, aunque bien sé que Canalejas tiene mucho de *venal*, como las mujeres, y á él mismo se lo he dicho.—¿Cómo! ¿Usted ha dicho á Canalejas que es *venal*?—Sí, señor; ¡ya lo creo!—¿Y no le ha dado á usted un puntapié?—¿Quiá! Se reía, y nada más; ¿qué tiene eso de particular? ¿No sabe todo el mundo que fué republicano, y luego estuvo con Martos, y luego con Polavieja, y luego con Sagasta? ¿Se puede ser más *venal*?—¡Ya! ¿De modo que para usted *venal* quiere decir un hombre que tiene *venas*, que hoy le da la *vena* por una cosa y mañana por otra?—¡Pues naturalmente!—Pues amigo mío, está usted en un error; decir de una mujer que es *venal*, es llamarla ramera; llamar á un hombre *venal*, es dirigirle un insulto; *venal* nada tiene que ver con *vena*, sino con *vender*; el que se vende es *venal*; conque vea usted cómo trata usted á su jefe.



que las duquesas, ni creemos que esos pechos ducales sean de pasta especial; y tras ese sabor de golosina, nos explica el efecto de aquellas reyertas «locas», dejándonos sumidos en la mayor confusión, pues no podíamos imaginar que las uniones de las bocas pudieran calificarse de reyertas, á menos de que se unieran para morderse; como no se unían para esto, sino para darse besos, no viene á cuento hablar de reyertas, y pudo echar mano de otro nombre cualquiera, «caricias», por ejemplo, para agregarle al ripio de *locas* exigido por la rima.

El hecho es que «aquellas reyertas locas tuvieron siempre la misma divina finalidad: un beso». ¡Buena! Eso es cosa corriente; se riñe para luego hacer las paces; pero crea el Sr. Pinto que no es lo mismo *fin* que *finalidad*; sus reyertas terminaban en un beso, ¿no es así? Pues eso se expresa con la palabra *fin*. *Finalidad* supone objeto, propósito, y no es de suponer que hubiera premeditación en las reyertas. Pero vamos á ver lo que era aquel beso; para el autor, el beso en que paraban las reyertas locas le redimía de «lejanos dolores». ¿Y por qué de lejanos? ¿No estaría mejor de «recientes», puesto que antes del beso había habido una reyerta? Ese beso, además de redentor, es un compendio ó epítome de otras dos cosas: «El secreto afán que el rubor reprime y la frase que el corazón incendia.» Compendio de un afán y de una frase: un afán que reprime el rubor y una frase que incendia el corazón. ¡Vaya por la frase incendiaria! ¿De quién era la frase, de la duquesa ó de Pinto? ¿Quién incendiaba á quién? Siempre sería Pinto el incendiario, ¡picarón!, y de seguro que se valía de algún verso suyo, para incendiarse primero él é incendiar después el corazón de la duquesa. ¡Estos poetas son así: hacen frases incendiarias!, y ¡cualquiera las apaga luego! Pero más que el del incendio, me intriga el otro compendio (y cayó en aleluya), el del afán: un beso, compendio del afán que reprime el rubor: este compendio no lo entiendo, digo, no lo entiendo (se me va la lengua con estos poetas modernistas). ¿Qué afán es ese? Si fuera un afán *revela-*



do por el rubor, me lo explicaría; pero un afán *reprimido* por el rubor, no lo entiendo.

Dejemos esos afanes, no sea que nos ruboricemos, y sigamos: «No sé cuánto tiempo, gentil señora, gozamos de la vida así.» ¡Así! ¡Así! ¡Qué poesía! ¡Qué riqueza de expresión! ¡Qué encanto de lenguaje! ¡Así! «No sé cuánto tiempo gozamos de la vida así», á mordiscos, á reyertas y á besos. «Mas una de esas tardes que el sol apenas dora...» ¡Ay! ¡Respiremos en este pequeño oasis!, «y en que el reir al suspirar se aduna...» ¡Ay! ¡Ya vuelven las dunas!, «hubo tanta pasión en mi alma, que extinguióse como una rosa thé». ¡Pum! ¡Un soponcio! ¡Agua, para esta infeliz que se ha incendiado con sus frases! ¡Agua, para extinguir esa extinción de esa rosa-thé-Pinto! ¡Agua, para la duquesa, que debe haberse extinguido también como... ¿Cómo? Como... Que la extinga Pinto como quiera, pues yo estoy poco fuerte en extinciones de rosas-thé y rosas no thé (con *h*, cajistas, con *h*, que hablamos en castellano).

Guasas aparte, vamos con ese *que* final de verso, rimado con *thé*, que corre parejas con aquella otra famosa *y* final de la memotombada de Rubén Darío que criticamos en otra ocasión. Estos finales parecen ser el *dernier cri* de la moda poética, el *clou* del verso modernista, y es preciso demostrar á los Simeón, Rubén, Pinto, Chocano y demás cultivadores del género, que no es lícito el empleo que hacen de tales palabras. Yo no soy ni he sido nunca esclavo de las reglas, ni las reglas merecen mi respeto por ser reglas; pero cuando las reglas son la expresión de algo real y positivo, permanente y racional, entonces las acato y procuro ajustarme á ellas, y las defiendo y lucho con el entusiasmo del convencido, por su cumplimiento, contra cuantos las infringen por ignorancia, por afán de notoriedad, por panurguismo, por filoneísmo, que no es menos censurable en ocasiones que el misoneísmo, ó por cualquier otro motivo.

¿De dónde saca el Sr. Pinto que la conjunción *que* puede rimar con *thé* ó con cualquiera otra palabra terminada en *é*?



¿Es que no saben distinguir los de la nueva escuela entre una *é* con acento y una *e* sin él? ¿Se les ocurriría rimar *monte* con *quinqué*, *catre* con *café*? Pues exactamente lo mismo es rimar *que* con *thé*. Ese *que* conjuntivo tiene un valor fónico enteramente distinto del de *thé*, y la rima aconsonantada del soneto exige que el valor fónico de los elementos rimados sea idéntico. Hasta tal punto es esto así, que dos palabras exactamente iguales, como *porque* y *porqué*, no pueden rimar entre sí. ¿Se quiere la prueba? Pues yo puedo decir perfectamente:

Cuando en una poesía  
un verso no suena bien,  
debe rechazarse porque...  
porque... bien sé yo por qué;

y ahí tienen ustedes un *porque* en un verso impar, sin aconsonantar, ni siquiera asonantar, con el *por qué* del verso siguiente. Sólo violentando las cosas se podría poner *porque* en fin de versos con rima en «*é*», cambiando su estructura y dándole una pronunciación que no tiene. Pues eso mismo sucede con el *que* del Sr. Pinto: ese *que* podría rimar con *te*, *me*, *le*, etc., con monosílabos inacentuados ó enclíticos de su mismo tipo en algunas poesías burlescas; pero no con monosílabos acentuados del tipo de *thé*, *dé*, *qué*, *vé*, etc., ni aun en ese género. Así, podría decirse (todo *puede* decirse en este mundo) en tono de zumba, combinando estos monosílabos con trozos iniciales átonos de palabras polisílabas, para que se vea mejor su valor, y poniendo á continuación otros monosílabos acentuados, combinados con trozos iniciales tónicos de otras palabras:

Cuando yo te digo que  
cojas tus versos y te  
los guardes y nunca se  
los leas á nadie, ve-  
rás que éste es un buen conse-  
jo, etc.



Aun en este caso, la rima de tales monosílabos sólo puede hacerse en versos pareados ó monorrímicos, pues si hubieran de rimar alternando con otros versos, habría que estimarlos como enclíticos, uniéndolos á la palabra anterior y rimando luego con lo que resultara de esta unión. Así, por ejemplo, yo podría decir (siempre en estilo jocoso, pues de otro modo son inadmisibles esas muletas monosílabas):

Cuando yo te aseguro, Arturo Pinto,  
que tus versos no son ni han sido *lo que*  
acaso te imaginas, hecho un quinto,  
no creas que al hacerlo me equivoque.

Aquí tiene el autor del soneto la demostración cumplida del valor de *que*: *lo que* rima con *equivoque*; pero jamás podría rimar con *equivoqué*, como *que* no puede rimar con *thé* ni con *café*.

Créame el Sr. Pinto: no se devane los sesos en buscar novedades ni en seguir á quienes se dedican á tarea tan poco recomendable. Las novedades no se buscan; aparecen por sí solas cuando tienen razón de ser. El Sr. Pinto, con sólo los dos primeros versos de su soneto, demuestra que tiene talento, oído y gusto: reconstruya los versos restantes por el patrón de los dos primeros; escriba luego siempre por ese patrón, y todos tendremos la satisfacción de aplaudirle, como hoy tengo yo el sentimiento de censurarle.

### IMPRESIONES Y NOTAS

LA ACADEMIA FRANCESA Y LOS GRANDES HOMBRES.—En la *Revue Hebdomadaire* encontramos unas notas curiosas sobre las relaciones de la Academia Francesa con Víctor Hugo y con Balzac.

Víctor Hugo necesitó cuatro tentativas para lograr entrar en la Academia; era el jefe del romanticismo triunfante, y la



Academia se resistía á abrirle las puertas. La primera vez luchó contra Mignet, y la señora de Girardin escribió dando cuenta del fracaso: «El gran escándalo de la semana es la preferencia dada por la Academia á Mignet sobre Víctor Hugo; Mignet tiene talento, sin duda, pero Víctor Hugo es un genio; los académicos se ocupan poco del aspirante, sólo se cuidan de las conveniencias.»

La segunda vez, en 1836, también fué rechazada su candidatura, venciéndole el periodista Dupaty. Por tercera vez volvió á presentarse contra Flourens y Berryer, siendo elegido Flourens, por lo que Alfonso Karr exclamó: «Señor Hugo, señor Hugo, ¿es vuestro reino de este mundo? Firme en su propósito —¡debilidades de grande hombre!— insistió por cuarta vez, luchando con el vaudevillista Ancelot, y al pedir su voto á Dupin, éste le dijo: «Hay dos Academias, una chica y otra grande; la grande está en favor de usted; en cuanto á mí, nunca digo por quién voto.»—«¡Cuidado!, contestó Víctor Hugo, que me lo acaba usted de decir.» Sólo á la quinta vez logró entrar en la Academia, y para eso por 17 votos contra 15.

El gran Balzac tuvo todavía peor suerte. Presentó su candidatura, y no tenía ni siquiera un voto. Paseando por la calle de Saint-Honoré, vió á Víctor Hugo que pasaba en coche; Balzac corrió hacia él, y le dijo:—Maestro, iba á verle á usted.—Le llevo en el coche, suba usted.—Presento mi candidatura para la Academia, y me atrevo á contar con su voto.—¡Muy bien hecho! Cuente usted conmigo.—Víctor Hugo llega á la sesión cuando se estaba discutiendo la candidatura de Vatout (¿quién sabe hoy quién es Vatout?); el académico Pongerville (¿quién sabe hoy quién es Pongerville?) estaba á su lado y escribía el nombre de Vatout en su papeleta.—Ruego á usted, le dijo Víctor Hugo al oído, que escriba «Balzac». Pongerville escribió «Balzac»; pero luego, á punto de votar, vacila, con una papeleta en cada mano, sin saber por quién decidirse. ¿Balzac ó Vatout? Víctor Hugo le dió un golpe en la mano que tenía el nombre de Vatout, y la papeleta cayó en el suelo; sólo así se



decidió Pongerville á echar en la urna el nombre de Balzac. Y gracias á esto, el autor de *La comedia humana* tuvo dos votos para la Academia.

\*  
\* \*

LA ACADEMIA ESPAÑOLA.—¡Y va de Academias! En la *Nuova rassegna di letteratura moderne* de Florencia tropezamos con un artículo de José Sánchez Rojas sobre la Academia Española, que no tiene desperdicio.

Dice el autor—un español de enjundia, descendiente de aquel famoso secretario de las Cortes Constituyentes de la Revolución, D. Julián Sánchez Ruano—que cuando lee en cualquier revista italiana alguna reseña de las sesiones de la Academia Española, viendo entre líneas la idea de que la Academia refleja el movimiento literario español, no puede contener la risa, y no dice la indignación, porque la reserva para cosas de mayor importancia. El cargo de académico, añade, es cosa que se encomienda en España «á todo buen señor que es rico, que se encuentra satisfecho con el estado de las cosas, que ha sido ministro ó que es marqués; si además de eso, escribe malos versos, tanto mejor; si luego, en sus discursos parlamentarios ó políticos, hace retórica vana, la elección está asegurada.

Habla luego de la protesta formulada el año anterior por los intelectuales españoles contra la candidatura de D. Alejandro Pidal, enfrente de la de D. Marcelino Menéndez Pelayo, para la presidencia de la Academia, y dice que después de haberla firmado él también, se arrepintió de haberlo hecho. «Pidal tiene coche y caballos, recibe pingües estipendios de todas partes, puede endosar un vistoso uniforme civil, tiene una voz extensa, no tiene mucho talento y tiene una hermosa barba blanca; Menéndez Pelayo, en cambio, sabe mucho, tiene la barba algo descuidada, no hace caso de su cargo de senador, acaso no es galante con las señoras, y el sastre no sabe cortar-le un buen traje para las ocasiones solemnes.»

\*  
\* \*



NUEVA NOVELISTA INGLESA. —En 1905 era totalmente desconocido del público el nombre de la baronesa Orczy, cuando apareció bajo su nombre la novela *The scarlet Pimpernel* (La pimpinela roja). El éxito fué tal, que ha pasado ya la venta de 225.000 ejemplares; acomodada al teatro, ha obtenido otro exitazo de más de 600 representaciones y ha abierto á su autora de par en par las puertas de la fama, haciéndola rivalizar con Conan Doyle y Hall Caine. En 1906 publicó *Un hijo del pueblo*, *Amada de los dioses* y *El ovillo enredado*; en 1907, *Los candelabros del Emperador*, y en 1898, *Ya me las pagarás* y *Hermoso brocado*, todas con éxito envidiable.

La baronesa Orczy cultiva el género histórico, que afortunadamente tiene todavía numerosos partidarios en Inglaterra; la señora Braddon con *Ismael*, Shortouse con *Juan Inglesant*, Stanley Weyman con *El gentilhombre de Francia*, y muchos otros con diversas obras, han encontrado el filón de la fortuna y de la gloria en esa mina inagotable, cuya explotación, bien dirigida, á lo Walter Scott y aun á lo Dumas, tantos recursos ofrece á la fantasía y á la erudición. Las novelas de la Orczy apasionan, como dice Carlos Simond, porque sabe elegir épocas tormentosas y dramáticas y posee el arte de narrarlas sosteniendo el interés.

*La amapola roja* pasa en 1792, en plena tormenta revolucionaria, siendo su continuación *Ya me las pagarás*, que se desenvuelve en 1793, durante el Terror. *Amada de los dioses* es la historia patética de una raza egipcia desaparecida. *Un hijo del pueblo* es un idilio en que se desarrolla el conflicto entre el amor y la ambición, encarnados en el sufrido pueblo de Hungría y en los altaneros Maggiares. *El ovillo enredado* es una serie de cuadros de la pintoresca corte de María Tudor, con sus intrigas más interesantes, y *Hermoso brocado*, la última publicación de la baronesa de Orczy, es un poema de capa y espada, cuyo protagonista, que lleva el apodo que sirve de título á la novela por su hermoso traje azul bordado de oro, es un bandido romántico, que salva al conde de Streton, cuya ca-



---

beza ha sido puesta á precio, y se casa con su hermana, después de multitud de peripecias.

Como se ve, no se trata de una novelista de concepciones geniales. La baronesa Orczy sabe perfectamente mantener vivo el interés de sus lectores, y no es poco.

FERNANDO ARAUJO



## NOTAS BIBLIOGRÁFICAS

---

*Sociología criminal*, por Enrique Ferri. Versión española, por Antonio Soto y Hernández. Dos tomos. Madrid, sin año (1908). Centro editorial de Góngora; 10 pesetas.

No se trata de una obra nueva. Por poco que uno sepa y haya leído, lo sabe. Apareció por primera vez, hace ya cerca de treinta años, bajo el título de *Nuevos horizontes del derecho y del procedimiento penales*, y de entonces acá son varias las ediciones que de la misma se han hecho en diferentes lenguas, ya con el primitivo título, ya con el de *Sociología criminal*, que el autor le puso á partir de la tercera edición italiana. En España ha habido también traducción del dicho libro desde 1886, cuando aún se intitulaba éste, por no haber pasado de su segunda edición, *Nuevos horizontes*, etc.; y ahora se repite por la misma casa editorial que antes, pero debida á traductor distinto y sobre una edición posterior á la de 1884, base de la traducción primera.

La versión de ahora, sin embargo, no corresponde, como parece que debiera, á la última edición del original, que es la cuarta italiana, sino á la segunda francesa. No me parece acertada la elección.

Como tampoco creo que lo ha sido la del prologuista. De no haber buscado otro más entendido en el asunto que D. Primitivo González del Alba, magistrado de la Audiencia de Madrid, hubiera sido mejor dejar la obra pilonga, con sólo la protección del nombre de su autor, que era bastante. Y debo ad-



vertir que no soy muy devoto de Ferri, por más de un motivo. Pero no sería yo nunca quien colocara al nivel suyo al señor González del Alba.

El libro hubiera ganado también con que la impresión hubiera sido hecha más cuidadosamente, pues tiene bastantes erratas. En una obra como ésta, que, sea cualquiera su valor doctrinal—y lo tiene, á mi parecer, innegable,—ha conseguido gran resonancia y difusión por doquiera, debe ponerse siempre gran esmero. No por otra razón he hecho las advertencias y reparos anteriores.

En cuanto á la obra misma, á su fondo, nada quiero decir: ni es ocasión oportuna, al cabo de los años que lleva de vida, ni podría tampoco hacerse en pocas palabras un trabajo que mereciera el nombre de *crítica*. Quizá no hubiera bastante para ello ni con un grueso libro.

P. DORADO



# ÍNDICE

---

	<u>Págs.</u>
<i>Recuerdos</i> , por José Echegaray.....	5
<i>El lirismo y la emigración</i> , por Pedro Sangro y Ros de Olano.....	15
<i>El espíritu general de dualidad</i> , por José María Sbarri.....	41
<i>Diego Velázquez y su siglo</i> (continuación), por Carlos Justi.....	67
<i>La inquisición política</i> , por P. Dorado.....	100
<i>España fuera de España</i> , por Havelock Ellis.....	129
<i>El suplicio del silencio</i> (novela), por Federico Spielhagen.....	152
<i>Crónica literaria</i> , por E. Gómez de Baquero.....	173
<i>Revista de Revistas</i> , por Fernando Araujo.....	182
<i>Notas bibliográficas</i> , por P. Dorado.....	206